





EL DONADO HABLADOR,

VIDA Y AVENTURAS

DE ALONSO,

MOZO DE MUCHOS AMOS.

EL DONADO HABLADOR,

VIDA Y AVENTURAS

DE ALONSO,

MOZO DE MUCHOS AMOS,

COMPUESTA

POR EL DOCTOR GERÓNIMO de Alcalá, Yañez, y Rivera natural de la Ciudad de Segovia.

Sale esta Edicion enmendada de varios defectos, que tenian las antecedentes, y con algunas notas, que ya que no le sirvan de ilustracion, le servirán de aumento.

TOMO I.

CON LICENCIA.

MADRID: IMPRENTA DE RUIZ.

1804.



PRÓLOGO DEL EDITOR

SOBRE LA VIDA

DEL DOCTOR

GERÓNIMO DE ALCALÁ.

La exâctitud con que el Licenciado Diego de Colmenares recogió en su historia de Segovia las noticias pertenecientes á las vidas de los Escritores Segovianos, nos excusa el trabajo que pudieramos tener en buscar las correspondientes á el Autor de la presente Obra, pues entre ellas, con poca diferencia, trae las siguientes: El Doctor Gerónimo de Alcalá nació en Segovia año de 1563; fuéron sus Padres Fernando Yañez, y Doña Petronila de Rivera: estudió Latinidad baxo la direccion del Maestro

en ella el Padre Hernando de Mendoza (que por su virtud y letras fué electo Arzobispo de Charcas), y en el Convento de Santa Cruz la Real Artes y Teología: escribió varias Obras, y en el Prólogo que puso á la que intituló *Verdades para la vida christiana*, dice se ocupó un verano en oir la explicacion de los Hymnos eclesiásticos al V. P. Fr. Juan de la Cruz, primer Carmelita Descalzo, que en su Convento las explicaba á varios Religiosos y Estudiantes seglares. No se sabe qué causa tuvo para dexar estos Estudios; él dice en el citado Prólogo, que los dexó *por humanos respetos*. En fin siguió la Medicina, la que estudió en Valencia; y graduado por aquellas Escuelas, vino á exercitarla á la Ciudad de Segovia, donde casó con

Doña Maria Rubion. En este tiempo escribió un Libro, que intituló *Milagros de nuestra Señora de la Fuencisla*; y poco despues el *Alonso, mozo de muchos Amos*, primera y segunda parte, que se recibiéron con general aplauso, como se ve en los Elogios que preceden á una y otra, porque ademas de ser asunto imaginario y poético, contiene mucha moralidad y útiles avisos: se imprimió la primera parte en Madrid año de 1624; y la segunda en Valladolid el de 1626: despues se han hecho otras Ediciones, que el tiempo y la curiosidad de los Lectores ha consumido; pero llenas de errores, descuidos y aun absurdos, que se han procurado enmendar en la presente con la mayor exâctitud, añadiéndola algunas notas, para que hagan mas

gustosa y apacible su lectura. Falleció nuestro Autor el año de 1632, á los 69 de su edad; fué sepultado en la Parroquial de San Martin de Segovia: y D. Antonio de Zamora, ilustre y erudito Segoviano dedicó á su memoria el Epitafio siguiente:

Debaxo esta losa fria
Yace el Doctor Alcalá,
Y aquí con él yacen ya
Medicina y Poesía:
Vivo en ellas florecia,
Con tal generalidad,
Que quadra con propiedad
A su ser el sobrenombre;
Pues en él, aunque fué un hombre,
Se ve una Universidad.

ELOGIOS
EN LOOR
DEL DOCTOR ALCALA,
Y SU OBRA
DE ALONSO,
MOZO DE MUCHOS AMOS.

DE ALONSO DE LEDESMA.

DECIMA.

Un Mozo gran servidor
de los Amos con quien vive
dibuja, pinta y describe
Alcalá nuestro Doctor,
es Filósofo su Autor,
y el mozo un cuerdo viandante,
que enseña al mas ignorante,
y muestras de sabio da;
mas un hijo de Alcalá,
¿qué mucho sea Estudiante?

DE DON JUAN BRAVO de Mendoza.

DECIMA.

Si á Ulises porque trató
peregrino tanta gente,
grado le dió de prudente
el ciego que tanto vió,
vos Mozo, á quien obligó
la necesidad y el hado
á grangear el cuidado
de una y otra condicion,
de prudente con razon
por Alcalá llevais grado.

DEL LICENCIADO D. JOSEPH *Garcilopez de Aldana.*

DECIMA.

Hoy previniendo sus daños
en lo dulce y provechoso,
al mundo, Doctor famoso,
servis cuerdos desecgaños,
por un Mozo, no en los años,

ofreceis á su consejo,
porque le sirva de Espejo,
que en corriéndole el rebozo,
ha de servir como Mozo,
y aconsejar como Viejo.

DE PEDRO DE VALENCIA.

DECIMA.

Si el servir mas de á un Señor
por imposible se tiene,
y á merecer mucho viene
el que sirve con amor,
premio de incumbrado honor
tiene ya bien merecido
Mozo tan bien entendido,
que con su buen proceder
él de muchos vendrá á ser
de todos bien recibido.

DEL DOCTOR DON MANUEL de los Rios.

DECIMA.

Un Criado, bien criado,

cria el Doctor Alcalá,
nombre de muchos le da,
y de todos se le han dado.
De Alcalá sale enseñado
(aunque mozo) doctamante,
el mundo por eminente,
ser dice, que ha merecido,
de todos amos servido,
el que es de muchos sirviente.

DE DOÑA MARIA
Horozco, Zuñiga y Bargas.
DECIMA.

Susurra en el verde prado
la abejuela, y de las flores
gusta las que son mejores
para su panal dorado;
vos lo mismo habeis mostrado,
hacer Doctor al presente,
pues de un tan vario sirviente,
que de sus amos murmura,
sacais con tanta dulzura
doctrina tan excelente.

PRÓLOGO

DEL AUTOR.

Este Viandante, piadoso Lector, no ignora quan riguroso has de ser con él, por mas humillaciones y ruegos que te haga; pero así como quien ha dado al traste con su navichuelo, y se echa al agua sin esperanza de otro remedio, forcejeando contra la furia del viento, y soberbia de las olas, entreteniendo la vida como puede; de la misma manera este atrevido mozuelo sale hoy en público, con ánimo de sufrir quantos naufragios y fortunas le vinieren; bien pudiera estar ya escarmentado, y no en cabeza agena, sino en la propia, y dexar de dar velas al viento en el piélago de murmuraciones, peligroso y tempestuoso mar, adonde tantos se han anegado (*a*); mas podrá darte por dis-

(*a*) Alude á la Crítica que hiciéron de la Obra que dió á luz ántes de ésta, con el título *Milagros de nuestra Señora de la Fuencisla.*

culpa lo que le fuera de notable consuelo, una persona grave, que yo conocí; el qual habia casado con un Caballero principal una sola hija que tenia, y dádola en dote la mayor parte de su hacienda: el novio, como se vió con tanto dinero, incitado de la mala costumbre, ó de la abundancia y sobra en que jamas se habia visto, una tarde se puso á jugar mas largo de lo que fuera razon, con personas que no debiera, por ser como eran, exercitadas en todo género de fullería; de suerte, que en poco tiempo le cogiéron tres mil y quinientos ducados: lleváronle la nueva al Padre de la Dama; y dándole el pésame algunos deudos y amigos suyos, afeando el mal término de su inconsiderado Yerno, les respondió: En verdad, Señores, que no me pesa tanto de la grande pérdida que ha hecho Don Fernando, sino de que procurará ahora con muchas veras desquitarse, y probar la mano. Un dia de estos, en que confia tener mas favorable fortuna, éste será el postrero, con propósito firmísimo de que no ha de escribir mas libros, si no

fueren tocantes á la facultad que profesa, pues ya de veinte y seis años de experiencia con algun linage de atrevimiento, podrá alguno salir á luz, y mas habiendo hecho orejas de Mercader, y acostumbrádose á los riesgos y peligros que se pone el que escribe en estos tiempos, donde está en su punto el bien decir, la elegancia, el lenguage y modo de hablar por términos tan levantados y subidos, que los que los escuchan y leen, en lugar de animarse, y cobrar esfuerzo para imitarlos, encogen los hombros, y arquean las cejas, maravillados de la agudeza de los ingenios, y de la fertilidad de los entendimientos, que produce nuestra florida España (*a*). Pero advierte Lector, que no pueden todos escribir de una suerte; ni por una igualdad repartió el Cielo sus dones y gracias, porque si eso fuera, no se hallára diferencia entre lo muy bueno, y

(*a*) Desengañémonos: el tiempo presente siempre ha parecido á todos el mas culto é ilustrado, y en prueba nótese las palabras antecedentes, que ha mas de siglo y medio se escribiéron.

lo que tiene algun vicio ; y si tú le tuvieres en no agradarte de cosa que veas, déxala, y no pases por ella los ojos, que mejor es no tenerlos, para mirar lo que no te ha de dar gusto, quitando la ocasion para decir mal de lo que leyeres, que ser basilisco con tu vista , enojoso con tus razones , y aborrecido por tu lengua (*a*). Y pues sabes, que los afables y benévolos son de suyo amables, recibe este Mozo amigablemente, que viendo tu virtud y buen natural, estará contentísimo en tu casa , publicando por el mundo tu buen pecho, y liberal ánimo , quedando siempre agradecido al bien que le hicieres. Vale.

(*a*) ¡ Valgáme Dios! ¿si habria en el tiempo que escribio nuestro Autor algun Apologista Universal , á quien fuesen dirigidas estas razones?

VIDA Y AVENTURAS DE ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS.

CAPÍTULO I.

Siendo Alonso Donado de cierto Convento, sale á pasearse con el Vicario de su Orden, y le cuenta su vida, dando principio desde su nacimiento.

VICARIO.

Antes que viniese á este Santo Convento (hermano Alonso), de su buen natural, de los trabajos que pasó en el siglo con los Amos que tuvo, del buen proceder y traza con que los sirvió, y del mal pago que recibió de ellos, oí decir grandes cosas y así para que estas tardes, en que se

acostumbra salir á recrearse los Religiosos por este campo, recibiré mucha caridad en que me dé cuenta muy en particular de su vida, sin que dexe ninguna circunstancia: que lo que yo le puedo ofrecer es una gran atencion á quanto me quisiere decir, y mucho mayor gusto al oyrle. *Alonso.* Así es verdad, y que la Orden nos da estos dias, como por asueto, para que en ellos se tome algun alivio, y sirva por descanso de un tan largo y contínuo trabajo como se pasa en nuestro Convento: y pues la verdura de estos campos nos convida, y vuestra Paternidad gusta á que algo mas libre hable un Donado como yo, sin temor de los zeladores y guardas de nuestra Religion, y muy por extenso le cuente los varios sucesos mios y trabajosa vida, habré de hacerlo, dando cuenta de quién fuéron mis padres, quál mi pátria, y motivo que tuve para venir á este santo Monasterio, cuyo Hábito estimo en mas que las telas y finos brocados de los Monarcas y Príncipes del mundo. A solas estamos en este desierto, y sin testigos que nos escuchen, defiéndenos

del universal padre de los vivientes, y de sus rigurosos y ardientes rayos, estos copados y frondosos árboles, que para tener mayor descanso y gusto nuestro, y regalo de esta siesta, proveyó la naturaleza los arroyuelos que vienen despeñándose de estos encumbrados y soberbios montes que nos cercan. Paciencia tenga vuesa Paternidad, pues manda que hable, y escúcheme atento que si los Donados no hablan, yo he de ser esta vez el hablador Donado, y dé gracias á Dios que hablo en la soledad, y que no hay paredes que me escuchen, que en efecto no teniendo oidos, les faltará lenguas para contar mis faltas.

Yo, Padre mio, naci en una Villa de Andalucía: mis padres, que Dios haya, (aunque no los conocí) me dicen que fuéron personas de cuenta en mi pueblo, y téngolo por cierto, por mis buenos respetos, y no haber sido jamas inclinado á cosas baxas, y que desdicen de honrados términos, señal evidente y clara de la buena sangre que me dexáron. A veinte dias me faltó el padre, cierto pronóstico de mis desdichas, pues en la

cuna me pusiéron luto. Mi madre deseosa de que me criase con algun recogimiento, temerosa del daño que puede causar el regalo, poco respeto y libertad de mozos, ántes con ántes me llevó á la casa de un hermano suyo, Cura de una aldea bien apartada de mi tierra, por ventura, porque no me volviese de adonde me dexaba. Lo que pasé con este mi tio vaya en descuento de mis pecados: el poco dormir, el mucho madrugar, el andar de dia y de noche, era insufrible y desproporcionado á la terneza de mis años. Tenia el Cura en su casa una ama setentona, colmilluda, mas natural para esqueleto, que para el gobierno de una casa, compuesta de huesos, y tan seca de carnes como de condicion áspera, desabrida, de quien jamas oí una buena palabra, sino quando me llamaba á comer. Era yo inocente, que á ser gran pecador, bien pudiera servirme de purgatorio, por enormes que fueran mis culpas; pero estos trabajos eran llevaderos con la buena acogida y regalo de mi buen tio. No querria acordarme de tantas desdichas, pues aunque suele decir-

se, agua pasada no muele molino, él me trahia tan molido y cansado, que con haber tantos años que salí de su jurisdiccion, quando por mi desdicha se me acuerda de él y de su ama, pierdo los estrivos de la paciencia, representándoseme su mal tratamiento, y lo mucho que pasé en su casa, sin tener ningun género de alivio. Era mi buen Clérigo algo allegador y amigo de andar por el modo ahorrativo, natural condicion de Clérigos, y mas si son viejos como el mio, vicio verdaderamente digno de reprehension. Hase vivido lo mas, y hales dado Dios quanto han habido menester, y para el poco tiempo que queda de vida, están temerosos si les ha de faltar, pues en verdad que no lo allegaba para su sobrino, queriendo fundar en él algun mayorazgo, aplicando los bienes y rentas de la Iglesia, como si fueran castrenses, ganados en buena guerra, ni lo dexaba por temor de que no habia de parar en heredero tercero, ó quarto: ni tampoco era persona que se regalaba, buscando á costa de su dinero los mejores bocados, ántes de puro desdichado se pudiera de-

cir por él lo que de un hombre rico, que habiendo muerto, y dexado veinte mil ducados, dixo un vecino: gran lástima la de fulano, que haya muerto tan de repente y con tantas deudas. Oyólo un su amigo, y replicóle diciendo: ¿qué es lo que decis? ántes dexa muy gran hacienda, y sin tener deudos á quien dalla. No lo entendeis, hermano, le respondió el otro, sabed que quanto dexa lo debe á su cuerpo, á quien le ha quitado quanto era necesario para su sustento, y debilitado y flaco vino á salir de este siglo. *Vicar.* ¿Pues para quién podia querer quanto iba allegando? *Alons.* Eso, Padre, dexábalo al gobierno de la divina providencia. *Vicar.* ¿Qué quiere decir en eso? *Alons.* Era el bueno de mi tio como la Picaza, que todo quanto halla lo esconde y entierra, y topa con lo que escondió el que está mas descuidado. Así él escondia y atesoraba para quien el cielo determinase; y con este propósito el miserable avariento, viéndome á mí de buena disposicion y cuerpo razonable, procuró de excusarse de Sacristan, y para esto dióme mucha priesa para que

deprendiese á leer, ayudar á Misa, cantar en la Tribuna y tañer las campanas, haciendo en ellas diferentes sones. Bien dicen, Padre, que la letra con sangre entra, y que caro me costó el saber lo poco que ahora sé: no habia, juro, mas cierto que una docena de azotes para mí en saliendo el alva, ó por no saber la leccion de la noche ántes, ó por no traer la plana tan buena como habia de venir, ó si no habia madrugado con el cuidado y diligencia que queria mi tio; en efecto, era una vida la que pasaba insufrible y tan trabajosa, que determiné de poner tierra en medio. Ya yo era mozuelo de quince á diez y seis, leia bien, y escribia razonablemente; de la Gramática era lo que sabia mas que moderado, pudiéndome con justo título llamar *Petrus incunctis*. Viendome pues con la suficiencia, á mi parecer bastante, salí una noche de la casa de mi Cura, solo y sin blanca, fiado en la caridad de Castilla la vieja. Habíanme acabado de hacer un vestidillo negro, hábito propio de Estudiante gorron; y con mi cuello baxo podía competir con

qualquiera Sacristan de aldea, por curioso que fuese. Alcé aldas en cinta, púseme en camino, y anduve aquella noche cinco leguas, llegando á una venta, como buen cazador, muerto de hambre, seco de sed y muy cansado: encontré en la posada quatro mancebos de buena edad, gentil presencia y bien aderezados. Preguntáronme dónde iba. Respondíles, que adonde Dios fuese servido, porque no tenia determinada mi jornada, ni intencion mas de ver mundo, y andar algunas tierras, fuesen donde la ocasion me llevase. A buen tiempo llegais, dixo el uno de ellos, porque nosotros vamos á estudiar á Salamanca, y si gustais, á ratos os llevarémos á caballo, y os darémos un pedazo de pan, que segun me parece no vais muy sobrado, y podria ser que como habemos de recibir un criado que nos compre de comer, os quedeis vos en nuestra compañía, y dándoos estudio, volvais á vuestro pueblo de otro modo del que salistes. Agradecí su ofrecimiento con un millon de gracias, aceté su embite, y concertado con ellos, llegada le maña-

na, salimos de la posada: lo que pasé en este largo viage no podré encarecer, porque como no estaba yo enseñado á ser mozo de mulas, á la primera jornada no podia dar paso, quedábame muy atras, echaba menos el poco andar de mi casa á la Iglesia; pero para animarme mis compañeros, hiciéronme subir á las ancas de un mal rocin, que debia de ser el de Don Quixote, segun estaba de flaco, salido de espinazo y de quadriles, el andar de la madre que le habia parido; de suerte que me enjuagó las tripas en breve tiempo, y en las asentaderas me puso en cada lado una gran llaga; podia competir con algun disciplinante alquilado, ó vanaglorioso hipocriton, que por dar que decir á la gente que le mira, se desuella las espaldas vertiendo su sangre, no en servicio de Dios, sino por cumplimiento y gusto de los Mayordomos de la Cofradia, y no se vea nadie como yo me vi de condicion, que me fué forzoso apearme, habiendo de escoger de dos grandes males el menor no hay para que cuente á V. P. las travesuras que por el camino hacian, y

en las posadas el buscar de las gallinas, y el hurtarlas, haciéndome á mí encubridor de todos sus delitos, y que yo las sacase del gallinero metidas en los gregüescos: el acostarse en la cama con espuelas y botas, no mirando al lodo que se les habia pegado por el camido. Un real se pagaba de cada uno, y diez se le hacia de daño al pobre mesonero: y no se podia decir por nosotros, que ganabamos indulgencia plenaria hurtando al ladron, porque verdaderamente era cargo de conciencia lo que se hurtaba de cada posada. Por nosotros debió de decirse, que era tanto lo que sentian en la casa de donde saliamos, que siempre quedaban llorando los dueños de ella por nuestra partida. Con estas y otras desdichas llegamos á la Ciudad de Salamanca, madre de los ingenios del mundo, y Princesa de todas las ciencias. Fuimos á Escuelas, juntándonos con los demas Estudiantes, que pasaban de cinco mil de matrícula; pero mi desdichada fortuna, que no se contentaba con los pasados trabajos, á cada paso me iba guardando nuevos merecimientos. Conociéronme

luego por novato: pusiéronme cerco gran cantidad de aquellos Estudiantes, comenzando á descargar en mí mas saliva que suelen arrojar granizo las mas preñadas nuves por el mes de Marzo; y teniéndome en medio como á blanco de sus travesuras, me preguntaban, como quedaba mi señora madre y los señores hermanos, si lloré al partirme de ellos, y si habia traido algunas pasas ó confites para desayunarme. Hiciéronme que subiese en la Cátedra, no dexándome baxar hasta que les leyese alguna cosa, y al cabo me diéron por libre, de tal modo, que mi negro ferreruelo salió mas blanco que la nieve. Maravilléme yo de que unos mozos tan grandes como sus padres, diesen en aquellas boberias, mas dábanme por respuesta, que era costumbre antigua, y que todos pasaban por aquel rasero, como si disparates semejantes no se pudieran evitar y dexarlos, pues en efecto, el viejo primero fué mozo, y para ir de un lugar á otro, es forzoso pasar por un medio; dexado á parte que en buena cortesía, á los forasteros que llegan á un pue-

blo, los naturales de él, y ya antiguos, los han de agasajar y recibir con amor, no maltratarlos con palabras, ni obras, que lo demas es de gente bárbara, inconsiderada, sin razon, ni término. Acuérdome que en el aldea donde mi tio estaba, tenian por costumbre los labradores ir en procesion á una Ermita del glorioso Mártir San Sebastian, y para haber de ir pasaban por unos prados tan llenos de agua y lodo, que el pobre Sacristan y Clérigo se ponian de suerte, que las sobrepellices que llevaban, con justo título se podian comparar con las gualdrapas mas arrastradas por el mes de Noviembre. Y viendo la gran incomodidad del camino, el Cura rogó á los Alcaldes y Regidores torciesen por una vereda, buscando un atajo que se descubria, siquiera para excusárse de tan trabajosos pasos como los que veian presentes. Los aldeanos en lugar de ser agradecidos al buen consejo que les daban, con gran cólera respondiéron: la costumbre del Concejo se ha de guardar, y la procesion ha de ir por donde ha ido otros años; pero mi tio

enojado con la respuesta impertinente, con no menor enojo les dió por respuesta: á la mala costumbre quebrarla la pierna: por el hábito de San Pedro que se han de ir ellos solos, porque yo á mi casa me vuelvo: querelláron de él, costóle su dinero; pero otro año procuró el pueblo remediar aquellas pesadumbres. *Vic.* Eso es irremediable, Estudiantes nunca dexan de hacer las suyas como mozos libres. *Alons.* En efecto, Padre, volvi en busca de mis amos, que habian salido de semejante refriega como la mia, sino peor, y aunque dicen que mal de muchos es gozo, no lo fué para mí, porque tuve que limpiar todo el dia quatro manteos y bonetes, sin mi sombrero y ferreruelo: pasóse el nublado, comenzóse á leer, iban á Escuelas los de mi casa, y yo acudia á comprar lo necesario para nuestra comida, y despues íbame por los generales, y oia al Catedrático que mas gusto me daba: unas veces entraba en Leyes, otras en Medicinas, otras en Artes y Sagrada Teología, sin dexar los Retóricos y Matemáticos, oia á los unos, escuchaba á los

otros, y pegábanseme de cada uno de ellos algunos principios: de suerte, que quien me oyera hablar ó disputar, entendiera que era yo la misma sabiduría, siendo la propia confusion, y el símbolo de la ignorancia, de las ciencias de quien hablaba y arguia. ¡O quanto vale un fanfarron presumido, y una falsa apariencia, y representacion de lo que no es! ¡y quántos se engañan con una buena presencia escogiendo lo peor no mas de por la vista! Acuérdome que un dia iba un Letrado con su mula y gualdrapa, con un lacayo delante, y dos pages detras, con la gravedad y compostura posible; pero no de la opinion y letras que debiera, estaban en un portal por donde él pasaba algunos gentiles hombres tasadores de vidas agenas, y gobernadores de la República, gente libre, que no perdonan á nadie. y mirando al pasagero, el uno de ellos dixo á los otros: ¿no veis lo que pasa? ¿quién dirá que aquello no es verdad, yo con ser un zote habia cobrado con todos nombre de buen estudiante, y como calificaban mis cosas personas graves, cobraba cada dia

mayor opinion. Tenia ya crédito, presumia, y lo que peor es, sin tener de qué ya me preciaba de dar consejos á mis amos, reprehendiendo sus travesuras, el salir de noche á correr los tostadores de las castañeras, los pasteles, el pan y la fruta, el poco acudir á Escuelas, el quedarse en la cama en viendo llover ó nevar, el demasiado juego. Ellos me llamaban el procurador de los embargos; pero yo lloraba con justa razon el tiempo perdido, la hacienda de los pobres padres ausentes, engañados con una loca esperanza de ver á sus hijos medrados en saber, puestos en dignidades y gobiernos: mas acabado el Curso, vuélvense como se fuéron gastado en devaneos el tiempo, consumida la hacienda y sin letras. Venidos los Mártes y Sábados acudian mis Estudiantes á la Estafeta, recibian las cartas, y encendida una vela, las ivan leyendo, y quemando, hasta llegar á la letra que decia, el arriero lleva dineros, tocino, &c. Entónces era el matar el fuego, guardar las cartas, y esperar por horas el venidero amparo de sus trampas. Consideraba yo, qué remedio po-

dria ponerse á la demasiada libertad de estos mozos, pues como libres de la sujecion de los que respetaban, y con dineros, y sin tener quien les vaya á la mano, gastan á su alvedrío, no les bastando para un mes lo que era seficiente para todo un curso. Echaba de ver quan prudentes eran los que á sus hijos daban lo necesario para su gasto, por órden de los padres de la Compañía de Jesus, pues con su cordura y buenos consejos les estorban impertinentes gastos, evitando ocasiones que la demasiada sobra y abundancia les ofrece tan ordinario. Esta era mi contínua fatiga, vía que mis Estudiantes podian estar descansados y quietos, estudiando para remedio de sus viejos padres, que por ventura lo dexaban de comer para que ellos anduviesen lucidos, y no con ménos adorno que los que tenian mayores rentas, y obligados con tantos beneficios, de que debian dar gracias á Dios, hacianlo como tengan el sueño. Hay padres que son causa de la perdicion de sus hijos por las malas costumbres con que lós criáron, ciegos con

el amor y aficion de hijos, no poniendo freno á sus libertades, dexándolos seguir el camino de los vicios, adonde como libres, sin órden, ni gobierno vienen á perderse, siendo la causa de todo el poco remedio y cuidado que pusiéron en su crianza, perdido el respeto que de derecho se les debe á los padres. Bien lo echaba de ver un discreto viejo, el qual como estuviese ya cercano á la muerte, tan cargado de años y enfermedades como de riquezas, estrecho de bolsa y de condicion, enemigo de que su hijo gastase un solo maravedi, aun en lo necesario y forzoso que hubiese menester. Entrándole á visitar una mañana el mancebo, le preguntó: como ha pasado vm. la noche, cómo va de dolores, ha dormido vm. algo mejor? Mas á su comedida pregunta respondió el anciano: Hame ido, he dormido, y estoy como vos me quereis y habeis menester para salir de padre, y hacer de las vuestras. Acudian á nuestra posada algunos valentoncillos de lampa, viva quien vence. Sacaban á rondar á mis llorados Andaluces, y

como suele decirse, dime con quien andas, y decirte he quien eres. A dos dias los ví cargados de broqueles, espadachines de noche y de dia, coleto de ante, cota hasta la rodilla, mejores para escuela de Marte, que para las de Bartulo y Baldo. No habia cuchilladas en que no se hallasen, ni se cometia delito en que no estuviesen. Si se habia de retular, ellos eran los retulantes, los Hercules de los bandos, los Anibales de las pendencias. Cada dia la justicia seglar y eclesiástica en casa, siempre á sombras de texados, sacándonos para las costas procesales hasta los colchones de la cama. Veisnos aquí sin estudio, sin dineros, y con mala opinion de nuestros naturales: pues qué remedio ha de haber? irnos á nuestra tierra, será pesadumbre para los ancianos padres, dexado aparte, que no hay blanca para el camino, y nos será muy mejor que el Señor nos abra los ojos, y nos metamos en Religion, que con esto taparémos á todos la boca, viendo tan loable vuelta de una vida tan libre y desalmada. Este fué el paradero de mis amos, los

quales temerosos así de la justicia, como de sus padres y deudos, y mas de sus deudas: porque hasta los manteos tenian empeñados, porque quanto truxeron lo habian puesto en cobro. Como el otro hijo de un buen hidalgo, á quien enviándole su padre á Salamanca para que estudiase, dándole lo mas que pudo para su curso. Al salir de casa le dixo: Ya ves, hijo mio, la poca hacienda que tenemos, y que entre tantos hermanos como tienes, no es posible sino que tengas muy poca hacienda de tu parte. Pídote por el amor que te tengo, y como padre, á quien debes obedecer, que estudies y trabajes, como persona que va á Salamanca, no á otra cosa, y que gastes con prudencia lo que fuere necesario. Partióse el mozo, entró en escuelas, cursó algunos dias. Paseando por la Ciudad, acertó á ver una negra muger que le llevó los ojos. Dió en festejarla, servirla y pretenderla, gastando en esto mas horas y tiempo, que en los Baldos; y consumiendo el dinero que habia traido para seis meses, afligido por verse sin blanca, escribió á su padre, su-

plicándole le socorriese con cincuenta ducados, y que no entendiese que habia echado á mal lo que le habia dado, pues en Dios y en su conciencia que lo habia gastado con prudencia: verdad, pues así se llamaba su dama. En efecto mis Licenciados en una de las Religiones que mejor les pareció recibiéron el hábito, y yo viéndome huérfano, solo y desamparado, que el Señor no me llevó por ese camino frailesco, busqué modo de vivir, y viendo que un Capitan de Infantería levantaba gente para Italia, le fuí á hablar para pedirle me llevase en su compañia, prometiéndole de servirle en todo quanto me mandase. No se hizo mucho de rogar el Capitan, y pareciéndole que le estaba á cuenta el recibirme, haciéndome grandes ofertas si con él me iba, me recibió, y yo quedé con él con demasiado contento.

CAPÍTULO II.

Cuenta la jornada que hizo con el Capitan, y los sucesos que tuvo en su compañia.

ALONSO.

Ya yo entendí, padre mio, que habia echado un clavo á la rueda de la fortuna, y que despues de tantos trabajos habia aportado al puerto del verdadero sosiego, y quán engañado estaba, mostrómelo bien presto el mal proceder de mi Capitan; pero estará V. P. cansado, y será mejor dexarlo para otro dia. *Vicario.* No, hermano, que le prometo que gusto de oirle, y pues es temprano acabe ese discurso, que aun no son las quatro, y nos falta mas de hora y media para tañer á completas. *Alonso.* En efecto el bueno de mi amo hacia de mí mas transformaciones que un Ovidio: porque unas veces queria que le sirviese de soldado para las pagas, otras de muchiller para servirle, que como ya crecido de cuerpo sabíame aplicar á su gusto, y á lo que mayor necesidad

tenia de mi persona. Era el buen hombre ancho de conciencia, nada escrupuloso, todo lo remitia á la misericordia de Dios, y nada dexaba para su justicia: de suerte, que con ser yo algo mas libre de lo que debiera, podíame dar quince y falta. Llegamos una tarde á un lugarcillo de pocos vecinos, adonde estando alojados, los soldados echáron ojo á unos carneros que pacian en una cerca no muy apatrada del pueblo, y llegada la noche que fué obscura, y acomodada á su propósito, quatro compañeros fuéron á visitarlos, trayendo consigo á la vuelta al cuerpo de guardia ocho de ellos. Venida la mañana, vino el dueño á quexarse á mi amo con notables extremos, por el hurto que le habian hecho, diciendo, como de diez y siete carneros no le habian dexado mas de nueve, y que él sabia, que soldados suyos se los habian tomado aquella noche. Mi capitan muy enojado con el pobre pastor, le dixo: Sois un villano mal nacido, y mentís, que no traigo yo en mi compañia gente de ese modo: si mis soldados fuéran, no

dexáran ninguno, y arta probanza se ha hecho en su favor en lo que habeis dicho, que no son ellos hombres de tan buen contento, que os dexáran, no digo yo nueve, ni aun uno solo. A este modo iba despachando no pocas quexas que de su gente le traian los huéspedes adonde nos alojaban. Y llegando á pedir justicia otro pobre labrador, diciéndole: Señor, tengo en mi casa un huésped tan mal acondicionado, y tan terrible, que no le puedo contentar con los regalos que le pongo en la mesa: pídeme imposibles y lo que no se halla en esta tierra: trátame mal y ha puesto en mí las manos, vm. me ampare y remedie estos daños. Oíale el bueno de mi amo y vuelto para el querellante, que estaba tan lleno de temor como de lágrimas, haciendo burla de él, con una falsa risa le despachó, diciendo: Sois un grosero ignorante, no echais de ver que ese hombre os pide dineros? dádselos, que con ellos le volvereis pacífico amoroso y mas blando que una cera. *Vicario.* No debia de ser Christiano ese hombre. *Alonso.* O quantas veces

tomabamos voletas para tres y no era mas de uno el que habia de ir á la posada, y las demas las ibamos acomodando á veinte y quatro reales. No habia gallina por boladora que fuese, que pudiese escapar de nuestras manos. De modo, que llegando á una aldea, adonde los Alcaldes nos alojáron, un vecino del pueblo que tenia experiencia de nuestro mal trato, puso en cobro aquella noche todas las aves: y en unas tinajas grandes que tenia las fué metiendo, cubriéndolas con estopas, y algunas libras de lino: en otra tinaja puso al gallo, disimulándole como á sus mugeres. Llegamos á esta sazon nosotros desambridos, y que no nos hartára con una baca, y en entrando en su posada le dimos las buenas noches (que malas fuérón para él). Ea, huesped, de cenar, matad unas aves, que no somos mas de quatro amigos, y tres criados, y con seis que se asen, y unos torreznos con huebos, y otras zarandagillas que se añadan, pasarémos lo mejor que pudiéremos. De buena gana lo hiciera, respondió el labrador, si en mi casa lo

hubiera; pero, señores, desengánense, que están en la mas pobre posada del pueblo, cinco hijos tengo, mi muger ha dos meses que no se levanta de la cama de un mal parto. Nuestra comida ordinaria es un poco de obeja en cecina, con unas migas, si esas quieren, sebo hay, aunque con el tiempo estará rancio, vino, no es muy bueno por estar algo vinagre; pero con todo se podrá beber, que mas vale que agua, aunque es poco, otro dia habrá mas. Mis compañeros empezáron á alborotarse pidiéndole ave fenix empanada, ó sino que los guisase los higadillos de sus hijos, y las orejas de su muger, mas yo que de mi natural condicion era mas piadoso y blando, los apaciguaba, diciéndoles: que no estábamos en la China, adonde se come carne humana, que se buscasen algunos huebos, que con ellos y sopas en queso podriamos pasar; pues donde no hay, derecho se pierde. En esta pendencia estabamos, y como ya debia de ser tarde, ó por lo ménos la media noche, relox certísimo para los gallos, al que esta-

ba escondido en la tinaja le pareció, que ya era hora de recordar, y poniéndose en pie alzó el cuello, meneó las alas, abrió el pico, y diónos señas de que estaba escondido. Yo, que aun me habian quedado algunos lucidos intervalos de las artes, hice aquesta conseqüencia: ¿hay canto de gallo? luego gallo hay; pues no estará solo, que adonde él está, gallinas suele haber. Con esto nos levantamos los huéspedes de la lumbre adonde estábamos sentados, y fuimos en seguimiento y busca del desdichado pregonero, al qual sacamos de su tinaja, que como si él hubiera de hilar estaba con gran cantidad de lino, y pasándole á cuchillo fuimos buscando sus concubinas, que del propio modo estaban repartidas, que en todas eran veinte y tres, y cinco gansos y por la rebeldía fuéron todos condenados á muerte, sin admitir apelacion ni ruegos, y aunque á deshora, se peláron y asáron, llegando con nuestra cena casi al amanecer, con sobrada comida para otros dias, todo á costa de nuestro pobre huesped. No habia echarnos

dado falso, todo género de malicia alcanzábamos, aunque una vez me costó bien caro. Porque como un dia nos alojasen en casa de una pobre viuda, lo primero que hicimos fué visitarla el gallinero, y aposentillos que tenia la casa (aunque pequeña) dimos la vuelta á los trastos y alhajas; pero tan necesitado debia de ser el dueño, que no hallamos estorbo que nos fuese de provecho, ó ella esperando los lobos que la venian por convidados, con tiempo lo habia puesto en cobro, ya empezaba á hacer frio, por estar en los meses de invierno, y echando nuestra cuenta, sacamos en limpio que no era posible, sino que nuestra huéspeda, ó tuviese algun tocino, ó cecina, de que á falta de que comer algunos dias se remediase con ello. Yo que de la mala compañia de mis amigos se me habian pegado algunas tretillas, y ya podia ser perro de busca, metí bien la cabeza por la chimenea, y ví en lo alto del humero colgado un entrelomo, y algunas morcillas, que aunque muy altas, no las tuve por negocio perdido, ántes en

viéndolas pudiera apostar que habian de ser mias. Llegóse la noche, fuimos á dormir (aunque para mí no habia de haber sueño, sino velar, siendo vigilante y cuidadosa centinela), y estando sosegada la gente, dexé mi cama, busqué por la posada una escalera, mas fuéme imposible el hallarla, y así viendo unos esconces y agujeros por la pared, arrimando unos bancos fuí trepando á lo alto del humero ó cañon de la chimenea hasta llegar junto de mi adobado. Al ruido que truxe traseganando por la posada, despertó la viuda, y sospechando lo que podia ser, se levantó medio desnuda de la cama, viniéndose ácia donde yo estaba, maldiciendo á los soldados y á quien se los habia echado, á los Alcaldes y Regidores del pueblo que tal consintiéron: y escuchábamela yo con mas miedo que verguenza, y por no ser descubierto estaba yo quedo esperando se volviese mi gruñidora vieja á su aposento, mas no quiso mi desdichada fortuna que sucediese conforme deseaba, porque, ó que para querer calentar agua para amasar, ó sospechando

que yo estaba en lo alto de la pared del cañon, ó por quererlo así mi poca suerte, ella tomó cantidad de paja y leña y encendió una gran lumbre, subiendo al punto el humo á mis narices, y con la repentina llama comencé á sentir demasiado calor, de modo que si mas me detengo, saliera abrasado; pero por evitar semejante peligro escogí el menor, teniéndole por mas seguro, aunque perdí el premio de mi trabajo, y así dando una gran voz, diciendo: Allá voy, vieja hechicera, y me dexe caer. Al ruido comenzó la viuda á dar voces no dexando Santo del Cielo que no llamase en su ayuda. Pedia socorro á la Santísima Trinidad, á todos sus vecinos llamaba por su nombre que la valiesen, no tardando en venir con sus muchos gritos todo un barrio entero, con mis tres compañeros soldados que yo habia dexado durmiendo, y bien descuidados de mi desgraciado suceso, que sin darles parte, yo habia intentado. Halláronme mas negro, con el ollin y humo, que un etiope, chamuscado el cabello y cejas, oliendo el vestido á chamusquina, de

modo, que no me podian sufrir. Soseguélos, contándoles mi desgracia, y la ocasion de estar de aquella manera. Riéronse mucho á mi costa, contáronselo á mi Capitan, y á los demas soldados, que no poco solemnizáron la fiesta, trayendo por refran de allí adelante: Decidle á Alonso que alcance morcillas. Fué Dios servido que quedase bueno, y que con el humo abriese los ojos para echar de ver el mal estado en que estaba. Y queriendo suplir los defectos, y faltas pasadas, de allí adelante fuí siempre el amparo y favorecedor de mis huéspedes, corrigiendo á mis compañeros quando veia hacer algun agravio á los labradores, poníales delante el gran trabajo que pasaban desde su simentera, hasta el coger el trigo: el rigor del erizado invierno, sus insufribles frios, nieves y escarchas: el intolerable calor del Sol, su poco regalo, pues contentos con una cabeza de ajos ó cebolla, y quando mucho con un poco de cecina mal curada, se ponen á la inclemencia de los Cielos, y con su contínuo cansancio sustentan al regalado rico, que

en su cama blanda se vuelve del otro lado, quando sale él, á ver las resplandecientes estrellas. Decíales: Señores, advertid que estos que nos tienen en sus casas no son hereges, ni enemigos de nuestra Santa Fe Católica, sino fieles Christianos viejos, y que la guerra que vamos á hacer no es contra ellos, ni su Magestad gusta que de ningun modo se les haga agravio, ántes en su favor, con justa razon cada dia promulga Pragmáticas y libertades, echando de ver el provecho y utilidad que se saca de su ordinario y contínuo trabajo; y estimarlos en poco, es contra toda justicia; pues nuestros primeros padres, labradores fuéron, y con su contínuo trabajo y sudor, pasáron los años de su vida, cultivando la tierra, y descubriendo sus entrañas, obligándola á que les diese algun fruto para su sustento y comida, y que lo que ahora hacen las bestias y brutos del campo algun dia lo hiciéron los hombres, juntándose dos de ellos y tirando de un arado, hasta que la industria y buen discurso humano halló que los anima-

les podian hacer lo que hacian los hombres, y los excusasen de tan intolerable fatiga. Poniales delante las ofensas de Dios, y la obligacion que tenian á restituir los daños que causaban, y que no cumplian con decir, comer tengo, en su defensa voy, por mi tendrán hacienda y vida, pues pongo la mia á riesgo para que ellos estén seguros; pues la naturaleza con poco se contenta, y si los dan de comer lo que es suficiente y justo, no pidan gollerias: y si los defienden, no los destruyan y acaben, procurando asolar su hacienda, y beber su sangre: demas, que no se cumple con decir no lo tengo, para restituir lo que hurté: pues ya que no lo hay para volverlo, penar lo tiene, y pagarlo, ó que en este mundo, ó que en el otro. Contábales lo que ví á un buen labrador arrojando la semilla de trigo, decia á voces: Una para Dios, otra para nos, y ciento para los soldados: y así sucede muchas veces, que el pobre no se atreve á remediar de pan: y por tener contento al soldado, y que no le maltrate, no sabe regalos que

hacerle. Estas y otras cosas les amonestaba á mis compañeros, y mejor tengan ellos el sueño que lo hacian, y aun me atreví á decirselas al Capitan, que no le eran de mucho gusto, por parecerle que era atrevimiento un mozuelo particular dar consejo á quien no me lo pedia: y pluguiera á Dios él le tomara, que yo aseguro que no le sucediera la desdicha que por él vino, y fué: Que llegando á un lugar de Castilla la vieja, nos alojáron los Alcaldes, adonde no nos hiciéron aquel agasajo, ni tratáron con el amor y regalo que mi Capitan y Soldados quisieran: y como de su condicion eran soberbios, y venian mal acostumbrados de los alojamientos pasados, desmandáronse un poco, tratando muy mal á los Alcaldes, y Regidores del pueblo. Los vecinos, que viéron lo que pasaba, apellidáron libertad y favor de las demas aldeas. Tocáron la campana, á cuyo sonido, como enjambres de abejas, acudiéron innumerables labradores, que los mas viejos no llegaban á veinte y seis años, gentiles mozos y robustos:

qual con honda, qual con chuzo, y otros cargados de piedras, empezáron á disparar sobre nosotros tan espeso granizo, que en poco rato no quedó soldado que no pusiese pies en polvorosa, y muchos de ellos mal heridos, fuéron siguiendo su alcance aquella gente indómita. Y viéndo tan gran rebelion mi desgraciado Capitan, recogiendo sus soldados, queria darles alguna satisfaccion, y sosegarlos, para cuyo efecto, haciendo algunas señales al campo contrario con un pañuelo blanco, comenzó á llegarse á ellos: poco sabian de guerra los aldeanos, que viendo venir su mortal enemigo, como rabiosos perros arremetiéron para él con chuzos y ahijadas, y derribándole en tierra, la menor tajada vino á ser la oreja. De modo que el pobre Caballero hubo de acabar miserablemente á manos de su soberbia, pues no poniendo nada de su casa, costándole tan poco de hablar bien, pudiera estorbar tantos desasosiegos, y pesadumbres, tantos gastos y asolamientos de casas y haciendas, causa-

do todo por no haber querido darme crédito, y tener en poco los consejos que cada dia le daba. *Vicario.* Y en qué paró el negocio? *Alonso.* Muerto el Capitan, los Soldados desmayáron, huyendo cada uno á mas correr, procurando poner en salvo la vida de los que ya nos venian en los alcances, como hombres perdidos y rematados, que á voces decian: No quede ninguno; mueran, mueran, que tanto han de costar todos como el muerto. Bien pudieramos, aunque mas temerosos estabamos, resistir á los que iban en nuestro seguimiento, con seis arcabuces que habia entre nosotros, pero sucediónos la mas notable travesura que se puede imaginar (si es lícito llamarla así) habiendo sido gran atrevimiento y desverguenza de los que tal hiciéron. Y fué, que una noche (como soliamos otras) entramos en una cerca de un labrador buscando alguna ropa blanca, ó sayas que suelen tender de dia, y dexarlas hasta que se enjuguen, que no reparamos mucho en ello, pues mojadas, ó como estuvieran, las aplicara-

mos á nuevo poseedor y dueño. Fuimos buscando de una parte á otra, y no hallamos cosa alguna en que poder pecar, y por habernos quitado la ocasion de entre las manos, tentamos las puertas circunvecinas, pero estaban tan atrancadas y fuertes, que no nos fué posible derribar ninguna, aunque mas diligencia pusimos en ellos. Echando de ver nuestra poca ventura, y la mucha de nuestros descuidados y dormidos dueños, y apesarados del mal lance, miramos á un esconce del cercado, y hallamos ocho colmenas arrimadas á una pared, y para no volvernos á la posada sin alguna presa, y tan sin algo como habiamos venido, convidados de la mucha claridad de la Luna, semejante en su luz á la del dia, una á una les quitamos sus cubiertas, con mucha facilidad, por ser invierno, y estar las abejas como entorpecidas con la demasiada frialdad, que á ser verano ellas sirvieran de nuestro alguacil. Fuimos sacando de cada corcho los panales que mejor nos parecian, echandolos en algunos lienzos, y por no perder nada,

vaciando la pólvora de los frascos, los hinchimos de miel, deseando tener alguna cosa con que desayunarnos, negro licor, y golosina cara, pues quando tuvimos necesidad de defensa, nos faltó municion con que poder dar fuego. Al fin escogimos por mas seguro el correr por aquellos pinares, que aguardar á enemigos, que rogándoles, mas se embravecen, y determinados rompen montes de dificultades. *Vicario.* ¿Es posible que tan mal término tengan los soldados con los labradores? *Alonso.* No se entiende, padre, que todos han de tener un mismo proceder, una mala correspondencia, y un mal trato para sus huéspedes, que como hay hijos de muchos padres, así tambien son diversos en condicion, en costumbres y naturaleza: de buenos y de malos se compone una República: y en el mas cultivado jardin, si nacen apacibles y olorosas flores, á veces tambien nace la malva y la vengativa hortiga: sino que es el trabajo, que por un malo pierden muchos, que verdaderamente son virtuosos, justos y bue-

nos: y despues que yo salí de la soldadesca he conocido de todo género de gente, á unos, que su buen trato obligaba á darles la sangre, y á otros, que sacársela parecia ser obra de caridad, á lo ménos fuera quitar un escándalo de la República, y un estorbo de la paz y quietud de los pueblos adonde habitaban. De exemplo podria servir lo que nos sucedió un dia, que llegamos á un lugar de los mas ricos de la Andalucía, y á la fama de estar tan sobrados los labradores, era poco para mis compañeros prometerse montes de oro, y no se contentáron los mochileros con sombrero, medias y zapatos, despues de haberse satisfecho regaladamente los estómagos. Alojáronnos á mí, y á otros tres soldados en la casa de una recien desposada, moza de buen parecer, aseada, rica y huérfana. Llegada la hora del comer, puso la huéspeda la mesa con mucha limpieza, y con tanta curiosidad y aseo, como si ella nos hubiera convidado, ó nos hubiera traido á la posada con muchos ruegos. Miró uno de mis amigos lo que

se habia traido, y llamando á la muger con mucha ira la dixo: Villana, mal nacida, esta es mesa para soldados, si cojo un garrote, yo os enseñaré como habeis de tratar á los hombres de bien como nosotros. ¿Pues qué les falta á vms.? replicó la labradora: Manteles he puesto limpios, servilletas cogidas, pan, cuchillos y salero; lo asado, y cocido luego vendrá, que ya lo sacan. Sois una descomedida grosera, respondió mi amigo, y si me levanto, yo os enseñaré lo que no sabeis. Lo primero que habiades de hacer, en tendiendo los manteles, era poner á cada uno un doblon, ó por lo ménos un real de á ocho en cada comida que nos dierades, y con esto no os dirán nada, que éste era el principio para entrar con buen pie. Alborotóse la desposadilla, y al ruido acertó á llegar el novio con otros quatro deudos suyos, mozos robustos, fuertes y de pocos años, y tomando la demanda por la mozuela, fué ventura y misericordia de Dios no quedar allí todos perdidos, de modo, que en lugar de defendernos, tuvimos ne-

cesidad, para que nos dexasen de apaciguarlos, echándonos á amor de cabildo. *Vicario.* Muy bien es, que en las casas agenas sean los hombres comedidos: y no me espanto, que una sinrazon haga perder á un hombre la paciencia. Y en efecto, hermano, ¿en qué viniéron á parar, luego que murió su Capitan, y ellos fuéron huyendo? *Alonso.* Cada uno, padre, tiró por su parte, sin aguardarnos los unos á los otros, y yo por la mia vine á dar á una villa diez leguas del lugar adonde nos sucedió la desgracia, y anduvelas en ménos de ocho horas: adonde podrá vuesa Paternidad colegir, quanto puede el temor, pues no hay posta que así corra. Tenia yo que andar en aquel camino otro tiempo, en dos dias, y aun no pudiera, segun era delicado y espacioso, y sin cansarme, y con ánimo de andar otro tanto en tan breves horas le anduve entónces. Nunca habia dexado mi media sotanilla, ferreruelo largo, y cuello baxo, hábito decente, mas propio de estudiante, que de soldado. Y así con algun disimulo, por si

acaso venian tras mí, pues aun no estaba seguro, dí una vuelta por el pueblo, y fuime á la Iglesia, adonde hice una devota y larga oracion á Dios, suplicándole me librase de tantos peligros como me amenazaban: y en verme tan devoto y afligido, le dió deseo al Sacristan de saber quien yo era, y lo que pretendia, y llegándose á mí: me preguntó: ¿Quál fuese la causa de mi melancolía, de adónde era, qué buscaba, y si habia menester alguna cosa que él pudiese hacer por mí? Visto su buen término, le dí las gracias, diciéndole, como buscaba adonde acomodarme por algun tiempo, y miéntras mis deudos me favorecian para pasar mis estudios, el venidero curso, pues ya era tarde para poderle ganar aquel año. A buen tiempo habeis venido, me dixo el Sacristan, porque habrá ocho dias que se me fué de casa un mozuelo, que yo habia criado, y en su lugar (si es que gustais) podeis entrar vos, que en lo que toca á trataros bien, pagándoos lo que se concertare, correrá por mi cuenta; y sé que no os

quexareis de mí: solo reparo en si teneis alguna persona en esta villa que os acredite y conozca, para que yo os pueda fiar el tesoro y riqueza de esta Santa Iglesia, con lo poco que vereis en mi posada, Eso, señor, respondí, de pedirme fiador, será imposible, porque mis padres fuéron de muy léjos de esta tierra, y no sé que haya persona que me conozca: á mis obras me remito, á quien doy por abono del buen servicio que prometo haceros, y no os pesará de haberme recibido. Ahora bien, en el nombre de Dios yo quiero meteros en mi casa, dixo el buen hombre: En buen pie vais, y encomendaos al Señor, y tocad á la plegaria, que pues son las doce, ya es hora de comer si nos lo quiere dar nuestra huéspeda. Y pues ya tambien es hora de recogernos, si fuera gusto de vuesa Paternidad, pues estamos léjos de nuestro Convento, y el Sol va ya algo de caida, nos podemos ir acercando mas ácia casa, que vuesa Paternidad anda algo enfermo, y el sereno de la noche no le puede hacer ningun provecho: dexado

á parte, que el rocío que cae á estos tiempos hace notable daño á la cabeza. *Vicario.* Bien dice, hermano, vuelva la hoja, y tenga memoria adonde lo dexamos, porque no se pierda punto de nuestro cuento. *Alonso.* Vuesa Paternidad descuide, que interes mio es acertar á servirle.

CAPÍTULO III.

Entra Alonso en casa del Sacristan, y cuenta al Vicario lo que le sucedió con él en la Iglesia, y en lo tocante al servicio del Templo.

VICARIO.

Bien me acuerdo, hermano, que quedamos anoche en la casa del Sacristan, y que ya era hora de comer, quando ningun mozo suele faltar de la posada. Ahora proseguid con vuestro discurso, que por lo que me dá de contento, me obliga á que os esté con mucha atencion. *Alonso.* Nunca tuve amo á quien sirviese con mayor voluntad y cuidado, y á no ser él tan

áspero conmigo, verdaderamente padre, jamas le dexara: pero como yo de quando en quando le decia algunas cosas que él no quisiera oir: enojabáseme mas de lo que fuera justo, queriendo andar conmigo como con el adelantado, jugando puño en rostro, que en efecto, aunque sean verdades las que se dicen, siempre traen consigo algun mal sabor y desabrimiento. Madrugaba los dias de fiesta ántes que amaneciese, á tañer al alva, y con las campanas, mudaba de sones, de modo que se podia danzar: quando yo tañia, como si fuera mi son el de la mas templada campana ó vihuela, tenia fama en el lugar de buen músico campanil; y aun por esto me iba aborreciendo el negro de mi amo; que en efecto la envidia hasta en el pecho de un Sacristan halla asiento y morada. Cantabamos los dos á coros los Kyries, la Gloria y Credo con tanta suavidad como unos gansos: pues que si mi dueño daba en hacer de garganta, podia gastar media hora cada paso, y como siempre andaba acatarrado y ronco,

sonaba como una noria, no digo de la mia desabrida y áspera, pues basta para disculparme el conocer mi falta, y confesarla yo por mi boca. Decíale muchas veces no cantase el *Laudate Dominum*, ni la *Magnificat anima mea*, pues tales cantos para dar gusto á quien los oye, hanse de dexar para aquellos á quien repartió el Cielo con mano liberal sus gracias y dones. Enojábase mi Sacristan en ver que yo le iba siempre contra su inclinacion, y por quitarme de pesadumbres dexábale cantar dias y noches á costa de los pobres que forzosamente le habian de estar oyendo. Enfadábame de ver el modo que tenia de andar por la Iglesia, el poco respeto á los Altares, y á las sagradas Imágenes, y mas pasando por delante del Altar mayor, adonde estaba el verdadero cuerpo de Christo nuestro Señor: llaméle un dia que le ví de buen humor, y díxele: Entró en una Iglesia, digamos como ésta que tenemos, por Sacristan de ella un mozuelo de mi traza, y como nuevo exercitábase en todo género de curiosidad y limpieza, así para

el servicio del Altar, como de su Sacristía, andaba por el Templo con todo reçato y reverencia, en llegando á alguna Imágen de Christo nuestro Señor, de la Sagrada Vírgen, ó que fuese de algun Santo, limpiábale haciendo su humillacion y acatamiento con una profunda humildad y devocion, deuda debida á su grandeza. Acabóse el año de noviciado, y creciendo así en humor, como en presuncion, no se curaba de medir los pasos poco á poco, y para danzante no era de provecho, pues no sabia con que modestia habia de andar por la casa de Dios. Corria de una parte á otra del Altar, y tal vez hubò, que se llevó de un paso quatro escalones. Sacudiendo el polvo de los Santos llegaba al rostro y barba sin género de comedimiento ni respeto; y si ponia los frontales, sabanas, ó palia, si antes iba como á nivel, ya andaba todo como de prestado, caido de un lado, tuerto del otro, arrastrando, sin guardar proporcion ni órden en la compostura y adorno. Reíame de puro enfadado de su mal modo de

proceder, decíaselo para que se enmendase y corrigiese, pero dábame por disculpa ser ya Sacristan antiguo, y como muy de casa no reparar en niñerías, ni hacer caudal de aquello en que quando era moderado y nuevo reparaba. A tan disparatada respuesta le repliqué diciendo: Hermano mio, los muy antiguos y privados de los Reyes, que estan en su servicio, de ninguna suerte les han de perder, ni pierden el respeto, que con justo título se debe á su grandeza y magestad, ni por antiguedad que tengan en Palacio se conoce en ellos desenvoltura, ni accion que contradiga al respeto debido á la Real presencia. Pues si en los Príncipes de la tierra hay este miramiento y cortesía, ¿quál será el que debe tener un gusanillo como vos, ó por mejor decir, una nada, con el que es la cifra de la grandeza y máquina de la tierra y Cielos? Aplicacion señor Sacristan: Vm. anda de suerte algunas veces por la Iglesia, que mas parece correo de á las quince, que persona que está en servicio de Dios y su culto divino. Veo tratar las

cosas sagradas, no con el miramiento que se debe, pues en verdad que me acuerdo haber leído, que castigó Dios al Sacerdote Helí, porque sus hijos sacaban la carne que se cocia para los sacrificios: y á Oza, que fué á tener el arca que se iba á caer, mató repentinamente. Estas razones tomábalas mi señor unas veces con paciencia, otras con enojo, y vuelto para mí con mucha cólera, me decia: Mancebito predicador, yo no os pido consejos, ni vos sois persona para darlos. Idos á pasear, y sino estais contento, mudad de posada y no os enfadarán tanto mis cosas. Por quitarme de pleytos, dexábale sin volverle respuesta, que verdaderamente es cordura en viendo á uno enojado, no darle mas ocasion con réplicas, pues con esto se atajan muchas pesadumbres. Ibame á mi Iglesia, y allí no me faltaban, quando hallaba algunas reverendas viudas con tanto entretenimiento y plática como si estuvieran en su casa, ó en su estrado. Muy de propósito con sus visitas, como yo habia menester poco, llegábame á ellas

y deciales: Señoras mias, adviertan que dice Dios por su Profeta, que su Templo es casa de oracion, y no de conversacion, y que el venerable Beda, enseña que el que habla en la Iglesia, no habla él, sino el diablo en él. Y para que lo entiendan, les quiero contar lo que le sucedió al gran padre San Benito, el qual como una vez estuviese en oracion en el coro, alzando los ojos, vió sentado en una cabeza del madero que salia de la pared del Templo un espantoso y feo dominio, reparó en lo que se ocupaba, y vió que muy apriesa estaba escribiendo en un pergamino lo que hablaban dos viejezuelas que estaban sentadas por bajo de donde él estaba, y dábanse tanta priesa en su plática, que aunque el escribano nò lo hacia mal, ni era perezoso, ni escribia por hojas, metiendo la mas letra que podia, alargando renglones, y usando de abreviaturas, vínole á faltar en que escribir, y enojado con el poco recado que habia traido, asió con los dientes del pergamino para estirarle, y que diese de sí; pero como tenia colmillos

agudos tirando con mucha fuerza rompióse el pergamino y él se dió una gran calabazada en una esquina de la pared, que no fué de poca risa para el glorioso Abad ; los Monges viendo aquella no usada descompostura en su Prelado, deseosos de saber la causa , se la preguntáron , y el Santo les respondió; como por ver descalabrar al demonio habia sido su risa de aquel modo. Baxó al cuerpo de la Iglesia , reprehendió á las buenas viejas por lo mucho que habian parlado , dando ocasion al enemigo del linage humano, para que de todo quanto entre las dos habian comunicado , el acusador suyo lo tuviese puesto por memoria para el dia del juicio , adonde ni una sola palabra se les perdonaria. No se recibió mi cuento de buena gana , antes llamándome procurador de los embargos , me hiciéron que lo dexase á mal de mi grado ; pero lo que mas me hacia perder la paciencia era el ver que hubiese atrevimiento en algunas personas para hacer sus conciertos y tratos ilícitos en la casa y Templo de Dios. Acordábame del que

edificó aquel tan rico como prudente y sabio Rey, al modelo y traza del Señor, figura y sombra del que ahora tenemos, mandándole que le labrase costosa y ricamente, con un soberano artificio, que sus paredes fuesen todas aforradas con planchas de lucido y finísimo oro, y que todo el texado y chapitel suyo estuviese lleno de levantados, juntos y agudos asadores del mismo metal, de suerte que ninguna ave se pudiese sentar en él: y si acaso descortesmente no respetase el lugar sagrado como sin razon ni entendimiento, de ninguna manera aquello habia de ser, ni permitir, sino de vuelo, no deteniéndose en lugar adónde tanta limpieza y adorno se pedia. Pues si aun los pensamientos inevitables que tocan á la ofensa del Señor no es justo que los tengan los hombres, y si acaso les vienen sin darles posada ni asiento alguno, los han de dar de mano: ¿con quánta mas razon á las palabras y obras ilícitas? Quisiera yo que se usara en los Templos lo que se acostumbra quando riñen dos personas, tienen palabras, hánse injuria-

do, hay mucha gente de por medio que no los dexa llegar á las manos, estan coléricos, dan algunas voces, disimulan por entónces, y fian su pendencia para otra parte. Enojar á Dios y ofenderle, de qualquiera suerte siempre es malo, y como fuere la ofensa, será el pecado; pero circunstancias hay que agravan mas la culpa, y merecen mas pena: y razon fuera, no á los ojos de Dios, ni en su casa ya que el mal ha de ser, sino en diferentes lugares solos y apartados, tratar de semejantes conciertos, si algunos se tratan. Acuérdome del modo con que la Gentilidad entraba en el Templo de sus ídolos, y aun dicen, que los Moros guardan hasta ahora inviolablemente en algunas partes aquella ceremonia, y es, que quando entran en sus mezquitas, ó casas de oracion dexan á la puerta los zapatos, entrando descalzos á pedir á sus dioses los favorezcan y los amparen. Habia de llegarse Moyses á ver aquel maravilloso, quanto prodigioso milagro de la zarza, que se ardia y no se quemaba, y mándanle que se descalce

y vaya con respeto, porque está allí Dios: y acá en nuestra Iglesia, que sabemos que está allí por presencia, aśistencia y potencia, real y verdaderamente no se como vamos, y ya que calzados y poco advertidos, no con el miramiento y respeto que se debe. Una persona curiosa y devota para cierta fiesta pintó un ingenioso y vistoso geroglífico sacado de lo que enseña Plinio en su natural historia, y fué, que pintó un dragon á una parte, y puesto de rodillas ante él á un hombre, las manos juntas, y los pies descalzos, los ojos en él con mucha devocion. En otra parte pintó una Cruz, y á otro hombre bien aderezado y compuesto, su rosario en la mano, hincada en tierra una rodilla como cazador, vuelto el rostro como que hablaba con otro, ó que miraba á los que venian: tenian los dos rezadores su título. El del Gentil decia: Gentil, y el del Christiano decia: Christiano, y abajo estaban escritos estos versos, que decian así:

Quizá viendo la figura
de los dos que ves rezar,

podriase bien dudar
si fué yerro de pintura.
Mas puse el letrero llano
por no responder á mil,
si el Christiano era Gentil,
ó el Gentil era Christiano.

Al que en el Palacio Real inconsideradamente echa mano á la espada, tiene por pena el cortársela, por no haber respetado el lugar, que con tanta razon se le debe todo miramiento y respeto. ¿Pues qué castigo merecerá el que donde asiste y está verdaderamente con el mismo poder y magestad que en el Cielo, atrevidamente se arroja á lo que delante de un hombre particular no se atreviera, ni aun lo intentára? Pena de muerte puso por castigo la pragmática Real, contra los agresores de la casa del Rey; y pena de muerte tambien puso el Eclesiástico, capílulo treinta y ocho, para aquellos que ofenden á Dios en su casa, diciendo: El que peca en la presencia de aquel que le hizo, cae en las manos del Médico, pone lo por venir por presente, porque para Dios todo es de una manera, lo que es y lo

que ha de ser. Y dice el Sábio, el que no guarda respeto á la presencia de su Dios y á su casa, caerá en las manos del Médico, y ya que le conozca la enfermedad, no le curará, porque ha de tener al Señor por su contrario, de adonde procede toda salud y remedio; y quando no, hará que le yerre la cura, para que no se libre de la enfermedad que le causó su culpa y pecado. Entre las atrevidas refriegas que el demonio, enemigo nuestro tuvo con el Salvador del mundo, Christo nuestro bien: la segunda fué en aquel famoso Templo de Salomon, pidiéndole, que si era hijo de Dios, se arrojase de lo alto del pináculo ó chapitel, que cierto estaba que no haria mal ninguno, cosa maravillosa, que le llevase á lugar sagrado pudiéndole llevar á otra torre de las muchas que tenia la Ciudad Santa de Jerusalen: mas no sin causa, pues era aquel lugar dedicado á Dios, y en él buscaba alguna ofensa contra su Magestad. Bien consideraba esto un Santo Prelado de nuestros tiempos, el qual puso excomunion en que luego incurriesen los que hablasen cosas ilí-

cítas, hiciesen señas, ó provocasen á las mugeres que estaban en los lugares y Templos sagrados, á algun género de deshonestidad y desenvoltura: asimismo quitó el representar comedias profanas y lascivas en las Iglesias: hecho por cierto muy justo, y mandamiento con mucha razon ordenado, digno de su prudencia, christiandad y cordura. No menor era la pena que me afligia en ver la costumbre que tienen algunos Gentiles-hombres, de ponerse á las puertas de los Templos, para ver y juzgar las damas que entran, ó salen, hechos aranceles, ó aduanas de la buena ó mala compostura, hermosura ó fealdad de las señoras de la Parroquia: bien diferente modo y trato del que se guardaba en aquella República de los Hebreos, pues en los actos públicos y juntas que tenian, por una parte iban las mugeres, y por otra los hombres, (a) y volvian ellos y ellas á sus casas, sin verse ni hablarse: que ésta fué la oca-

(a) Pluguiera á Dios se observase esta costumbre en nuestros dias, pues de este modo se evitarian muchas irreverencias, acciones indecentes, y palabras obscenas.

sion de haberse perdido Christo Señor nuestro en su sagrada niñez, porque la Madre Señora nuestra, entienda que habia ido con su sagrado Esposo, y el Santo Joseph imaginaba, que á su Sagrado niño Jesus, como á criatura, la Santísima María su esposa le habia llevado consigo. Volviéron á casa los Celestiales Esposos, y halláronse sin él, y sin culpa de su dolorosa falta. Los que han de estar á las puertas de las Iglesias con justa razon y título han de ser, no los Gentiles-hombres y galanes, sino los pobres y necesitados que piden limosna, faltos de salud, desamparados de todos, para que en entrando á pedir mercedes al Rey del Cielo, entren primero por la limosna y caridad, porque quadra muy bien, y es maravilloso modo de obligar al Señor para alcanzar de su Magestad lo que se le pide, limosna y oracion. El andar los pobres y ciegos en las Iglesias y dentro de ellas pidiendo, enfadábame y estorbaba quanto podia aquella mala costumbre, diciéndoles: que á la puerta del Templo se podian salir á pedir, pues andar de persona en persona, ver-

daderamente no sirve sino de estorbar á los que están encomendándose á Dios, y ser justo lo que les amonestaba, parece que lo decia aquella antigua costumbre de los Romanos, los quales á las puertas de sus Iglesias y Templos mandaba, se pusiesen los pobres, y que allí pidiesen limosna, no á dentro, porque no fuesen estorbo á los que estaban adorando sus fingidos y falsos dioses, como consta de los Actos de los sagrados Apóstoles, porque como un dia entrasen en un Templo de la Gentilidad en Roma, los gloriosos Santos San Juan Evangelista, y San Bernabé, al entrar por las puertas comenzáron los pobres enfermos á pedirles que les socorriesen, dándoles alguna limosna con que remediar su trabajo y necesidad. Los Santos Apóstoles, mirándoles, dixéron: Hermanos, nosotros somos tambien pobres como vosotros, oro, ni plata no lo tenemos, ni acostumbramos á traerlo; pero lo que os podemos dar, eso os darémos de buena gana. Levantáos y recibid la sanidad que deseais, en el nombre de Jesu-Christo Señor nuestro y verdadero

Dios, milagrosa palabra y virtud divina, que así al punto pudo hacer tanto bien á los que tan necesitados estaban de remedio, dexándolos con entera salud, así del cuerpo como del alma, pues cierto habian de reconocer la merced que se les habia hecho, y confesar ser falsos los dioses que adoraban, y el verdadero, y cierto el que predicaban los Santos Apóstoles: así, que su lugar de los pobres derechamente es el estar en los portales de las Iglesias, que así lo acostumbraban tambien en aquella República Hebrea, donde en los portales del Templo estaban á recibir limosna innumerables necesitados enfermos: y de razon, tambien á las puertas habian de estar los ciegos rezadores, para que con sus voces no divirtiesen á los que van á encomendarse al Señor. Y aun esto y lo otro sufriera de buena voluntad, y con sobrada paciencia; pero ha llegado ya la desdicha á tanto, y por nuestros pecados la libertad de los hombres está en su punto, que ya en las Iglesias, Hermitas y Templos no hay cosa segura, no

hay Cáliz, candelero, Cruz, frontal, frontalera ó sábana, que si se descuida el Sacristan no se hurte: pues que si hay alguna fiesta, y se aderezan las paredes, y cuelgan sedas: ahí es ello, el echar sus trazas, el desear que anochezca, para coger la lámpara, tafetan ó damasco, ó quadro que se colgó algo bajo; ó por lo ménos, ya que no se puede descolgar, sacar un giron, y aproveche lo que aprovechare, que será para ligas.

Vicario. Notable maldad y atrevimiento, hurto y sacrilegio, que de cometer semejante pecado, habian de temblar los hombres: y por mas necesidad que tuviesen, antes coser su boca con la pared, y perecer de hambre, que intentarle, quanto mas ponerlo por obra.

Alonso. Bien hecho yo de ver, padre mio, que estas cosas y otras semejantes, no las hacen gente de bien ni honrada, sino desalmada, ruin, y personas que no les falta mas que morirse, para irse sin réplica á los calabozos y cárceles del infierno; pero la lás-

tima no es, sino que sean Christianos (si lo son) y que haya habido algunos tan desalmados, que llegue á tanto el atrevimiento y desverguenza, que á la misma Reyna de los Cielos y tierra, de su sacrosanta Cabeza la hayan quitado la corona, joyas, sartas y vestidos, y que lo que no se atrevieran á hacer los mismos demonios, haya manos sacrílegas que lo intenten: y que háyamos visto en nuestros dias hurtar de la Iglesia los Vasos de plata, donde se guarda el santo Oleo y Crisma, y que forzosamente se habia de echar á mal, con tan poca reverencia y desacato, que si las cosas andubieran como habian de andar, cada uno de los fieles habia de ser guarda del Templo, procurando su ornato, adorno y limpieza, sin haber mas Sacristan que los de la Parroquia: y el cerrarse, no se habia de hacer sino por la decencia, no por temor que en él se cometiesen hurtos ni sacrilegios. Todas estas cosas, padre, se las decia á mi amo con ansia y lástima de mi corazon, y él mirábame, y muerto de

risa me respondia: Hijo Alonso, presto os llevarémos al Hospital de podridos; por vida vuestra que mudeis la hoja, y no os metais en gobernar el pueblo, que no es dado á vos, ni yo he menester criado que me enseñe, sino que haga lo que yo le mandare: ya teneis cuerpo y años para aprender oficio, dos meses ha que estais en mi casa, veis aquí lo que os debo, idos con Dios que no os he menester. No poco enfadado quedé con el mal término de mi Sacristan; pero eché de ver, que no podia hacer otra cosa, ni que habia de aprovechar el replicarle, le respondí: Que de muy buena gana dexaria su posada, y así, dándome mi ama catorce reales, porque siete ganaba cada mes, alabando á Dios de verme con algun dinero para poder caminar, salí del pueblo un viernes de mañana, y tomé el camino de Toledo. Pero pues ya se va á poner el Sol, y es justo vuesa Paternidad se recoja, dexémoslo ahora, que ahí nos queda otro dia en que podamos proseguir con nuestro discurso, pues to-

do este tiempo es el que nos da la Orden para que tengamos alguna recreacion.

CAPÍTULO IV.

Cuenta Alonso como llegó á Toledo, y entró á servir á un Gentil-hombre recien casado, y lo que le sucedió.

ALONSO.

Quedamos ayer, padre Vicario, en el camino de Toledo, Ciudad de las mas famosas de España, cabeza de Reyno, ilustre y rica, adonde llegué con los trabajos y penas que no podré encarecer, ni cortar á V. P., era tiempo de invierno, habíanse hecho á una las cataratas del Cielo con las nubes: habia entrado el Sol en el signo Aquario, y así venia agua á la tierra, que era bendicion de verla caer. La tierra mostraba campanillas, á cada paso sacabá á luz el arco del Apóstol, vestido de maravillosas colores, verdade-

ra señal de la tormenta que nos seguia, y á mí principalmente, porque iba á pie con tanto lodo y tan mojado, que no podia dar paso adelante. Deparóme Dios, para alivio de mis trabajos, un carro de mulas de los Manchegos, que en ser grandes y bien aderezados, pueden llevar una casa. Enfadado ya de andar dos veces al camino con cada pie, volviendo atras quanto echaba adelante, agua arriba, y agua á baxo: pues las nubes se me habian conjurado, y la tierra era un mar, segun los arroyos cruzaban de una parte á otra. Acordábame de aquel decir de los Poetas, encareciendo el modo del correr de las fuentes y arroyuelos, muchas veces los llaman sierpes de cristal, mas para mí eran venenosos dragones, y no fingidos: pues así martirizaban mis carnes, cansado de tantas cuitas, sin poder dar paso, aborreciendo el poco dinero que llevaba, me llegué al carretero, que sobre el yugo iba picando á las mulas, con deseo de llegar presto al parador del pueblo, que ya estaba cerca, á quien con humildes y

amorosas razones le dixe: Suplico á vm. señor idalgo, porque voy con poca salud y muy cansado del trabajo de dos dias que ha que camino, se sirva por mi dinero, de llevarme hasta Ocaña, pues segun veo, vm. camina ácia allá, que en hacerlo recibiré merced, y no perderá nada en favorecerme. Oyóme el Manchego, y aunque se hizo de rogar un poco, con todo eso viendo al ojo el interes y premio, tan poderoso para todos, me respondió: Que subiese enhorabuena en el carro, y dandome la mano, tomé la posesion que deseaba, aunque fué por poco tiempo, porque aquella tierra de la Mancha en lloviendo mucho, parece de suerte tan pegajosa y blanda, que no es posible dar un paso á pie, y á caballo aun es peor por los atolladeros que se hacen, con ser como es aquella tierra de su naturaleza enjuta y seca. Bien se echaba de ver en mi carro, pues el carril estaba tan abierto que se cubria en él todo el cubo, y cada momento era menester apearme, vocear y animar las mulas, yo con gritos, y mi compañero con

votos y juramentos, renegaba de los pechos de su madre, y de la leche que habia mamado, su padre no mondaba nísperos, ni aun se echaba ménos la soldadesca, que en buena mano estaba, aunque yo le iba bien á la mano, si es que se puede corregir una mala costumbre. Suéle traer por dicho comun, para encarecer el mal término que alguno tiene en jurar, fulano jura como un carretero, y el mio no degeneraba del oficio, ántes pudiera dar quince y falta al mas desalmado desuella caras, sabe Dios con el miedo y pena que yo estaba, considerando el castigo que Dios suele hacer en los juradores blasfemos, y que no me llevase á mí de calles, pues en qualquier borrasca el que mejor libra, tiene que contar toda la vida. No le quedó vara á mi Boótes terrestre que no la hiciese pedázos en las orejas de las desdichadas mulas, y compadecido yo del mal tratamiento, le pregunté, que no debiera: ¿Digame señor, el carro y las mulas son de vm.? Eso pregunta, me respondió, pese á mi anima, si mias

fueran ya las hubiera quemado. No son sinó de un ladron herege de mi amo, que para que me vaya al infierno me tiene en su casa. Bien se echa de ver, le dixe, en verdad que un ciego lo viera, y un mudo lo hablara. Pues que le parece, reniego de quien le parió, replicó el enojado carretero, que por el Cielo de Dios que estoy para hacer del carro, de las mulas y de él, un disparte, y que no ha de subir mas á él, aunque rebiente. Como fuere servido lo hará vuesa merced, le respondí, por verle ya tan borracho de cólera, como lo debia de estar de vino, y era cierto desfogar conmigo su enojo, como si yo hubiera llovido, hiciera los lodos, y atascara las ruedas: pero debíase de decir por mi, por culpa de la bestia mátaron al Obispo. A buen partido lo tuve el irme á pie, pues en subir y baxar del carro se me habia de ir la tarde, saliendo como salian á cada paso tantos atolladeros. Ahorréme de gasto; guardé mi dinero, aunque era poco lo que me habia quedado, y animándome lo mejor que

pude, llegué á Toledo: no vengan trabajos por un hombre, como se pasan. Sentencia es de las madres viejas, que buen corazon quebranta mala ventura. En mí se pudo verificar, pues pareciéndome imposible poder acabar mi jornada, con el casancio y fatiga que llevaba, al cabo vine á salir con mi intento, y á verme libre de tanto lodazal y atolladero. Qué de veces que me acordé de aquellas palabras de Christo Señor nuestro, que enojado con aquellos ingratos y desconocidos de su pueblo, previniéndolos de los trabajos y misierias en que se habian de ver, les dice: Rogad al Señor, que vuestra huida no sea en sábado, ni en invierno, y da la razon el sagrado Texto, diciendo: Porque en invierno son muchas las aguas, y los caminos no estan acomodados para poder huir, y en el sábado, por ser dia de fiesta para los Hebreos, era vedado el poder caminar, sino señaladamente tanta distancia de pasos. Llegué á Toledo un lunes de mañana, alegre de verme en aquella imperial y noble Ciudad, con

sideré su maravilloso sitio y fuerte muralla, su admirable alcazar, su rica Iglesia mayor, maravillosa y nombrada en el mundo por tantos y tan grandiosos titulos como tiene. Entré en la plaza de Zocodover, teatro un tiempo de galanes Andaluces, descendientes de Agar, y ya por la misericordia de Dios de fieles Christianos. Anduve de una calle en otra embelesado, mirando la riqueza de los mercaderes, sus grandiosas tiendas, su proceder y trato tan honrado y noble. Mirábanme algunos considerando en mí la atencion con que notaba todas aquellas cosas, y entre los que pusiéron en mí los ojos fué un Gentil-hombre, bien aderezado al uso de ahora, cuello azulado y abierto, calza entera de obra, sombrero con plumas, espada dorada, ferreruelo aforrado en felpa, guante de ambar, y al cuello una vuelta de cadena de oro de moderado peso, el qual llegándose á mí me preguntó: ¿De qué tierra era, que buscaba, pues al parecer era estrangero, si estaba acomodado, ó si queria servirle? Respondí: Que de buena

gana estaria con un amo que me tratase bien, pues estaba con razonable vestido, para no echarle luego en costa, como otros criados mal aderezados. Díxele que era Andaluz, que el deseo de ver á Toledo me habia traido desde mi tierra: encarecíle el cuidado con que acudiria al servicio del dueño que tuviese, y de suerte le supe obligar, que aficionado á mi buena traza y plática, me respondió: Hermano hallado habeis lo que buscabades, Dios os ha venido á ver, y si gustais de iros conmigo, que yo tengo de recibir criado, y porque me pareceis hombre de bien, os quiero recibir para que me sirvais de page. Muy enhorabuena, le dixe, y asi los dos nos fuimos juntos á su posada, que no era muy léjos de la plaza, y á poco espacio de tiempo me metió en una casa, que me dixo ser la suya, subímos una escalera, pasamos un corredor, una quadra y otra. Llegando á una espaciosa sala, razonablemente aderezada, de guadamaciles, quatro sillas, tres taburetes, un bufete, una alfombra mediada con seis

almohadas de terciopelo carmesí, estrado de alguna moderacion, para una señora ordinaria, dió una voz mi amo, diciendo: ¿Señora, estais acá, no hay quién me responda? Y de otro aposento correspondiente á la sala, salió una muger (si lo era) porque á mí mas me pareció monstruo, ó fantasma, para asombro de los hombres, que persona humana. Bien echo de ver, Padre mio, que para la Religion y observancia de los oidos de vuestra Paternidad no son estas cosas, pues las palabras que escuchan, siempre son puras, honestas y recatadas; pero con todo eso, sin recelo alguno las puede oir, pues representacion y memoria de muger tan fea, ni habrá disciplina ni cilicio de tanto provecho para refrenar los incendios y carnales apetitos. Salió, pues, mi deseo de dama vestida á lo grave, alta de cuerpo, muy derecha, sobre media vara de chapines, con sus varillas de plata de un gran geme: lo que le faltaba de gruesa y corpulenta, sobraba de enjuta y reseca: tenia el rostro como el de María

de Peñaranda la barbuda, y tanto que se pudiera alzar los vigotes, y dormir con vigoteras, carilarga, la nariz apia, quintada, y vuelta al lado derecho, los ojos, uno mayor y mas crecido que el otro, no iguales en el asiento, cuyas niñas, aunque no menores de edad, miraban á dos Parroquias; cejijunta, cabello negro, tosco y grueso, frente corta y estrecha, boquihundida y de oreja á oreja, dientes anchos y apartados unos de otros al modo de almenas, verdadero retrato del que pintó un Poeta mi conocido en estos versos:

Nunca tal novia se vea,
flaca, negra, tuerta y fea,
y nuestro novio traydor,
la mostraba mas amor,
que Calisto á Melibea.

Mirónos con gravedad y algo risueña, con el novio, á quien le dió el bien benido, y quitándose los guantes mostró la mano semejante á la de un oso, negra, bellosa y seca. Don Fernando (que así se llamaba mi señor)

vuelto para mi me dixo: Veis aquí el dueño de mi vida, conocedla, y de hoy en adelante haced lo que os mandare, que ese será mi gusto. Y dando cuenta á su Esposa de quien yo era, alabando mi ingenio, modo de proceder y habilidad, tomándola de la mano se entró con ella en una quadra, dexándome á mí en la sala solo aguardando me diesen órden de lo que habia de hacer. No tuve por bueno tanto silencio, ni sentir ruido de otra gente, aguardé buen rato, quitéme la capa y sombrero, y poniéndolo sobre una silla, muy de espacio me puse á considerar las desdichas de algunos hombres, la ceguedad y mal gusto de su eleccion, pues estando en su mano el casarse cón muger de buena suerte y traza, eligen para toda su vida lo que forzosamente ha de ser su martirio. Malo es dexarse llevar un hombre de un apetito desenfrenado, y temerariamente arrojarse á lo que no debe por una vana y breve hermosura, que hoy es, y mañana se pierde: pero si hay disculpa para un yerro, éste parece que le tiene. Pero

en este mi amo, no sé que pueda decir, pues en su negra Esposa estaban con justo título las cinco efes, y no tenia el nombre de Francisca. Notaba los varios efectos de naturaleza, pues con ser Toledo milagrosa, criando bellísimas mugeres, sacó aquel espanto de la humana belleza, hallaba ser falso lo que dicen de las aguas del Tajo, atribuyendo á ellas el color y tez de las Toledanas, pues tambien en sus orillas se habria criado aquella mas que morena, ó mulata. Veníaseme á la memoria la opinion de Galeno, que habia oido en Salamanca, que enseña por lo exterior del cuerpo quien es cada uno, que condicion tiene, que costumbre natural, y término. Quexábame de mi fortuna pronosticando, con justa razon, el mal paradero de mis desdichas, ¿pues de tal cara, que podia esperar? En estas imaginaciones estaba ocupado, quando mi amo me salio á llamar, diciendo: Alonso, ven aca, que ya es hora de comer. Vamos á la Plaza compraremos algo, pues son dadas las doce: y dandome dos cestas, tomando mi capa y

sombrero, salimos los dos de la posada, contándome en el camino, como habia tres dias que se habia desposado con aquella tarasca, aunque contra voluntad de sus padres, y que aunque no le hablaban, esperaba en Dios, metiéndose gente principal de por medio, todo pararia en bien: pues en efecto él se habia casado muy á su gusto, y principalmente con una Dama de tan buenas partes, como la que habia escogido para su regalo y descanso. Así tengas el sueño, dixe yo entremí, que es posible que haya hombres tan bárbaros como éste, tan sin ojos, que no vean con el Sol, lo que es mas claro que su misma luz? Y que sea tan grande la providencia del Señor, que en naciendo la escoba, no falte un jumento que guste de comerla, y que sea tanta la fuerza del santo Sacramento del Matrimonio, que casándose algunos con furias infernales, al punto se despachen Angeles que alcoholen los ojos de los desdichados que no viéron, para que miren las cosas muy al contrario de lo que verdaderamente se echa de ver

juzgando lo negro por lo blanco, lo verde por azul, el cautiverio por libertad, y el tormento y congoxa por descanso, quietud y sosiego. Culpé entónces, con justa causa, á los mozos libres, que sin voluntad de sus padres, sin guardarles el respeto que se les debe, movidos de una loca y vana aficion, atropellan con todo, errando siempre en una de tres cosas, ó en la persona, ó en la calidad, ó en la hacienda, y quando en esto no, disgustando á quien deben estar sujetos, y considerar que ellos mirarán mucho mejor lo que les está bien, como personas desapasionadas, maduros en consejo y esperiencia, y deseosos del aumento y prosperidad de su casa: por leyes justas de muchos Reynos se prohiben las herencias á los hijos que escogen mugeres sin dar parte á sus padres, perdiéndoles el debido respecto y obediencia, no echando de ver los trabajos, las importunidades, los continuos cuidados, los gastos y costas que con ellos se tiene para su educacion y crianza, ántes pienso imaginan, que todo se les debe, siendo

tan al contrario, pues no hay pago para un padre, ni puede haber en la tierra mayor obligacion y deuda tan debida, ni tan mal pagada. El mayor contento que puede tener un viejo padre, cansado ya de vivir, y con la prolixidad de sus años, lleno de enfermedades y dolores, es ver con su gusto y voluntad puesto en estado á su hijo, entrar por su casa, visitar á su muger, esperar de ellos nueva sucesion y aumento de su linage: y si esto todo se le quita, ¿qué podrá sentir, qué alivio tendrá, ó qué contento, si lo que es á disgusto y contra voluntad por bueno y rebueno que sea, causa pesadumbre y enojo? Mi Don Fernando por todo habia pasado, no reparando galas, ni en las que habia menester la señora su Esposa. Andaba en pleyto con su viejo padre, pidiendo alimentos, y alegando ser principal, y no tener oficio, ni modo alguno de ganar de comer, aunque las ganas todos las teniamos, pues con ser cerca de las dos de la tarde, aun no habiamos traido la comida: plaga ordinaria de

lás casas de los señores, que para hacer diferencia de la demas gente; hacen del dia noche, y de la noche que se hizo para quietud y sosiego de los hombres, quieren que sea perpetua vigilia, y que sus criados anden hechos continuas centinelas. Compró mi amo un quarto de cabrito, fruta, pan, vino, y carbon, porque como Caballero noble, no tenia en la posada cosa por junto, movido por ventura por aquel antiguo refran; que vale mas tienda cara, que casa harta. Vueltos con nuestra porcion, me dixo mi señor: Alonso, por tu vida haz lumbre, y pon á asar ese cabrito, que no tenemos otra persona que lo pueda hacer sino tú, que querrá Dios que otro dia estemos con mas dineros que ahora, y recibirémos una criada para que nos sirva. Yo, que de mi condicion siempre fuí amigo de dar gusto á todos, y me aplicaba á qualquier obra manual de estas, en poco tiempo puse en órden la comida, hice el pebre, y poniendo la mesa, llamé á mis amos, diciendo, ser ya mas de las tres de la tarde. To-

máron asientos, llegando con su comer y plácticas hasta mas de las quatro. Diéronme á mí mi racion y parte en verdad no escasa, sino muy suficiente, que como no eramos mas de as, y dos, y tres, no era menester gastar mucho para comer bien todos, principalmente con algunas zarandajillas, que acompañaban, ya de principio, ya de postre. Muy ufano y alegre estaba yo con los señores novios, sirviéndolos de fregata, cocinero, mayordomo y page, y aun si pudieran hacerme dueña de tocas, tenian talle de que lo fuese, hallando en mí, para todo, el sugeto que puede desearse, que nunca pierde un hombre por acomodarse á lo que se le ofrezca, principalmente en ocasion y necesidad tan urgente como la que teniamos nosotros entónces.

Vicario. Así lo digo, hermano, que bien es que lo hombres sepan de todo.

Alonso. Muy alegre me hallaba con mis amos, y mas no teniendo vieja con quien pendenciar, ni moza que me fuese á los alcances de si hacia,

ó no hacia, pero como el gasto fuese ordinario, y el recibir nunca, dímonos tan buena maña como si se esperara algun juro para ayuda de nuestro sustento, que ya muy apriesa nos iba faltando, para cuyo remedio se acomodaban algunas alhajuelas y joyas de mi señora, sortijas, y cadena, de ellas vendidas, y de ellas empeñadas, con harto disgusto y pesadumbre de su merced. Acabóse el pan de la boda, andando nuestra casa como la de un esgrimidor, ó escudero el mas pobre, que aun pan no teniamos, ni con que comprarlo, y la señora mi ama pedia gollerías; volvíase para su marido muy colérica, diciéndole: Quan mal la trataba, el poco regalo que la hacia, no estimando una persona de tantas prendas como las suyas. Y tanto venia á decir contra mi buen Juan, que con tener una condicion noble, y ser de suyo pacifico y quieto, enemigo de pendencias, obligado de tantas sinrazones como le decia, de quando en quando alzaba la mano, emparejando entrambos carrillos. Aquí era ello, alza

Dios tu ira, los gritos llegaban al Cielo. Juntábase el barrio, aunque por tener yo cuidado de cerrar las puertas de la calle, no podia subir persona á despartirlos, y ponerlos en paz: y para sosegar los vecinos, y que no me hundiesen las puertas con las aldabas. Abria las ventanas, asomábame á los balcones, diciendo: No tengan pena, no son mas que puñadas, no será nada, que no hay sangre, ni se verá espada fuera de su lugar, y con todo iba creciendo mas la guerra entre los dos, porque mi señora era libre, y Don Fernando ligero de manos, y no se descuidaba á menudo de dar en ella como en real de enemigos. Y yo que me los miraba, y me estaba quedo, acordándoseme, que quien desparte lleva la peor parte: y tambien del otro dicho comun, entre dos muelas molares, nunca metas tus pulgares. Haciame cuenta, marido y muger son, si ahora riñen, á la noche dormirán juntos, parar tiene la pendencia de una manera, ó de otra, callando ella, ó cansándose él de pegarla. *Vicario.* Eso me parece, hermano,

á lo que le sucedió á un caminante que yo conocí, por estremo flemático, el qual como viniese á nuestro Convento en tiempo trabajoso de yelos, por ser cerca de Navidad. Viendo el camino de los angostinos, camino muy peligroso é inescusable á nuestro Convento, temiéndose no desliciase en él la bestia en que venia, y diese con él, el monte abajo. Parecióle ser mas seguro apearse, y pasar lo que le quedaba de puerto á pie, y acertó en hacerlo, porque en apeandose la calvagadura, lo hizo tambien, que sin poderse detener, comenzó á rodar de un peñasco en otro por la ladera del monte, llevándose consigo, cogin y portamanteo. Y viendo tan desgraciado suceso, el bueno de mi caminante puesto en lo alto del camino, mirandole decia con mucha paciencia: Parar tienes, que no es eterna la cuesta, fin ha de tener tu caida, suelo llano ha de haber para tí.

Alonso. Así es la verdad, que no hay pendencia, que bien ó mal no tenga su fin. Pero, padre, confieso mi culpa que me bañaba en agua rosada, quan-

do veia que la daban los mayores golpes y moxicones, que hacia esta cuenta conmigo: mala cara y sin dote, y gruñidora, descomedida y mal hablada, sacudania el polvo, poco es, por Dios que no os tengo de quitar. Bien duraba el nublado mas de una hora, dexando en rehenes mucha parte de sus cerdosos cabellos por la sala. Ibase mi señor fuera, molido de andar á caza, y mi casada recogiase á llorar sus desdichas á su retrete, y yo poniame á considerar el poco juicio de algunas personas, que se atreven á tomar muger, y á una obligacion tan grande de mantenerla, sin tener oficio, renta, ni modo de vivir, ¿quién vió locura semejante? no puede pasar un hombre solo, sin obligaciones ni respetos humanos, y busca compañia y nuevos gastos; cuidado ordinario, pesadumbre, y fatiga contínua, y mas si por dicha, carga de hijos; tú que no puedes llevame acuestas, se podrá decir por esto, y rebienta con la carga que tomáste como impertinente majadero. Acuérdome de cierta letrilla, que quando mo-

zo oí cantar á este propósito, que decia en esta forma:

Que se case un Don Guillote
con una Dama sin dote,
bien puede ser.
Mas que no dé en pocos dias
por un pan sus damerías,
no puede ser.

Procure mudar estado el Caballero mozo que tiene renta, busque muger el que tiene oficio con que sustentarla, y el que no le aprendió, ni tiene habilidad para ganar de comer, estese solo, que mejor es llorar con un ojo, que con dos, y no dar materiales para edificios de obras pias, hospitales, y casas de huérfanos desamparados: y no es bien que responda el que en semejante materia pecáre. Esta fué mi suerte, mi fortuna lo quiso, que todo es mentira, que adonde está el entendimiento y razon, no hay estrellas que fuercen el libre alvedrio, conforme á lo que enseña en su Extravagante el Pontífice Sixto Quinto, sino es que ha-

yamos de decir lo que dixo aquel enfadado estudiante. *Vicario.* Gustaré de oirlo, cuéntalo hermano. *Alonso.* Ahorcaban en Salamanca á un ladroncillo, y para verle morir, estaba llena la plaza de gente, así en las ventanas, como en todo el sitio del lugar donde se ajusticiaba. Estaba ya el reo en la escalera de la horca haciendo gran llanto, llorando su poca suerte, la deshonra de su linage y deudos, el poco favor de sus amigos y conocidos, sus mal logrados años y cortedad de vida. Entre los que miraban al afligido mozo, estaba una buena vieja viuda, de reverendas tocas, y enfadada de verle llorar de aquel modo, con mucho enojo á grandes voces comenzó á decir: Ello habia de ser, esa era tu suerte, paciencia, que nadie puede huir de lo que su estrella le tiene señalado, repitió esto no pocas veces. De modo, que enfadado un estudiante gorron, que estaba á su lado, de oirla, alzó la mano y dióla una gran bofetada, diciéndola: No se aflija, ni llore, tenga paciencia por su vida, que ello habia de ser, y

de lo que está determinado, nadie se escapa. Casa de mantener, castillo de guerrear se suele decir, y con justo título: pues como para una guerra son necesarios tantos gastos, tantas máquinas y aparatos, así para el gobierno y sustento necesario y ordinario, conviene que tengan los casados algun género de arrimo, para sobrellevar las cargas de tan pesado yugo como es el del matrimonio. Habiendo celebrado ya sus funerales obsequias, y planteando sus desdichas, mi mal acondicionada dueña, veníaseme para mí, como quien busca compañía con quien consolarse, ayudándola á recoger las lágrimas, que por aquel rostro de San Onofre caian: pediame parecer, culpando el mal trato y término de su velado: mas yo, como amigo de decir verdades, y que la conocia muy bien quien ella era, como si la hubiera parido, la comencé á [illegible] palabras semejantes, exortándola á que [illegible] se arrojase tanto de [illegible] mugeres de bien y [illegible] un caso y vicio muy [illegible]

hension. Díxela, como despues que el glorioso Apóstol, y predicador de las gentes San Pablo, dexó hecha una larga y copiosa exortacion á los casados, amonestándoles á que quieran entrañablemente, y estimen á sus mugeres, diciendoles: Que se han de querer y amar, como amó Dios á su Iglesia, que por su respeto se puede dexar el padre y madre, que no se aparten de su lado, que dos cuerpos que son, y dos voluntades, se haga una voluntad, un cuerpo, un sí, un no, sin haber en ellos contrariedad, ni cosa que desdiga de un perfecto y santo querer y aficion. Y despues de hecho este largo preambulo á los casados, acaba el Apóstol cerrando su discurso con solas dos palabras, diciendo: Las mugeres teman á sus maridos. Bien echo de ver, que fué disparate el dicho de un hablador, que decia, haber de ser las mugeres como las lámparas, de dia y de noche colgadas, y quando las hubiesen menester mandar alguna cosa, baxarlas, pero por tiempo limitado: así, señora, que mi señor Don Fernando esti-

me y quiera á vuesa merced, que la dé gusto y la regale, es mucha razon: y tambien lo es, que se le guarde su respeto, y que con él, nadie se vaya del pie á la mano, pues es conseqüencia bien clara, que todo ha de llover sobre vuesa merced, que en efecto, por lo mas delgado ha de quebrar la sóga. Yo conocí una muger, que los mas dias podia ser padre santo, por andar tan acompañada de cardenales rostro y brazos, y muy consolada decia á sus vecinas: El vellaco muy bien me pegó de golpes, y bien señalada me dexó, pero á fé, que le dixe quanto queria, y que mi lenguita la dexé bien lavada en sus libertades y traiciones. Toledana me dicen que era una vecina de una casada, que la mayor parte del año habia menester cirujano que la curase, y compadecida de sus trabajos, un dia que la fué á ver, la preguntó, ¿qué fuese la causa de tanto mal, y poca paz como siempre tenia? La muger soltó la maldita, y hecha un lucifér, la dixo: Que puede ser, sino estar yo sujeta á un tan mal hom-

bre, amancebado, jugador, mal Christiano, y de malos respetos. Pues para todo eso yo os daré un remedio eficacísimo, que tengo guardado con gran secreto, la respondió la amiga, y no lo digais á nadie por vuestra vida; porque importa mucho el estar callado, y es negocio de mucha estima, y habeis de quedar con él, libre de todas vuestras persecuciones y desventuras. Codiciosa la casada de semejante oferta, no la quiso dexar, hasta que la entregó su vecina una redomilla de agua, diciéndola: Hermana mia, en entrando que entre vuestro marido, riñendo, ó dando voces, como tiene de costumbre, sin deteneros un punto, id volando, y tomad un trago de está agua, y por cosas que os diga, no la echeis de la boca, porque tiene tan gran eficacia, que os defenderá de la cólera y mala condicion de ese mal hombre, de modo, que jamas se atreva á poner manos en vos; volviéndole apacible, amable, y de un demonio que es ahora, un cordero, un angel para quantos con él trataren. Agrade-

ció el presente la dama, recibió la redoma con su agua de virtudes, y aguardó la hora de cenar. Despedida la vecina, vino el amo de casa, y dando á su muger un poco de cabrito, la dixo: Tóme eso y aderecelo luego, porque quiero cenar, conténtese con la comida que hoy me dió, y no tengamos mas en que entender. La casada que vió á su marido algo enojado, y que habia menester poco para echarlo todo á rodar. Tomándo su redoma, se la echó á pechos, guardando una gran bocanada de ella, y cerrando la boca de suerte, que no se la perdiese gota de agua: asó su cabrito, puso la mesa, llamó á su marido por señas, dióle de cenar, sin hablarle palabra, y acabada la cena, alzó los manteles con tanto silencio, que el buen hombre quedó admirado de ver semejante milagro, como el que habia experimentado con su palabrera muger. Al siguiente dia sucedió lo mismo, no sabiendo á que poderse echar el bien que tenia, y dando gracias á Dios, la dixo: Si así fuésedes siempre otro gallo os cantaria, y no tendrian que contar

los vecinos de lo que con vos paso. Entónces la dueña, pareciéndole que ya era tiempo de rebentar, y salir de madre, volviéndose á lo que de ántes, le respondió: Mal hombre, bien se echa de ver la lástima que todos me tienen y quien vos sois, pues movida de compasion Doña Juana me dió una redomilla con agua, que de Angeles debe de ser sin duda, pues tal efecto y obra ha hecho con vos; pues con solo tenerla en la boca ha mudado vuestra infernal cólera en un silencio tan grande estos dos dias, y de un tigre rabioso, en un hombre apacible y manso. Y harta desdicha mia es, que me haya yo de aprovechar de estas destilaciones, quintas esencias, y mezclas de yerbas. para poder vivir con quien mi desventura y pecados mios hubieron de juntarme para acabar mi vida miserablemente. O loca y simple muger, la respondió el marido, no echas de ver, que esa tu amiga, con eso que te aconsejó, dándote esa redomilla de agua, que tuvieses en la boca sin tragarla, ni echarla, fué decirte,

que no fueses respondona, mal hablada, sino que con un callar, y santo silencio vencieses los mayores enojos y pesadumbres que yo truxese? Es posible, que no ves los grandes bienes que has sacado con ese poco callar que has tenido estos dias, y los grandes daños que te acarrean tus malas palabras, y el pretender que no quede por tí el campo. Así, que señora, aplicacion á la obra, el exemplo está en la mano: Toda la culpa de la poca paz de casa, vuesa merced la tiene, y de esta perpétua guerra es siempre la causa, tixeras han de ser, aunque se hunda el mundo. Como la otra, á quien no la pudiendo sufrir su marido, la arrojó en el rio, y aunque se ahogaba, y el raudal de la corriente la llevaba, dando vueltas con ella, de quando en quando sacaba la mano á fuera, y juntando los dos dedos, y apartándolos, ya que no podia con la lengua, por señas daba á entender, tixeretas: y dé vm. gracias á Dios, la dixe, que no tiene suegra en casa, que aquí fuera ello, pues la mejor, con haberla hecho de

azucar, dicen algunas nueras que amargaba: y una de barro, con estar en un almario, descalabró á su nuera, queriéndola mudar á otra parte. Contéla un cuentecillo á este propósito, que por no cansar á vuesa Paternidad le dexo.

Vicario. Bien puede referirle, hermano, que temprano es, y la tarde tenemos por nuestra.

Alonso. Pues gusta de ello vuesa Paternidad, habré de hacerlo: Casóse un Caballero Andaluz, con una Dama de Castilla la vieja, moza, noble y rica: y para efectuar el casamiento, entre las condiciones que se pusiéron, fué una: Que el marido no sacase en tiempo alguno á su muger de laCiudad, por ser voluntad suya el haber de vivir con sus deudos, y adonde tenia la hacienda de sus padres. El Caballero prometió de hacerlo así, como lo hizo, viviendo como buenos casados en recíproco amor algunos años. La dama que sabia ya, que su marido tenia madre, deseosa de verla, y de traerla á su casa, por ventura, por asegurar mas su partido, un dia que con

su marido mas que otras veces, travó en larga conversacion y plática, muy encarecidamente le rogó, que por darla gusto la truxese á su madre, pues era razon, que correspondiendo ella á las muchas obligaciones que le tenia, para pagarle en algo con particulares veras, sirviese ella, y estimase á su señora, pues una viuda sola, y ausente de su hijo, y de tanto tiempo, aunque muy rica, no era posible, sino pasar muchos trabajos y pesadumbres, lances forzosos de la soledad y ausencia. Agradeció el Caballero las buenas razones de su bien intencionada muger, y respondióla: De muy buena gana, señora, hiciera yo lo que me pedis, pero tenemos paz, por la misericordia de Dios; y si mi madre estuviese en vuestra compañía, no sé como os llevariades con ella: dos tocas á un fuego, siempre tienen discordia, y mejor os está vivir vuestra suegra cincuenta leguas de vuestra casa que dentro de ella, no os canseis, que no ha de vivir con vos. Pues no es vuestro gusto el dármele, respondió la dama para

mi consuelo, haced que traigan un retrato de mi señora, pues ya que no merezco el verla y servirla, á lo ménos, considerando su imágen, podré hacer cuenta que la miran mis ojos. De muy buena gana haré lo que pedis, respondió el Caballero, y poniendo la mayor diligencia que pudo, hizo que con brevedad le truxesen un retrato de su madre, tan bien acabado, y con tanta perficion como si naturalmente fuera el mismo original. Recibióle con sobrada alegría, y para muestra del grande respeto que guardaba á su suegra, y en lo que le estimaba, hízole hacer un costoso quadro, doróle, y púsole frontero de su estrado, y en parte donde jamás le perdiese de vista. Mirabale siempre quando se levantaba y sentaba, ó salia, haciéndole una gran reverencia y cortesia: bien como si fuera la imágen de algun Santo. Pasáron dias, y algunos meses, y como todo cansa, fuéla enfadando tanta sobra de crianza. Tan impertinente miraba ya á su retratada señora, con tanto desamor y

enfado, que á no dar que decir, la echára en el pozo: buscaba ocasion para ponerla en otra parte, pero no se atrevia por el respeto de su marido; y como una tarde estuviese merendando con sus criadas en el estrado, antojósela, que la pintada suegra la estaba mirando, á quien con una desenfrenada cólera la dixo razones semejantes: Cauteloso testigo, enfadoso huesped, espia ordinaria, amigo fingido, qué me quieres? Si como, me miras, si lloro, no te apartas de mí, y sin ser Dios, te tengo presente, pero pues la venganza está en mi mano, yo la tomaré de tus agravios, y diciendo esto, con el cuchillo que en la mano tenia, la dió una gran cuchillada por la cara, de modo, que rompió media vara de lienzo. A esta refriega, acertó á entrar el discreto marido, y viendo semejante pleyto, y tan sin ocasion, riéndose de su loca muger la dixo: Bien te lo decia yo, que no era bien traer contigo á mi madre por conocer tu condicion y término, y ser todas vosotras poco mas,

ó menos de un mismo natural, y término, mal sufriera el vivo original, quien no pudo sufrir el traslado: no tienes que pedirme otra vez que te traiga á tu señora, pues aun pintada no la tengo de dexar en tu compañia.

Vicario. No me parece mal el cuentecillo, y el consuelo que la daba á su Toledana.

Alonso. Tambien la dixe: quando uno no quiere, dos no barajan. Ello es cierto que si dos coléricos andan juntos, ha de haber poca paz en su compañia, principalmente si no hay en ellos prudencia y amor. Para un desabrido y mal acondicionado, necesario ha de ser un pacífico, cuerdo, sufrido, y prudente, que sobrelleve las impertinencias que se ofrecieren, no que las regule, executándolas por mal término, adelgazando las cosas que han de ser de enojo y pesadumbre. Este era mi ordinario sermon, y oíale la señora mi ama, como si le predicara alguno de los vecinos de Argél; mas poco hacia al caso, que al fin, venia á llover todo sobre su cabeza, y quando an-

daban los dos á sal acá traidor, y via que se levantaba alguna gran borrasca y polvoreda, pidiendo favor á los Cielos, amparo á los Santos, y remedio á la justicia y vecinos; retirándome á otro aposento seguro y libre, decia entre mí: Allá darás rayo en las costillas de mi ama, pues ella se lo busca, y buena cabeza tiene para chichones. O que bueno que era para adivino, pues como quinta carta de participantes, todas aquellas bendiciones venian á caer sobre la pobre señora, luego alzaba la voz pidiendo confesion y cirujano, y tan en tanto venia el barbero á tomar la sangre, aunque no llevaba mas el uno que el otro: buenas razones sí, y cortesías en abundancia, que dinero, para pan lo tomáramos de muy buena gana, el señor mi amo y yo, pues habia de esto la necesidad que puedo encarecer, pues los mas dias amaneciamos sin blanca, y comiamos sobre tarja de fiado, hasta que el padre de mi señor movido de compasion y ruegos, ó que por quitarse de pleitos, que tambien le pusimos demanda, pi-

diéndole alimentos, atento á su nobleza, y no tener órden de ganar de comer, y el mucho gasto que tenia en su casa, con las obligaciones de muger y criados, y esperanza de hijos, que aunque no los habia, hubimos de añadir una mentira, diciendo, que mi ama estaba preñada, que era como si hubiera de parir un elefante, pues aun hasta las peticiones tienen trazas que realzan mas lo que se pide, para mover á lástima y compasion á los jueces, inclinándolos á que favorezcan con mayores veras á la parte que pone la demanda. Hubo de señalar para cada año docientos ducados, que eran como quatro maravedis para la condicion de mi señora, segun el ánimo que tenia de gastar, y grandes confianzas de la misericordia y providencia Divina, á quien todo queria dexarlo, sin mirar á noche, ni á mañana: principalmente, como era tan cumplida de narices, olió luego el dinero que le daba el suegro, y sin reparar en el gasto de casa, ni en las muchas deudas que se debian, fuélo aplicando para un fal-

dellin de damasco, con unos franjones de oro. Aquí perdí yo, padre, la paciencia, y como si lo hubiera de pagar tomé la demanda por mi señor. Dí muchas voces, reprehendí con palabras retóricas su poco miramiento, afeé su mal proceder, pues viéndonos morir de hambre, lo que habia de ser nuestro remedio, y sustento de todo un año, lo queria undir en una gala, y trage de tan poca importancia, gastando mas en hechuras que su merced truxo de dote. Entónces padre mio, eché de ver el trabajo y miseria á que se obliga el hombre casado con una muger impertinente, que solo por su gusto atropella con tantas obligaciones forzosas á quien necesariamente habia de acudir, dando de mano á cosas que ni van, ni vienen. Y para alivio de mi demasiada cólera, respondiame mi ama: No veis, Alonso, que las señoras como yo han de andar al uso, y el ser quien soy me obliga á quitármelo de la boca, por el que dirán. Dexadme por vuestra vida, y hemos de ser todos iguales, no ha de haber diferen-

cia del vestido de la muger ordinaria al de la que es noble y principal? Bueno fuera por cierto, que una persona como yo, de tan buenas partes y prendas, hubiese de andar como una pobretona, mal nacida, y de humildes padres. Yo entónces, aunque enfadado de su mucha simpleza, y boberia, no dexaba de darla bastantes satisfacciones, diciéndola: Las que no son nobles, y tienen que gastar en galas, triunfen, y adornen su persona y casa, pues fué Dios servido de darles renta para ello: mas las que tienen necesidad y pobreza, acomodense con los tiempos, que no siempre son unos, y hayle para coreccion de gastos, y para alargarse con prudencia en ellos. No todos los nobles son ricos, ni con la buena sangre vinieron los tesoros del mundo, porque el tener, ó no tener gracia es de por sí, y don que le da Dios al que es su Magestad servido: y aunque es verdad que las riquezas y bienes temporales son guarda y adorno de la nobleza y buen nacimiento, y con ellos se aumenta y conserva me-

jor, son sin número los que tienen necesidad, y seria mala conseqüencia, soy noble, luego rico, y el que lo fuere trátese como tal, que justo es que use de los bienes que le ha dado el Señor, pero el que no, aunque su descendencia sea de los Godos, razon será no se alargue á mas de lo que puede, ni el que dirán le obligue á salir de compás y término, hable el que hablare, y diga el que dixere, que por una mala lengua, y mal decir, no ha de hacer uno mas de lo que sus fuerzas alcanzan. Y para confirmacion de lo que la decia conté á mi ama el presente cuento, que hace á propósito, padre Vicario, para lo que cada uno quiere decir, como no se debe andar con tantos gustos y pareceres, como de ordinario hay en los hombres. *Vicario.* Holgaré de oirle. *Alonso.* Fué en esta manera: Caminaban un dia de verano un pobre hombre, ya de buena edad, y una muger con un muchacho de pocos años. Llevaban delante consigo un jumentillo, que servia de llevarles un poco de ropa que tenian, carga tan moderada

y poca, que podia ir bien á la ligera: acertó á pasar cerca de ellos un caminante, y mirando á los tres que iban por el camino, y el jumento desembarazado, algo enojado les dixo: Hay tan poco saber de personas, que lleven ahí una bestia holgando y sin carga, y que una muger de su natural para poco, delicada y flaca, vaya á pie. Tened juicio buen viejo, que yo os ayudaré, y suba en ese jumento esa buena muger, que mejor irá en él, que no rebentando por las asperezas de este monte. Parecióle bien al casado lo que el pasagero le habia dicho, y llegándose á una, peña hizo que su muger fuese caballera, y los dos siguiéndola iban á pie. Poco anduviéron, quando otro que venia por el mismo camino les salió al encuentro, y saludándoles, les dixo: Harto mejor fuera, padre honrado, que un hombre como vos, de tantos dias, que es milagro poderos tener en pie, fuera caballero, y ocupára aquel animal, y no la muger que llevais en él, pues las de su género, de suyo son inclinadas á pasear.

se , y esta era ocasion en que pudiera sacar los pies de mal año , habiéndosela ofrecido de caminar á pie , y como buen baylador , menearlos apriesa. Baxad , hermana , y suba ese buen viejo, que sus años y canas estan pidiendo lo que yo os digo. A tan buenas razones obedeció la casada , apeóse y subió su marido en el jumento , prosiguiendo su viage , adonde de allí á poco rato encontraron unos caminantes , que mirando al hombre caballero, y á la muger y mozuelo en seguimiento suyo , con muy grandes risadas empezaron á hacer burla de él , diciendo: Salvage , apeaos , y tened vergüenza, no veis que va ese niño despeado , sin aliento, y con tan grande calor, y que vos tan grande como vuestro abuelo, sin reparar en nada , vais hecho una bestia , pudiendo andar harto mejor, y con mas descanso que ese pobrecito que os sigue. Confuso el padre , baxó de su jumento , poniendo en él al hijuelo , y siguiéndole los dos casados, hasta que viniendo nueva gente , le dixeron: Subid en esa bestia con ese mu-

chacho, que poca carga será, y la que lleva ahora es casi nada, y á ratos ireis mudando de personas, y no rebentando, en seguimiento de quien camina tan sin pesadumbre, por verse holgado, y con tan poco peso. Quadróle al anciano el consejo que le daban, y poniendo al muchacho delante, subió él atras, con animo que de allí á un rato bajaria él, y podria ir caballera su muger, y así con algun descanso, mudándose, acabar su jornada. Mas duróle poco su sosiego, porque como viniesen otros pasageros, y viesen al padre, y al hijuelo sobre el jumento, comenzáron á darles matraca, diciendo: Buen año, no veis, dos van caballeros, y con que conciencia, alquilado debe de ser el asnillo, pues á ser propio, no lo hicieran con él de la suerte que vemos, ni tan mal le trataran. Hi de puta, buen hombre, que buen alma tiene, buena llegará la bestia á la posada, apostaré que del gran cansancio no puede comer bocado. Baxad en hora buena, ó en la otra, que buenos quartos teneis, y cerca está el pueblo, y no quiteis la vida á ese jumen-

to, si quiera porque es vuestro próximo. Estas razones le dixéron al labrador, y conociendo entónces bien á la clara los varios pareceres, y natural condicion que guardan los hombres, en materia de su gusto y opinion. Vuelto á su muger y al hijuelo, los dixo: No hay que reparar en lo que pueden decir de nosotros, que el que dirán de las gentes es bobería, sino es locura. Cada uno se acomode como pudiere, y alargue el pie conforme á la sábana, que si á mí me falta, el que dice, ó murmura, ni lo da, ni lo presta, y él se queda con su dicho, y yo con lo que tengo entónces, ó me falta. Vase él á su casa, dexándome á mí en la mia: vámonos como pudiéremos con nuestro jumento, y diga lo que le agradáre cada uno. Qué le parece á vm. del cuento, quádrala por ventura, ó enfádola con lo que la he dicho, pregunté á mi señora, y respondióme: Bien está, pero veamos lo que se ha de hacer, que lo que se usa, dicen, que no se excusa. Que remedio pondré yo en los vestidos, hechos en tiempo de Doña Ximena, cada dia hay nue-

vos trages, la guarnicion que ayer se echaba, hoy no se echa, y es fuerza haberme de acomodar al estilo y traza de tantos gustos, y vestirme del modo que las demas señoras de Toledo. Razon y justicia fuera, la dixe, si vm. tuviera con qué, pero es lástima no tener un real en casa, y quando le hubiera, valiera mas para comer que para bien parecer, que donde fuerza hay, derecho se pierde. ¿Qué imagina vm. que es uso, ó por mejor decir abuso, qué principio tubo? ¿quién son sus valedores? ¿y quién le sustenta? Pues yo se lo quiero decir, pues veo que está algo dudosa. Llega un galan, ó dama á una Iglesia, ó entra en una conversacion, donde hay algunas amigas, ó que no lo sean, pues no nos hace al caso, imaginó la noche ántes el vestirse una ropa, ó saya; ó si es hombre, ponerse un cuello, ferreruelo, ó sombrero, con la traza y hechura que le dió la veleta; miranla las otras, ó los otros, alaban su trage, suben á las nubes su buen gusto, proponen de imitarle, cortan por aquel modelo otro dia de vestir, y veis aquí metido en casa el

uso nuevo. Así, que señora, dé vm. en no usar lo que las otras, y quiebre una vez el ojo al diablo, y verá como no falta quien siga sus pisadas, y alabe su buena determinacion, y propósito (a). No decis bien, Alonso, replicó mi ama, al cabo de haberme yo quebrado la cabeza con mi larga arenga: todas traen lo que pido á Don Fernando, ello ha de ser, falte donde faltare. Terrible caso, é insufrible resolucion es (padre Vicario) la de una muger impertinente: nones dixo, y nones fuéron: aunque se hundiera el mundo habia de ser lo que pedia, no bastando para apartarla de su parecer, é injusta demanda, razones eficaces, ni el vernos que habiámos de morir de hambre todo un año, ni la poca esperanza de nuevos alimentos. En efecto se hubo de hacer el negro faldellin, ó manteo azul, guarnecido á las mil

(a) Con solo que se siguiese hoy el consejo que Alonso dió á su ama, no habia necesidad de andar discurriendo medios para minorar el luxo, que tanto perjudica á infinitas familias.

maravillas de oro de Milan, á costa de nuestro venidero y perpetuo ayuno. Púsosele un dia de Pasqua, que fué lo mismo que si se le pusieran á un dromedario, ó camello, y lo peor es, que imaginaba la pobre dueña, que salia muy vistosa, y fuéralo sin duda, á salir puesta con una caratula, y no con su cara. Todas estas cosas llevábalas mi señor Don Fernando con una paciencia para alabar á Dios que le crió, porque verdaderamente algunos dias podian hacer de él quanto quisieran, y el salir de sus casillas jugando de puño, era á mas no poder, forzado ya de las malas palabras de la que escogió por su esposa y compañera, y echábalo yo de ver manifiestamente, pues no habiendo comido en todo aquel dia, sino un poco de pan, y unas amacenas, y con ser dia de Pasqua no tener en casa bocado de carne, ni con que comprarle. Muy alegre se baxaba á un escritorio que tenia, adonde muy de espacio se ponia á escribir algunos sonetos, romances, y redondillas, que esta mercaderia tenia grangeada en el tiempo de sus locos desvelos. O que de

veces perdido el juicio, escribió mas mentiras y desatinos, que en sus transformaciones el ingenioso Ovidio. No habia estrellas para los ojos de su dama, plata para la frente, carmin para mexillas, ni oro para cabellos. Los dientes podian comprar los Boticarios para hacer tabletas, pues eran orientales perlas, y los de Africa y Persia, venir por arcos para sus saetas. Pues que si sacaba al Moro Gazul á jugar cañas, poniale tan lleno de plumas como si fuera pabo real, con mas gallardetes y vanderillas, que navio de alto borde, con mas divisas que dechado de niña, que se muestra á labrar, y con mas motes y rotulos que caxas de confiteros. Hízonos Dios merced de que en este tiempo saliese la cédula Real del Católico Rey Don Felipe Tercero nuestro señor, en que mandaba desterrar los moriscos de España, arrancando de nuestra tierra tan perniciosa semilla, y con esta nueva mudó ds sugeto, dexando á los devotos del falso Profeta, por seguir las humildes chozas de los pastores, baxábase á los arroyuelos á buscar las sierpes y

cristales; sacaba á cantar los zagalejos, que verdaderamente era cargo de conciencia, que en mitad del invierno, y echando el Señor chuzos de nieve, y hielo, á media noche estuviesen cantando al son de su viguelilla de arco, ó rabelejo, sin temer el frio, y sin quebrarse cuerdas del instrumento, y si se quebraban, al punto las ponian, por la mucha abundancia, y por estar todo tan á mano, y la tenian, aunque mas elaba para templarlas. Hacia algunos romances tan derretidos, de las crueldades de los pastores y de sus desdenes, que moviera á risa á quantos le oyeran. Allí convidaba á los montes á que le escuchasen, á los rios, y fuentes á que detuviesen el raudal de su curso, á las estrellas contaba sus cuitas, y á los animales de las selvas llamaba á que le hiciesen compañía, y á mí, que tenia mas gana de cenar, que de escuchar semejantes locuras, me los leia, encareciendo los versos, el modo de decir, los altos conceptos, traidos tan á punto, que á ser de calza de aguja, fuéran de mas provecho, recitábalos

con tantas acciones, así de ojos, como de boca y manos, que mas parecia organista, que poeta, vicio ordinario de algunos músicos, y costumbre digna de reprehension, pues siendo la música de suyo tan apacible y gustosa al sentido de oir, la desdoran de modo, haciéndola tan aborrecible á la vista, que fueran mas propios para espantar niños, ó matachines, que para dar alegria, y contento con su canto, debiéndose decir por los tales: Quien no os viese, y os oyese; y ya que mas de una hora habia estado oyendo sus locuras y amorosas quexas, preguntábame: ¿Qué te parece, Alonso, pudiera decir mas Lope de Vega, ó algunos de los que le igualan en su agudeza y modo de decir? ¿qué me dices de estos pensamientos? Que quiere vuesa merced que le diga, lo respondí, sino que quisiera mas tener que comer. Estas cosas, señor, eran buenas para sobre cena, satisfecho el estómago, y á la lumbre, que con tanto desmayo, y sin esperanza de tener que llegar á la boca, ni hace provecho, ni entra en

gusto. Paréceme, le dixe, que vuesa merced hace conmigo lo que un Montañes hidalgo con sus hijos. Llegábase la hora de comer, ó cenar, y no habia pan en casa, y para acallarlos, abria una arca y sacaba de ella un gran libro donde tenía escrita toda su descendencia, desde sus tatarabuelos, así por línea recta, como transversal, refiriendo mas parentela que tuvo nuestro primer padre. Y habiéndoles quebrado la cabeza, con su genealogía, deciales: Gracias á Dios, hijos mios, que teneis buen padre, y que sois hidalgos, ninguno os podrá decir, que es mejor que vosotros. Y oyéndole uno de los muchachos le respondió: Mas quisiera ser villano, y tener que comer muy bien. No es la miel para la boca del jumento, ni las perlas, y piedras preciosas se han de dar á los animales cerdosos, me respondió el señor Don Fernando, con cuya respuesta, algo enfadado, por estarlo ya, y muy mucho de sus cosas, y de ver el poco sentimiento que tenia de nuestros trabajos, procuré de allí adelante dar de mano á sus pesadum-

bras, ó por mejor decir á las mias propias, y dexarle quando mas descuidado estuviese: y así un dia de fiesta, sin hablar palabra, ni dexar dicho adonde me iba, salí de Toledo para Madrid, con harto poco dinero, y á pie, que siempre en esto fuí gran discípulo del Seráfico Padre San Francisco, aunque contra mi voluntad. Y porque me parece, que ya vuesa Paternidad querrá que nos vayamos al Convento, pues el Sol se quiere poner, quédase aquí nuestro discurso, que otro dia daré razon de lo que me sucedió en la Corte.

Vicario. Prométole, hermano, que gusto tanto de oirle, que gustára que nos quedáran otras quatro horas de la tarde; mas el tiempo corre, y la obligacion nos fuerza á dexarlo todo por la obediencia: para mañana se quede, que buen dia me aguarda de entretenimiento y gusto con su jornada.

CAPÍTULO V.

Prosigue Alonso contando lo que le sucedió en Madrid, y como entró á servir á un Letrado, que iba por Alcalde Mayor de Córdova.

ALONSO.

Quedamos en el camino de Madrid, doce leguas de Toledo, y no muy cortas, para quien las habia de andar á pie como yo, con el continuo trabajo que solia andar mis jornadas, no faltándome en todo mi viage conjuracion de nubes, torbellinos de agua y piedra, y tantos lodos, que para andar una legua, era necesario un dia entero. Llegué con no pequeña pesadumbre á Illescas, y sin irme á meson, de puro devoto, me fuí derecho á visitar el sagrado Santuario de tanta estima, y con mucha razon, tan famoso en toda Castilla, de la Sagrada Imágen de la Madre de Dios Señora nuestra. Adoré en aquel suntuoso Templo de la caridad.

á la Emperatriz de los Cielos, consideré sus riquezas, visité su grandioso Hospital, remedio de tantos pobres necesitados del favor humano, y habiéndome encomendado al Señor, y á su Divina providencia, salí á buscar un pedazo de pan; porque de Toledo no saqué sinó algunos quartos, y tan pocos, que no eran suficientes para poder llegar con ellos á la Villa de Madrid, adonde caminaba. Preciéme siempre de ser fiel, y con haber servido á Don Fernando algunos meses, y de todo quanto estuve en su casa, no haber recibido sinó unos zapatos: con todo eso no le fuí en cargo valoría de seis reales, porque en efecto, padre, esto de tener que restituir es negocio grave, y es mucho mejor que le deban á un hombre, que no tener que volver, y la restitucion ha de ser como la excomunion, que justa, ó injusta se ha de temer. Y aquel Príncipe de los Publicanos, tan generoso de ánimo, como pequeño de cuerpo el Zachéo, dando cuenta de su vida á Christo Señor nuestro, le dixo: Si tengo para mí, ó

sospechó que por mi mal trato engañé á alguno, y lo llevé mas de lo que era razon, en pago de mi delito le vuelvo quatro veces mas de lo que le habia llevado. Bien quisiera quedarme por algunos dias en el hospital de la Villa, fingiéndome enfermo, y descansar del gran trabajo que habia pasado, pues verdaderamente yo era propio para imágen de agua, pues en saliendo á campo, raso, se obscurecia el Cielo, condensábanse las nubes, alborotábase el ayre, y conjurados contra mí todos quatro Elementos, habia de llover sin réplica, aunque fuese contra mi voluntad. Pero temíme, padre, no me sucediese lo que á un pobre con el gran Obispo de Turon, el qual deseándo sacarle algun dinero, (que aun hasta los pobres tienen sus extratagemas) como supiese que el glorioso San Martin era tan caritativo y limosnero, llamando á otro compañero suyo, tal como él, le dixo: Tendéos en ese suelo, y yo os cubriré con esta capa, y quando pase el Obispo, diré, que os habeis caido muerto, y pedirlehe, que

me socorra para ayuda á vuestro entierro, y él, como persona que sabe bien hacerlo, con generosa y liberal mano, nos dará una gran limosna. Como lo dixo, lo hiciéron; mas pensando burlar al Santo, el fingido muerto se murió de veras, que no quiere Dios que se burlen con sus siervos y amigos y burlas semejantes jamas fuéron buenas, ántes aborrecí juegos y entretenimientos, en que se lastiman, y dan golpes unos á otros, quedando con aquellos bárbaros pasatiempos, ya sin ojos, pies, brazos, ó por lo ménos lastimados, los que así juegan. En efecto temí, imaginando, si por ventura yo me finjo enfermo, podria ser que me quedase por tal, y para mi condicion era prebenda demasiado costosa, y no poco aborrecida. El ser pedigueño, y aunque pobre, no del modo de un ciego de Andalucia, el qual como fuese algo corto de vista, y no totalmente sin ella, de modo que no pudiera trabajar y ganar de comer de otra suerte: tentole la codicia, y procuró pasar la plaza de ciego, y para

esto buscó un muchacho, tomó un palo en que arrimarse, y á grandes voces comenzó á pedir limosna, obligándose él, á que rezaria la oracion de San Gregorio, la del justo Juez, el apartamiento del cuerpo, y el alma, y la de las once mil Virgenes, con su gloriosa Reyna Santa Ursula. Los demas ciegos de su lugar tuviéron notable envidia, y querelláron del nuevo opositor, por quitarles su ordinario sustento, teniendo, como tenia, bastante vista para qualquier oficio, y ganar con él su comida. Oyó las partes el Juez, y arrimándose á la voluntad de los contrarios, desterró del pueblo al fingido Longinos, el qual saliendo á cumplir la sentencia, llamando á su Lazarillo, y consolándose con él, le dixo: Anda acá niño, no se te de un quarto, que yo espero en Dios que ántes de un año tengo de estar muy ciego, para vengarme de mis enemigos. Así yo, dilaté, y desistí de aquella cátedra para otra ocasion de mayor necesidad, pues es posada de las tres que no pueden faltar á los pobres, carcel, Iglesia,

ó hospital. Bien echaba de ver el gusto que habia de tener por algunos dias, sabiendo nuevas de Italia, de Constantinopla, de las Indias, el modo que se ha de tener en el Real Palacio, para buen gobierno de todo el Reyno: pues todas estas cosas, los pobres las tratan y comunican cada dia en los hospitales, y tabernas, como cuentos de horno. Pero al fin, animándome con la consideracion del breve camino que me quedaba de solas seis leguas, salí á pedir entre gente caritativa algun dinerillo; que siempre el Señor socorre á los necesitados en tales ocasiones, con gente buena, y contento con la moderada limosna que allegué, seguí mi jornada á Madrid, aunque siempre el Cielo me negó su cara, y en lugar de su luciente luminaria, tenia cuidado de quando en quando quitarme el polvo de los zapatos, regando la tierra con sobrada abundancia, (propio tiempo para que no se perdiese Don Beltrán con la mucha polvareda) y asi proseguí, hasta entrar en la grandiosa Villa de Madrid, que con el adorno de tan-

maravillosas fuentes como tiene, no fuéron necesarias las que tan acosado y afligido me traian. Entré en la Corte, adonde admirado de ver tan gran número de gente por todas las calles, dí mil gracias á Dios, considerando su gran providencia, que con tanta facilidad da para todos tan bastante sustento á manos llenas, sin que se pueda temer falta de quanto se pueda pedir, y desear, asi de regalos de la mar, como de la tierra. Fuime derecho al Real Palacio, allí consideré su grandeza, notando tantos señores como andaban por aquellos patios de una parte á otra, la muchedumbre de los pretendientes, cada hora esperando lo que por tantos meses y años no acaba de llegar, acabándose ántes muchas veces la vida, cansada ya, y con justa razon de tan prolixas esperanzas. Consideré entre los muchos Letrados que alli andaban, á uno de buen talle, no poco alegre y contento, á quien otros muchos daban mil parabienes, y él en correspondencia de las muchas ofertas que le hacian, agradecido, les volvia amigables res-

puestas. Por saber que fuese me llegué á un mozuelo que cerca del corro estaba, á quien le pregunté diciendo: Por vida de vm. señor hidalgo, que me diga, ¿por qué le dan tantos parabienes estos señores á este Letrado, que tan alegre está en medio de ellos? ¿por ventura hase casado? ¿tráile algo la flota que ha venido de Indias? ¿ó ha heredado algun mayorazgo? Cuerpo de tal con él, me respondió el mancebo, y no los ha de recibir de muy buena gana los parabienes que le diéron, pues su Magestad le ha hecho merced de la vara de Córdova, que la tomáran mas de diez y ocho de los que están á su lado, aunque les costára mil ducados, siendo como es el oficio que lleva de Teniente Mayor, de mucha ganancia, y de mayor honra: y mas de quatro estarán envidiosos de su buena fortuna. Dios nos la dé á todos, le dixe, que bien la habemos menester: y despidiéndome del mancebo, estuve imaginando quan bien me estaria entrar á servir á aquel Teniente, pues era forzoso haber de recibir criados para en-

trar en Córdova con alguna autoridad, conforme el cargo y dignidad que llevaba, y por no perder la ocasion que se me habia ofrecido, detúveme un poco, hasta ver á solas á mi Letrado, queriendo ya irse á su posada, y llegándome á él con mucha cortesía, le dixe: Esta mañana entré en esta Corte á procurar acomodarme con algun Caballero para servirle, he sabido que vm. ha de ir á Córdova por Juez, y si acaso ha de recibir algun criado, y mi persona fuere necesaria para el servicio de vm. iré de buena voluntad en su compañia, que en lo que toca á saber agradar y dar gusto en quanto se me mandáre, ninguno podrá hacerme ventaja: sé leer, escribir, y contar, y algun poco de latin, para quando se ofreciere algun texto, mirarle, ó intrepretarle. Parecióle bien á mi Letrado, y contentóle mi plática, y no era mucho, porque venia yo razonablemente vestido, que no era poco alivio para mi amo no tener que gastar en componerme, y mas para salir de Madrid (dragon que consume tan-

tas haciendas de pretendientes y negociantes) y así me respondió: Yo tengo de recibir dos criados, y por parecerme vos hombre de bien, seréis el uno, si me dais quien os conozca y fie. Eso, señor, será imposible, le dixe, soy forastero, estoy de mi tierra muy léjos, y aunque la Corte es madre de tantos advenedizos, no se quien haya en ella de mi patria, quanto mas, que ni tengo necesidad de que vm. gaste ninguna cosa en vestirme por el presente, ni me ha de dar tanta cantidad de dinero, que me obligue á volver las espaldas, y dexar de servir á vm., dexado aparte, que mas peco de fiel que de ladron. Agradóle á mi Teniente lo que le respondí, y muy satisfecho me dixo: Por vida del Rey, que os tengo de llevar conmigo, venga lo que viniere, que á vos os he menester yo, que soy hombre de humor. Con esto quedé recibido por page, y fuimos apercibiendo nuestra partida, que fué tambien en breve tiempo, despues de haber jurado en el Consejo. Partímos de Madrid un lunes de

mañana, con muy buena comodidad, así de mulas, como de regalos para nuestro camino, que no sé que se tiene esto de ir á gobernar, y estar puestos los hombres en alguna dignidad y grandeza, que luego hallan quien los preste, quien los sirva y regale: y con ser mi amo un pobre Letrado, sin mil ducados de renta, ni aun ciento de principal: luego en viéndole con vara, saliéron mercaderes á fiarle, y amigos á prestarle, y lo que no pudiera hallar veinte dias ántes, entónces lo traian á su casa á pedir de boca, y medida de su deseo. (a) En cinco dias llegamos á Córdova, donde los señores Regidores diéron la posesion á mi amo, y empezó á gobernar muy á gusto de aquellos, por cuyo arancel y determinacion se gobernaba la República; porque como poderosos, asi en calidad, como en cantidad, hacian lo que querian, y saliánse con ello: y con los tales, por ánimo que tenga un Juez, y riguroso

(a) Habiendose mudado tanto las costumbres, desde el tiempo en que escribió esto nuestro Autor, es digno de reparo, que este uso ó costumbre, permanezca sin variacion.

que se quiera mostrar, andá falto en irles á la mano, y á los delitos que cometen: y si lo sabe y entiende, disimula y calla, como sinó lo supiese y oyese. *Vicario.* Antes que pase adelante, deseo saber, porque se dixo el potro de Córdova, que aunque toda mi vida lo he oido decir, no se la causa. *Alonso.* Tiene la Ciudad de Córdova, entre otras muchas cosas grandes que tiene, una anchurosa y bien dispuesta plaza, y en medio de ella una admirable fuente, de adonde sale un levantado pilar, y en su remate con un pedestral maravilloso de jaspe, un bien labrado potro del grandor de un becerro, hasta de seis meses: y como otras Ciudades tienen insignes obras, maravillosos edificios, como Segovia su puente, Roma sus agujas, Egipto sus pirámides, y Rodas en un tiempo su coloso, así por estar hecho con tanto primor aquel potro, tiene fama por todo el mundo, dexando á parte, que por tierra tan fertil, y adonde se le crian á su Magestad los mejores caballos que se traen para su servicio. Para decir bien de un potro, decimos:

El de Córdova; como para engrandecer un buen paño, decimos: El de Londres, y el buen refino y negro de Segovia, por labrarse en ella los mejores paños que se fabrican en toda España. De aquí se tomó denominacion de un equívoco maravilloso, para la una y otra Ciudad, pues quando sale un mozuelo travieso, mal inclinado y de deprabadas costumbres, suele llamarse por epitecto: Vos, hermano, potrico sois de Córdova: refino podeis ser de Segovia. Y aun aquel divino y admirable ingenio, natural de Córdova, guardó este modo de decir en unos versos que hizo, adonde dando á entender, que pecaba mas de malicia que de ignorancia, dixo en una sátira: Busquen otro, que yo he nacido en el potro: y es, porque en aquel barrio, y plazuela, como en el azoguejo de Segovia, se crian mozuelos, que pueden dar quince y falta á los que mas se precian y presumen de saber, entender, y penetrar las cosas mas arduas y dificultosas, así para bien, como para todo género de vicio: y dexado todo esto á parte, es lástima grande, que

la pena y rigor, el castigo y condenacion padezcan los pobres, y que poco pueden, y los poderosos, y ricos, sin ningun tomar, á rienda suelta anden de noche, y de dia, como si no hubiese justicia para ellos. Yo, pues, como procurador de embargos, en todo me metia, todo lo murmuraba; y á lo ménos, por decirlo no habia de quedar. De modo, que tenian que hacer mas conmigo los de la audiencia, para que callase, que con el Teniente mi señor, para que disimulase sus faltas. Estábamos un dia de buena conformidad, así algunos Escribanos, como Regidores de Córdova, y mirándome á mí uno de ellos, con mucha risa dixo á mi amo: Ahí está Alonso, que yo apostaré que en pocos meses ha de perder la vista, como la Judia de Zaragoza, llorando duelos agenos: es persona de gran caridad, mucho gobierno; es procurador de enfadados, ó él lo está de todos: da consejo á quien no se los pide ni agradece. Ya yo lo veo, respondi entónces, que sin remedio ha de ser todo quanto he dicho, y pudiere decir de aquí adelante: pues mudar las

cosas por diferente órden y estilo que siempre han tenido, seria detener al Sol en su curso, quitar al fuego que no queme, y á la piedra que no baxe á su centro. Ya veo cumplida aquella fabula, que verdaderamente parece que habla con nuestra República, como si en realidad de verdad hubiera visto lo que en ella pasa, y se consiente tan de ordinario, Fabulita tenemos, bueno dixo el Teniente, por vida de Alonso, que por dar gusto á estos Caballeros la cuente, en pago del atrevimiento que tienes en hablar tan libre en presencia de sus mercedes. Pues vm. lo manda, va de cuento, le respondí, y es en esta forma: Llegóse el tiempo en que los animales querian hacer bastante satisfaccion de los delitos, y culpas en que habian caido, confesando sus yerros con persona tan habil y suficiente, como era necesario para este ministerio: y así por ser en todas sus cosas tan astuta, como por tener noticia de todos los culpados, fué elegida para juez, la raposa, y llegando ante ella, como cabeza de todos los anima-

les, el leon, y habiendo hecho largo preámbulo, de quien era, de su fortaleza, magestad, y dominio que tenia sobre todas las bestias, propuso sus culpas, diciendo: Un cierto dia me hallé con un cierto género de hambre, aunque no con sobrada necesidad, que me forzase á hacer lo que hice; y fué, que habiendo cerca de mí un rebaño de carneros, que descuidadamente pacian cerca de mi cueva, salí para hacer alguna presa en ellos sintióme el pastor, que venia en su guarda, y temeroso de mi vista, no quiso aguardarme, ántes en lugar de defender su ganado, echó á correr; yo entónces mas á mi salvo, sin tener estorbo que me fuese á la mano, así de un carnero, y comíle: luego dí tras otros tres, y aunque ya harto, y demasiadamente satisfecho mi estómago, despedacé otros seis, ó siete, solo por hacer mal, llevado por la inclinacion de mi naturaleza, y crueldad: y aun estoy por decir, que á no haberse ido la mala guarda, que medroso se puso en cobro, no saliera bien de mis dientes y uñas. Esto

es lo que me sucedió de pocos dias á esta parte, de que puedo hacer memoria, y acusarme. ¿Decidme, pues, lo que os parece? Poco hay que decir en eso, respondió la raposa, ni habrá nadie que pueda culpar caso semejante, siendo como es el leon, cabeza, y dueño de todos los animales, su Rey, y señor absoluto, asi por ser el mas fuerte, como por tener ya el señorío de todos ellos: y á un poderoso todo le es lícito, que sean diez los comidos, ó veinte los hurtados, no hay en que reparar, guárdense ellos, y no se pusieran donde les quitáran la vida, dando ocasion, y como convidándose á que les comiesen, pues el leon comer tiene lo que halláre á mal recado. Llegó luego el oso, y dixo: Hermana; hartas cosas tengo que decirte, y de que acusarme, y entre las que mas agravan mi conciencia, es, una travesura que hice una noche de estas, y fué: que entré por las bardas de una cerca, y hallé arrimadas á una pared quatro colmenas de una pobre labradora, tan llenas de miel, como las ha-

bia menester mi apetito desenfrenado que llevaba conmigo, así de las dos debaxo de mis brazos, y caminé á mi cueva con ellas, y habiéndolas dexado en puerto seguro, volví por las que estaban en depósito, haciendo de ellas lo que de las otras pasadas. Arrepentido vengo, quisiera volverlas, aunque será quitarme el comer por algunos dias: ¿qué os parece por vuestra vida? Lo que os puedo responder, dixo el Juez, será lo que comunmente se dice, de una colmena ciento, y de cien colmenas ninguna. No hay grangería en el mundo con ménos carga, ni escrúpulo: son bienes los de las abejas, que Dios los da, y Dios los quita: haga cuenta el dueño que se muriéron de una elada, acabando con ellas el rigor del invierno, pues perdellas por aquí, ó por otra via, todo se sale allá, y todo es perder: quanto mas, que vm. comer tiene, y no ha de morir de hambre, que pues el Señor le crió, sustento ha de tener de qualquier suerte que lo halláre: no tenga pena, goce de su miel, y buen provecho le haga, que

cosas de comer llevaderas son, y no para tenerlas por negocio de mucha importancia: En estas razones llegó el lobo apresurado por extremo de los continuos robos, en que de ordinario se exercita, y acusóse de no haber dexado oveja que no robase, yegua, ni buey que no hubiese muerto; y muchas veces, aun los mismos pastores haberse atrevido, á quien hallandolos con poca defensa, habia quitado la vida, y á otros mordido y maltratado. Pero la astuta raposa le animó, diciendo: Harto trabajo teneis, hermano lobo, en haber de andar siempre á sombras de tejados, de dia metido entre las peñas, de noche afligido, ya con el perro, ya con el pastor que os persigue. Válgaos vuestra ventura, comed lo que hallaredes, y cada uno mire por su hacienda, pues vos haceis vuestro oficio, que vuestros padres no os dexaron mas renta, que el valeros por vuestro pico, y el tiempo que dexaredes de saltear los ganados habeis de perecer. Quéxese quien quisiere, cado uno mire por sí conforme su obligacion. Despachado fué el lobo, quan-

do llegó el jumento, y contando sus cuitas, dixo al juez: Yo soy un animal, verdaderamente criado para un continuo trabajo, y ordinaria pesadumbre, estoy con un amo tan pobre, que los mas de los dias de cada semana me da la racion en dinero, ó con el medio celemin en los cascos. Que color tenga la cebada, no lo puedo saber, ni aun de solo paja no quiere satisfacer mi desambrido vientre, procurando ponerme en un continuo ayuno. De mi mal tratamiento no espero enmienda, ni tengo esperanza de que se han de acabar mis congojas, porque de qualquier modo salgo maltratado de toda refriega. Si ando mucho llevo palos, sino aguijo, palos, si me echo, los tengo ciertos, siendo en mi la mas liviana culpa, un grave y facineroso delito (que aun hasta las bestias es necesario que tengan ventura.) Iba los dias pasados tan cargado de ropa, como cansado del mucho trabajo, y poco comer, y acertándo á pasar por un sembrado de un verde y crecido alcocér, baylóme en el ojo, y deseoso de tan buen refresco, no quise

perder la ocasion, sinó meterla en casa: alargué el cuello, y mordi de él, sacando entre los dientes algunas pocas y mal logradas espigas, que ya estaban en cierne. ¡O ladron, respondió el juez! ¿pues cómo, siendo ageno tanto atrevimiento? que os den muchos palos, que rebenteis con la carga, pues nacistes para eso: ¿al sembrado que estaba para granar echasteis vos vuestros atrevidos dientes? fuego en ellos, y en tal descompostura y atrevimiento. Bien semejante es la fábula á lo que vemos cada dia: para el poderoso y rico, blandura y amor, sobrellevar sus defectos, el castigo moderado, la correccion entre compadres, como si no fuese: al pobre, al sin favor, al desamparado y solo, en cogiéndole en algun desman y travesura, la menor tajada sea la oreja. Pocas son galeras, aunque se eche por diez años, al que merece muerte, que en efecto para los desgraciados se hizo la horca. Han notado vuesas mercedes la vara de un Alcalde de Corte, la de un Corregidor, ó Juez ordinario, y las de sus Alguaci-

les, y Porteros, pues entiendan, que no es sin misterio, los unos traerlas delgadas, y los otros gruesas: y es la diferencia, que el Alguacil, ó Portero cumple con poner en execucion lo que su superior le manda; pero la del Juez ha de ser vara que tan presto se incline para el necesitado y pobre, como para el poderoso y rico, que haga á todas partes, sin exceptuar personas, ni guardar respetos á calidades, ni señorios, que verdaderamente no son delgadas las varas de los Jueces, por lo que dixo un poeta en unas coplas de un romance, en esta forma:

Qué de varas han torcido.
codicia, amistad, y miedo,
por ser ellas muy delgadas,
y asir de la punta el peso.

Y no quiero decir con esto, que sean desabridos, y mal acondicionados los Jueces, ni vocingleros, pues lo que se puede hacer con blandura y amor, mal hecho será llevado por violencia y fuerza de armas. De Filipo Rey de Mace-

donia, padre de aquel grande Emperador Alexandro, se cuenta, que llegó una muger viuda á pedirle la hiciese merced de perdonar á su hijo, que estaba condenado á muerte: y el piadoso Monarca se puso á llorar con ella: los Grandes que con él estaban, viendo semejante extremo en la magestad de su Rey, le dixéron: Señor, si tanto es el sentimiento de ver que muere ese mancebo, bien se lo podeis dar libre á su madre, que en vuestra voluntad está su vida, ó su muerte. Y si no quereis sino que muera, no hay para que llorarle: pero respondióles Filipo: Ya que no se le puedo dar libre, pues seria ir contra justicia el no quitarle la vida, dóyle á su madre lo que puedo, que son lágrimas: evidente señal, y muestra del sentimiento que tengo de no poder hacer lo que me pide. En el Reyno de Aragon se tenia por costumbre, quando de noche rondaba la justicia, en llegando á alguna esquina de la calle por donde pasaba, dar uno, ó dos golpes con el baston que llevaba, para que se entendiese que iba por allí la justicia,

pretendiendo con esto gobernar la Ciudad mas con blandura, que con aspereza. A un Juez conocí yo, que quando sentenciaba, ó condenaba á alguno, lo hacia con una boca tan de risa, y tan buenas y comedidas palabras, que obligaba á no apelar, por mas rigorosa que fuese la sentencia que habia ordenado, aunque le costaba al reo, dos tantos mas de lo que debia pagar por el delito que le acusaban. Tanto como esto puede el buen término y comedimiento de un Juez, y no puedo dexar de contar lo que ví en cierto pueblo de este Reyno, por si acaso hubiese enmienda en lo que tienen ya establecido por ley los señores Jueces: de modo, que quando les hacen cargo de semejantes sinrazones, responden: Convenir asi por via de buen gobierno Y que de otra suerte era imposible verificarse las causas, ni poder castigar los delitos: aunque yo pudiera responderles, que todas las leyes se han de entender con un buen discurso, y distincion, porque lo demas es confundirlas, y agraviar á los inocentes, que ni se

hallaron en la casa quando sucedió aquella desgracia, ú estaban en parte donde no podian ser testigos de semejantes culpas. Hubo, pues, cierto dia en una plaza de un pueblo de este Reyno una gran pendencia entre los hijos de vecinos, y gente forastera, al ruido de las armas, y al poner paz acudió gran número de los que por allí se halláron, y entre los que saliéron de sus casas á la refriega, fué un Barbero, que tomando la horquilla con que solia colgar las vacias á su puerta, quando sacaba la tienda, vino á mas correr entre los que se acuchillaban, diciendo á voces: Paz, paz: pero eran tantos los de la riña, y andaba el negocio de suerte que no pudiéron dexar de salir algunos heridos; dióse noticia á la Justicia, acudió luego con Escribano, y Fiscal, haciendo averiguacion de la causa, y como suele ser de ordinario, lleváron á la cárcel casi los mas vecinos del barrio, los mas cercanos de adonde habian sucedido las cuchilladas, y entre los presos hubo de ser el Barbero que salió con el palo: en la prision cada uno por su procurador

alegó de su derecho dando su descargo, y averiguada la culpa, los que no la tenian fuéron condenados á que pagasen á doce reales, y saliesen libres: el Barbero que por solo haber salido veía que le llevaban su dinero, aunque contra su voluntad, por salir de la prision hubo de pagar; y no pasáron muchos dias quando otra tarde se levantó otra gresca como la pasada, frontero de la casa del Barbero, y él, que se preciaba de asistir á su oficio, como hombre de bien, que lo era, asió de su vara, y metiéndose en medio de los que reñian á grandes voces comenzó á decir: Mueran, mueran; no tardáron en venir Juez, Escribano, y Alguaciles, y prendiéron los delinqüentes; lleváron tambien al Barbero á la cárcel, y como en la pendencia no hubiese algun herido, con facilidad saliéron de la prision, aunque no sin costas, pues vino á pagar el Barbero veinte y quatro reales por la mortandad que habia gritado, mas como en casa del tahur dure poco la alegria, y él en sintiendo algun alboroto no podia dexar de salir como la gansa

de cantipalos: ofrecióse otra riña, y salió á dar en que entender á los Alguaciles, y como ya escarmentado de las cosas pasadas mudó de estilo, y jugando de su horcon á modo de montante, á grandes voces repetia: paz, guerra, mueran, guerra, paz: prendió la justicia á los del alboroto, y no se quedó en la posada nuestro Barbero, el qual saliendo á visitarle, y siendo preguntado porque le habian preso, respondió: Señores, yo soy desgraciado: y de serlo, y de no tener quien me favorezca me ha costado mas que yo ganaré en seis semanas por mas que trabaje, por meter paz me condenáron en doce reales, despues viendo que con la paz me habia ido tan mal, en la segunda pendencia dixe: Mueran, mueran, y tambien aunque no hubo sangre fui condenado en gastos de justicia, ahora me truxéron á la prision por decir: Paz, guerra, mueran, paz. Suplíco á vms. me digan ¿qué he de hacer? ¿qué diré? ¿ó quando viere matarse los hombres adonde tengo de irme? porque no hay que dudar, sino que será menester al-

guna renta para tantas condenaciones como cada dia me hacen. Dió mucha risa á los Jueces el modo de proceder del buen hombre, y mandáron, que saliese libre y sin costas, y de allí adelante se fuéron á la mano en semejantes causas, aunque presto se cansáron volviéndose á lo que ántes solian. ¿ Qué me responderán de este cuento les pregunté á los que me escuchaban? pues verdaderamente es lo que sucede en este lugar, si lo oiste, ó lo dexaste de ver págalo, y salga de donde saliere, que las diligencias que se hacen, ó hicieren no será razon queden sin premio, y el Escribano, y Fiscal llevar tienen sus derechos, que por eso compráron semejantes oficios, y diéron su dinero. Y aun esto bien pudiera sufrir á no haber de por medio algunos malos tratamientos, y algunas palabras injuriosas, indignas con justa razon de los que gobiernan la República, no le basta su desdicha á un pobre hombre, y verse preso en una cárcel cargado de hierro, sinó que para alivio de sus trabajos ha de ver indignado contra sí al Juez, ter-

rible al Escribano, y al Fiscal insufrible, y al Alcayde, y Porteros de la cárcel no de mejor condicion que los demas. Estaba el desdichado rico avariento abrasándose en vivo fuego, muriendo de sed, y deseoso de una gota de agua, y llama para que le socorra á Abrahan, pidiéndole que le envie á Lázaro, y para obligarle le da nombre de padre, y el santo viejo Patriarca pudiéndole decir que mentia, pues tan ruines hijos, y miserables, nunca él los tubo, por no afligirle y desconsolarle mas le responde: Hijo en el mundo tuviste los regalos posibles, y Lazaro estubo lleno de miserias y trabajos, trocóse la suerte, tú ahora padeces, y Lázaro descansa, grande es la distancia de un lugar á otro, y así no es posible lo que pides: ya que no le socorre, no le trata mal, ni se enoja con él, ni es bien que el juez jamas se enoje con el reo, ántes se compadezca y duela de sus miserias, y considere quan fragil, y de quan poca consideracion es el hombre, pues por la flaqueza y mal natural suyo, dexa la virtud y el bien, y

se arroja precipitadamente á la torpeza y perdicion suya, sin temer la pena y castigo que le aguarda, y no dexe de admitir apelacion quando se la pidieren, si por ventura hay lugar para no executar la sentencia, que harto mejor es vaya visto el negocio que fuere grave, por muchos ojos, y que no se atropelle la vida de un hombre: si merece azotes, ó galeras, senténciese en ellas en hora buena; pero que importa que otro mayor tribunal lo confirme, pues con esto se satisface el reo, y el juez cumple con su conciencia, y se libra de muchas pesadumbres con decir, otros lo vieron, justificadamente está vista su causa, y se executó lo que merecia, no todo se ha de entender de una manera, distincion quieren las cosas, que aunque tiene peso la justicia, razon es siempre se incline á la piedad, y compasion: rico en misericordia se llama Christo Señor nuestro, por preciarse tanto de misericordioso, y no por eso dexa de ser infinita su justicia: llega á venderle Judas, y dándole la paz que no traia, le

pregunta: Amigo á que vienes, pudiéndole condenar al punto á los infiernos, como juez universal que era de vivivos y muertos, y mas que tardó poco en irse á los abismos, prision bien merecida á quien él era, y habia sido. Aquella vara del Profeta con tantos ojos, esto significaba, que quien vela, todo lo mira, y tantea las cosas con razon y prudencia. Este es el camino carretero por donde han ido las personas cuerdas, y echar por vereda, ó atajo diferente será para que se diga aquel comun refran, á los viejos hasta los codos, y á los mozos hasta los hombros. *Vicario.* Recibiré merced, y caridad que me declare ese adagio, porque verdaderamente no puede dexar de tener encerrado en sí alguna buena sentencia. *Alonso.* En tiempo de muchas aguas, (como las que yo solia pasar, padre Vicario) se suele humedecer tanto la tierra, que con ser de su naturaleza fria y seca, parece estar tan deleznable con demasiada humedad, que por todas partes arroja arroyos y fuentes de agua: los hombres ya de edad que no

miran en galas, en saliendo á sus negocios no reparando en el lodo que se les ha de pegar en zapatos ó medias, sino en ir mas seguros, echan por medio de la calle á costa de mojarse mas de lo que querrian, peró los mozuelos pisaverdes, á quien no es razon que ni aun los elementos se les atrevan, ántes les veneren y guarden respeto, echan por diferente senda, arrimanse á la pared, ponen la punta del pie en una y otra piedrezuela, y como mal fundamento quando mas descuidados, al mejor tiempo toman la paja con el celebro, y con las espaldas miden el suelo, como Don Bueso, la necesidad suele decirse que hace maestros, pero yo no diré sino la experiencia, y que es madre del saber, y del buen gobierno, por eso dice Tulio, que el entendimiento, la razon, y consejo estaba en los viejos, porque como ya caidos en las cosas, y exercitados en todo, podian gobernar las Repúblicas, lo que no tienen los mozuelos de pocos años. Estas y otras cosas les contaba á aquellos señores de la audiencia que me

escuchaban con mi amo, y como eran hijos de tantas madres así tuviéron varios los pareceres, culpaban unos mi libertad, otros quisieran que el Teniente me hiciera llevar á la cárcel por el atrevimiento que habia tenido; aunque no faltó entre ellos quien volvió por mí, diciendo, que mi intento habia sido bueno, y que debian agradecerme los buenos consejos que los habia dado. *Vicario.* Si ello va á decir verdad, hermano Alonso, demasiado anduvo, no está el mundo para ese lenguage, verdades apuradas no se escuchan, desengaños no se reciben, priva la mentira, gobierna la lisonja, y adulacion, y la doblez, y mal trato está en su punto, yo no me maravillo sino como no le diéron el pago que merecian tan libres razones como les dixo. *Alonso.* De eso procuré yo guardarme, porque viendo que ya me traian sobre ojo, llamándome el hablador, y que casi los mas de Córdova me señalaban con el dedo, determiné de dar cantonada á mi señor, y quitarme de malas lenguas, pues sin dar ocasion, ni

merecerlo yo, ni mi buen trato, así taberneros, como gente de la plaza me llamaban el soploncillo, oficio de que jamas no solo no me precio, sino que le aborrezço, valgales á los que lo son el interés que quisieren, siquiera anden á medias, ó á tercias partes con la Justicia, y Escribanos, indigna cosa de hombres de bien, y yo como me preciaba de serlo, procuraba siempre huir de semejantes negociaciones y ganancias, aguardé una noche que salí de ronda con mi Teneniente, y habiendo visitado tabernas y bodegones, pasteleros, y casas de posadas, llegamos á un meson, donde hallé un hombre con dos machos, que estaba de partida para Sevilla, habiendo de salir de la posada al amanecer, ví el Cielo abierto, y con tan buena ocasion asila por el copete; porque de mi natural inclinacion fuí siempre amigo de andar los pies altos del suelo, principalmente por tierra tan cálida como Andalucía: tres meses habia que estaba en servicio del Teniente mi amo, y en todo este tiempo no me habia dado si quie-

ra un par de zapatos, de modo que le consideraba de que jamas podria sacar de él un real, procurando como buen cobrador que se fuese comido por servido: órden que suele guardarse ahora en algunas casas, no dando salario á los criados, sino aprovechándolos en los negocios que se ofrecen, y que de allí saquen ellos lo que su industria, y modo pueda grangear, así de la una parte como de la otra, haciendo á dos manos como buen oficial. Habiame dado mi señor el dia ántes para el gasto de toda la semana quarenta y quatro reales, que echando bien la cuenta de tres meses de servicio, venia yo á salir á razon de á catorce reales, dos mas ó ménos que sobraban, y habiendo hecho el cómputo con mi conciencia, me dí por libre, pareciéndome que todo se salia allá, tomar lo que se me debia, ó pedirlo á mi señor, pues casi se era uno, no hay para que trate ahora si pequé ó no, en hacer lo que hice; que en negocio de opiniones no faltará quien me defienda, pero en efecto dexéme de cuentos, y dexando acostado

á mi dueño dí la vuelta al meson, que á tardar algo mas no fuera de provecho, porque el arriero habia ya aparejado sus machos, y hecha la cuenta con la huéspeda, estaba ya fuera del portal para ponerse en camino, disimuléme, y no le hablé palabra, porque no me conociesen los huéspedes, y habiendo salido de la Ciudad buen rato, y yo en su seguimiento, llegándome á él le dí los buenos dias, diciéndole como habia oido decir que su viage era el mismo que yo llevaba, y si no lo tenia por pesadumbre le serviria en su jornada, pagándole la merced y buena obra que me hiciese de á ratos llevarme caballero, pues iban desembarazos dos mulos, agradeció mi ofrecimiento, y diciéndome que no repararia en la paga, me dió el pie para que subiese en uno de aquellos dromedarios, que segun estaban albardados podian ser acémilas de algun grande: proseguimos nuestro camino con algun sosiego y contento, dando vaya á los pasageros que encontrabamos, engañando con risa y voces el gran tra-

bajo, y cansancio del camino, que no era poco, en tiempo de tanto calor, y por tierra que parecia ser hija del Sol, segun era de calorosa, que no sin causa la llaman sierra morena. Un martes, aciago para mí, llegamos por la tarde á una venta, con ánimo de dormir aquella noche en ella, y tomar la madrugada como otras veces habiamos hecho, pero volviósenos el sueño del perro: porque como por nuestra ventura tuviese una hijuela de buena edad el ventero, y yo fuese mozo barbi-poniente, y aunque no muy demasiado bien vestido, no de mal parecer, bayléla al ojo al demonio de la moza, y llegándose á mí me dixo: Mancebito, bien veo que no le es lícito á una doncella como yo soy, atreverse á echar en corro, lo que por terceras personas fuera bien se tratase; pero aunque con justa causa puede culpar mi desenvoltura, y el ser tan demasiadamente libre, el amor que le he cobrado en este poco de tiempo que le he visto, es de suerte que me fuerza á que atropelle con todo, y habiendo de ser yo la roga-

da venga á rogarle, fuerzas son de estrellas, y oculta inclinacion, que no se puede alcanzar la causa de adonde procede tan gran mudanza como la que vengo á ver: en mí hallará muger que le estime, y adore sus pensamientos, si gusta de quedarse conmigo en casa, hija soy del huésped, no hay otra heredera para lo poco, ó mucho que se ganare, el puesto es admirable, y acreditado, y con su buena ayuda nos ha de hacer el Señor mil mercedes. Atónito escuché las razones de la mozuela, y á ser inclinado al santo matrimonio no me estuviera mal responderla: pero aunque mozo, hice una breve consideracion, muger de buena cara, moza, y con hacienda, y que me ruega, y á mí, que aun casi no me ha visto, no es ello demasiado bueno, ni aun mediado: mejor me será llorar con un ojo, que con dos; y así, mostrándome agradecido á mi amartelada doncella, la dixe: Por cierto señora, yo quisiera ser una persona de mayor caudal del que tengo, para serviros; pero soy tan pobre, que me parece que

os hago mucho bien en deciros que no. Dos árboles secos tarde dan fruto; yo estimo vuestra voluntad, y quedaos con Dios, que es muy tarde: y para quien ha de madrugar como nosotros, necesario será tomar un poco de sueño.

Vicario. Demasiada de buena respuesta para tan loca desenvoltura, y libertad, ¿y qué le respondió la loquilla?

Alonso. Aquí fué troya, pues como si la dixera, que nació en las malvas, alzó la voz pidiendo socorro, y que la valiesen, defendiéndola de mí, que estaba hecho otro casto Joseph, con su aficionada, ó inficionada señora. No hay ira como la de la muger, dice el Sábio, y púdelo yo experimentar en mi persona, bien á mi costa, pues con estar la venta tres leguas de poblado, en un punto me cercáron seis hombres como unos filistéos, sin el padre, y la madre de mi gritadora muchacha. Esas teneis, la dixe, guarda diablo, líbreme el Señor de vos, como del infierno: bien, que no estoy debaxo del pesado yugo del matrimonio, libertad tengo, pues en mi ma-

no está el perderme ó ganarme. Yo miraré por mí, siguiendo el consejo del Sábio, que dice: Harto mejor es vivir el hombre en una soledad y desierto, que hacer vida con una muger mal acondicionada, pendenciera y gritona. Hermano, hermano, poco ruido, y ménos voces, me replicó el padre de la moza, y dé gracias á Dios, que no le molemos á palos, por el atrevimiento que ha tenido de inquietarme la muchacha: ya le conozco, que no es la vez primera, ni la quarta, que ha venido á mi casa, y pues callo, dé la mano, y quédese con ella, que haré cuenta que tengo dos hijos. Aquí de Dios que me casan, pudiera responderle, como quando daba voces el otro poeta: mas viéndome cercado, y sin persona que me pudiese favorecer, y sin esperanza de remedio, algo mas tierno, mirando al viejo padre, y á los alanos que me tenian asido, les dí por respuesta: Déxenme vuesas mercedes, que no soy aguja que me tengo de perder. Si yo soy el que gano en hacer lo que me mandan, no hay que

replicar, sino obedecer, y darles gusto: solo aviso, porque despues no se quexen de mi mal término y proceder, que soy un pobre mozo, sin tener adonde Dios envie su celestial rocío, no amigo de trabajar, aplicado al descanso y sosiego, mas desabrido, que bien acondicionado, puesto el ferreruelo al hombro, todo el mundo es mio, porque no tengo viña, ni hogar: si con estas faltas me quieren, alto al agua, y cada uno nade lo que pudiere, y supiere.

Vicario. A lo ménos sus padres no podian pecar de ignorancia, pues los desengañaba, diciéndoles aun mas de lo que le preguntaban.

Alonso. Aquí, padre, se podia echar de ver manifiestamente la ceguedad de algunos padres, pues teniendo en su vecindad y barrio personas convenientes para meterlos en su casa, van á buscar léjos de su tierra á quien ni conocen en costumbres, ni en calidad, ni hacienda, pareciéndoles, que como vengan de fuera es lo mejor, debiendo considerar aquella comun sentencia

de las madres viejas: al hijo de tu vecino quítale el moco, y métele en tu casa. Espantoso caso, quién imaginára, sino que habian de responderme, sois un vellaco picaro, mal nacido, salios de la venta, y no os vea yo en todos los dias de vuestra vida, que si por acá volveis, os sacaré el higado: pero no lo hiciéron de esta suerte, sino que con mucho amor, y blandura me prometiéron de hacer por mí quanto les fuese posible, como por un hijo, que de nuevo les habia dado Dios: no obligados, ni con mi buen modo de proceder, ni buenas palabras, quedé recibido por su yerno, celebrando su buena suerte, y dando los huéspedes el parabien á mi nueva y aborrecida esposa, y yo desde aquel punto empecé luego á ser presumido, haciéndome grave, y representándo lo que no era, ni en ningun tiempo esperaba ser, pues aunque delante de tantos testigos dí la mano de marido á mi engañada novia, solo fué por librarme de algun mal tratamiento, ó por lo ménos, de entrar por algunos dias en una cárcel, pagan-

do los delitos que no habian cometido mis culpas.

Vicario. Pues bien, ¿cómo se libró de tan grande aprieto?

Alonso. Eso, y mas puede hacer una disimulada apariencia: Con fingir una alegría y contento, el que tiene una tristeza interior, y una infernal melancolía, ¡oh quántos venden á los que tratan y comunican como amigos con unas palabras amorosas, y blandas! ¡Quántos prometen hacer bien y favor, que son los principales contrarios, y fiscales, de los que estan llenos de esperanzas de ser defendidos, y amparados! ¡Quántos engañados con promesas fingidas, han gastado su salud, su tiempo y hacienda, sin haber podido ver logrados sus deseos!

Vicario. Eso que dice, hermano, lo enseñó el Santo y Real Profeta David, en el Psalmo ciento y treinta y dos, que dice: Los que con capa de paz engañan á sus hermanos, disimulando el veneno que tienen sus dañadas entrañas &c. *Alons.* Habiamos gastado, padre, en demandas y respuestas, gran parte de la

noche: de modo, que con ser ya el postrer quarto de la Luna, en su menguante, ya habia mostrado su apacible rostro á los necesitados de su prestada luz, quando mi compañero deseoso de entrar en Sevilla aquel dia, pues para once leguas que le faltaban, era forzoso tomar la madrugada: apercebia su requa, hecha la cuenta del gasto, que como sucesor de aquel nuevo trato, la hice admirablemente, y le dí finiquito de todo, entregando el recibo á mis señores y forzados suegros, que no fué de poco contento para ellos, el ver con quanta gracia me iba imponiendo en el nuevo oficio, esperando de mi habilidad un gran catedrático de venteros. Salió de casa con sus machos, despidiéndose de mí con alguna terneza, mas yo echéle el ojo al camino que tomaba, y habiendo bien como una hora que habia salido, como viese divertidos los de mi venta, los unos en aderezar la cena, y los otros en poner la mesa, como que me llegaba á cerrar la puerta, me salí fuera, en seguimiento de mi harriero, diciendo al sa-

lir de la posada, lo que dixo una señora que entró en la Religion al tiempo que la portera cerró las puertas del Monasterio: Quédate con Dios mundo con tus criados; y yo dixe: A Dios muger, el que te quisiere, ese te lleve; y poniendo pies en polvorosa, comencé á correr de modo, que no me alcanzára el mas ligero galgo; pero tal miedo habia yo cobrado á mi casamiento, y tales alas me ponia el temor en todos mis antojos, receländome de los que me habian de seguir, aunque bien mirado, ni sé para qué, pues ninguna cosa les era encargo, sino el estar roncos de las voces, que impertinentemente tuvieron como bárbaros, que los que mas gritos dan, esos, suele decirse que tienen mayor justicia. Ya el Sol andaba bien á lo descubierto, mostrando sus rayos por toda la tierra, quando vine en al alcance de mi antiguo compañero, que como me conociese de léjos, maravillado se detuvo para esperarme, y en llegando le dí los buenos dias. Preguntóme la ocasion de haber dexado mi esposa, y suegros: mas yo le respondí:

Que lo remitia para contárselo por el camino, que tuve harto que contar. Dióme el pie para que subiese en un macho, echando de ver quan cansado estaria, pues le habia podido alcanzar. Pedíle que nos diesemos priesa: lo uno, por entrar con tiempo en Sevilla: lo otro, porque si alguno viniese en nuestro seguimiento, no pudiese alcanzarnos. El amigo era tan hombre de bien, que lo puso por obra, y así ántes de la oracion llegamos á la puerta de la Ciudad. Lo que en ella me sucedió, y el amo que tuve, para mañana, siendo Dios servido, se lo contaré á vuesa Paternidad, porque por ser tan largo este discurso, y ser ya hora de que nos recojamos al Convento, será razon se quede para otro dia, pues nos quedan otros quatro para recreacion ántes de entrar en quaresma.

Vicario. Muy bien dice, hermano: que los Religiosos parecen muy bien en el Monasterio, ántes que la noche descoja su manto de obscuridad, y tinieblas: para mañana se quede lo sucedido en Sevilla.

CAPÍTULO VI.

Cuenta Alonso como entró á servir en Sevilla un Médico.

VICARIO.

Acuérdome, hermano, que quedó nuestro discurso en Sevilla, y á lo ménos no podria culparme de que me falta memoria, señal cierta de que me da mucho contento su apacible conversacion, y el ver los varios caminos por donde le traia la fortuna. Bien puede proseguir, que yo le escucharé atento de buena voluntad. *Alonso.* Llegamos, como dixe, á la gran Ciudad de Sevilla, madre de tantos estrangeros, y archivo de las riquezas del mundo, acababa de llegar la flota, y entretúveme aquella noche en vér las luminarias, y alegria universal de todos los Ciudadanos, la salva de los galeones, y el regocijo de grandes, y pequeños. Llegada la mañana, despedido de mi compañero, salí al rio, donde me fue de pro-

vecho mi buena diligencia, y trabajo, ayudando á traer á la Ciudad algunas cosas ligeras de las que desembarcaban, (exercicio en que se ocupan en aquellos tiempos inumerables holgazanes, con no pequeño interes y grangería) pero yo, como de mi natural fuese delicado, y mis fuerzas no tantas como las de Fierabras, sentia el traer carga, dolíanme los hombros, y cada brazo me pesaba mucho mas que los tercios, que habia de traer sobre mis costillas: y considerando que no habia yo nacido para semejante trato, y que acosta de mayor ganancia, me seria mas saludable buscar otro modo de vivir con mas sosiego, dexé el arenal, y víneme á la lonja á buscar quien me diese de comer, sin que yo tuviese cuidado de prevenirlo: que en efecto una vieja costumbre mala es de olvidar, el bien hasta que se pierde no se conoce. Aquel no tener yo cuidado quando servia, que comeré mañana, no teniendo dineros, el no hallarlos por mas que los buscase con prendas: el ir de vecino en vecino, con mi rostro mas encen-

dido que salserilla de color de granada acordándome de aquel dicho antiguo si quieres saber quanto vale un real, pídele prestado. Tenia por negocio mas cuerdo, quitarme de pesadumbres, y que todos estos cuidados, otros los llevasen, socorriendo mis necesidades; pues en efecto, aunque con el amo por bueno que sea, se padecen no pocas prolixidades, por lo ménos de él ha de colgar el saber como se mantendrá su casa, el sustento de su familia, el adetezo y vestidos de sus criados, el mirar por ellos, y si fuere menester quitarlo de sí para darlo á los que le sirven, á trueco de tenerlos contentos.

Vicario. Así es verdad, que el vestido del criado, y buen tratamiento, dicen quien es el señor, y un mozuelo mal intencionado, abladorcillo, podrá descomponer la casa de mas calidad, y crédito, pues los criados suelen llamarse enemigos no excusados, siendo forzoso el servirse de ellos, y no poderlos dexar de ningun modo, si no es que se diga por cada uno, mandadlo, y hacedlo vos.

Alonso. Esa, padre, es la ocasion de ser los Monasterios, y casas de Religiosos tan bien servidas, con tanta puntualidad, sin que jamás falte en su buena traza y órden una tilde. El Padre Fray Pedro es portero, Fray Antonio refitolero, Fray Francisco cocinero, cada uno en su oficio gente virtuosa, y hombres de bien, que saben ya lo que han de hacer, y acude cada uno, sin tener ayo que le encamine, ni mayordomo, ó maestresala que le corrija. En efecto, yo anduve á buscar á quien pudiese servir, que aunque ya tenia bastante edad, y cuerpo pará arrimarme á algun oficio, no se que hallaba de contradicion en mí, para no aprenderle, pareciéndome ser demasiada sujecion, y trabajo para un mozo como yo era, criado siempre con libertad y anchura, amigo de no sujetarme á la mala condicion desabrida de unos maestros, que sobre qualquier niñeria, tratan á un pobre aprendiz, como si le hubiesen comprado para su humilde y perpetuo esclavo. Bien echaba de ver lo mal que lo hacia, en dexar pasar el tiempo, la

cosa mas preciosa de la vida, y de mayor estima, y que me habia de suceder á mí, lo que hallaba por experiencia en otros, que olvidados de su vejéz, de muchachos servian de pages á los señores, de mancebos de gentiles hombres, de mayor edad de escuderos: Llégase el tener muchos años, vienen con ellos la poca salud, madre de pocas fuerzas, y variedad de enfermedades, sugeto aborrecible, aun de los mismos hijos: ¿pues qué se ha de hacer enfadando á los que habeis servido, y debeis agradar, ántes que dar pesadumbres, con tantas importunidades, y miserias? El remedio es facil, dando con vuestro cuerpo en un hospital, donde haya cama de incurables, que si hay males que no tienen cura, ¿quién jamas lo pudo hallar para no ser viejo? No se me escondia nada, y lo peor era, que con entenderlo, nunca me pude mover á ser oficial, trato, y exercicio loable, y digno de estimar en mucho, pues con un continuo trabajo, no solo aparta á sus dueños de innumerables vicios, que como de cau-

dalosa fuente nacen de la ociosidad, sino que tambien los levanta, y da la mano para grandes bienes de fortuna. Quien tiene oficio, tiene beneficio, dice el comun refran, y desdichado del hombre que está sin él, y sin renta, cargado de casa, familia, y obligaciones: pero no tan malo, pues ya buscaba en que entretenerme por no andar perdido: y así, encomendándome á Dios, estuve mirando un rato á la mucha gente que pasaba de una parte á otra, por aquella calle donde yo estaba, que aun con ser tan anchurosa, unos á otros, se estorbaban el paso. Ví entre los que estaban con atencion mirando, que pasaba un hombre de buena edad, gentil presencia, y bien aderezado, con una gruesa mula, con su gualdrapa (propio hábito de Letrado, ó Médico), y reparé, en que tras él no iba ningun criado, ni lacayo delante, y pareciéndome que el Cielo me habia deparado aquella comodidad, sin que me costase mucho el buscarla: fuime tras él hasta una casa, no muy léjos de allí, adonde se apeó, y yo llegué á tenerle del es-

tribo, y con mucho comedimiento quitado mi sombrero con demasiada cortesía le pregunté: Si tenia necesidad de recibir alguno en su servicio, porque yo habia llegado en aquel punto á la Ciudad, y era persona que le podia servir con el cuidado, y diligencia que echaria de ver, y á mí me fuese posible. Verdaderamente, hermano, me respondió el Doctor, como mi arte, y modo de vivir es tan trabajoso, y aunque contra mi voluntad, tan forzoso, de que andemos tres, como el oficio de texedor, lanzayre, maestro, y quien haga las canillas; y en el mio, yo, mozo, y mula, no puedo excusarme de recibiros: cansaros teneis, porque gracias á Dios tengo muchos que visitar: pero para eso es el pagaros bien, regalaros, y hacer de mi parte el mejor tratamiento que pudiere. *Vicario.* Poco era menester para concertaros los dos, porque la mayor parte del camino ya estaba andado. *Alonso.* Así es verdad, pues remitiéndole á lo que echase de ver de mi buen trato y servicio: dexámos el concierto para adelante, y

acabando de visitar nuestros enfermos á medio dia, fuimos á casa donde nos tenian ya apercibida la comida, que bien la habiamos menester despues de tan largo paseo como el que habiamos traido. Gane de comer el Médico quanto quisiere, tenga el crédito, y opinion que pudiere desear, todo es poco para el continuo trabajo, y cuidado de su vida, el no tener hora segura, de dia, ni de noche, fiesta ni pasqua para su descanso y quietud, cosa concedida al mas trabajado oficial, y al mas vil sujeto esclavo, pues hasta los galeotes tienen invierno en que las galeras no salen del puerto, esperando al apacible tiempo de la primavera: Mas el Médico, aunque se conjuren contra él las nubes, despidiendo temerosos rayos, y mas agua que arroja el Nilo, quando caudaloso riega los campos de toda Egipto, y la tierra envie de sí misma fuego que el volcán de Sicilia, ha de salir á visitar, y sufrir así la inclemencia del tiempo que corriere, ya del gran frio del invierno, ya del intolerable calor del verano, como

las impertinencias y desabrimientos de algunos inconsiderados enfermos, que á trueco de su gusto no reparan en la grande incomodidad, y fatiga que han de pasar los que los vienen á servir (a). Yo á lo ménos, lo que sé decir de mí que si en el siglo estuviera, y cargado de hijos, á ninguno de ellos dexára estudiar semejante facultad, escarmentado de lo que ví pasar al bueno de mi amo. Dexo á parte las impertinentes razones del vulgo, aquel decirme quando pasaba por alguna calle, detras de la mula: Veis alli al criado del mata sanos. *Vicario.* Eso, hermano, es falta de poco saber, y tener gana de hablar,

(a) Mucho se ha viciado la vigilancia, con que nuestro Autor dá á entender asistian los Médicos en su tiempo, pues en este, si el calor es excesivo, el frio riguroso, la hora incómoda, ó el enfermo para quien le llaman, no es de aquellos que lo hacen enviando el coche; nunca estan en casa, ó estan indispuestos, ó tienen que asistir en aquella hora á una consulta en casa del Marques, Conde, ó Duque de tal, y el pobre enfermo que se muera sin auxîlio, que á bien que hacerlo tiene una vez ú otra.

porque al Médico no le llaman los sanos, ni él va á curar sino á los enfermos, á esos cura él, y no los mata que de los buenos y sin enfermedad yo le absolveré, y daré por libre. *Alonso*. De Sol á Sol está señalado el trabajo de un cabador, sus horas tienen los oficiales para trabajar, y para el descanso, solo para nosotros habrá de ser sin intermision alguna. Llegaba la luz del alva, y hecho vigilante centinela, me daba priesa mi dueño á que dexase de dormir, no satisfechos, ni aun mediados los ojos de lo que habian estado tanto tiempo abiertos. Llegaba á medio dia mi Médico, hecho pedazos, harto de sufrir y padecer de unos, y de otros, y con harta poca ganancia: porque lo que suele decirse, que Galeno da riquezas, y Justiniano honras y dignidades, verdaderamente, padre, que es falso, pues de manifiesto los Juristas en todo se aventajan, así en los gobiernos, y preeminencias, como en aprovechamientos y ganancias. Ya se pasó el tiempo en que contaban, que los Médicos pareciéndoles indigna cosa recibir paga por sus visitas, volvian la

mano para atras, como teniéndolo por cosa indigna, que se premiáse con el dinero un deseo, y una propia voluntad de procurar la salud del enfermo: pero ya en nuestros miserables tiempos, ántes es necesario abrir las manos, y ponerlas delante, y aun pedir que los paguen; y con todas estas ceremonias sea el Señor servido, que tengan efecto la buena diligencia. Acuérdome de un Médico, que pidiendo á un herido le pagase lo que le habia visitado, y curado, le respondió: ¿ Qué sedas, ó paños me dió vuesa merced, ó que mercaderías puso de su casa, que así quiere llevarme mi hacienda? Porque en efecto, padre, tres caras dicen que tiene el Médico, una de Angel, otra de hombre, y otra de demonio; la de Angel, es quando la enfermedad aprieta, los accidentes crecen, la sed fatiga, y la calentura atormenta, entónces venga el Médico, dénle lo que pidiere, que todo es poco, como me dé remedio: mejorase la enfermedad, duerme el enfermo, come mejor, y en todo hay alivio: entónces si el Médico viene á casa, entrará, no con aque-

aplauso y gusto del enfermo que solia ántes, sino como una persona particular, que es de algun efecto para la pretension que tiene del señor que ya va convaleciendo: pero quando salió de peligro con notable mejoría, libre ya de aquellas pasadas congoxas, si acaso viene el Médico á visitar, como ha de llevar la paga de su trabajo, entónces es el mostrarle mal rostro, y de modo, que si tiene buen juicio, echará de ver quan de mala gana reciben su visita, que esto quiso decir aquel poeta en sus versos latinos:

Dum locus est morbis,
Medico promittitur orbis
Morbo fugiente,
Medicus recedit amente.

Mientras hay enfermedad se le promete al Médico quanto oro, y plata encierra la tierra, pero en llegando uno á estar bueno, olvida el bien que recibió, y al que fue causa de su salud: y esto es lo de ménos, si se llega á continua murmuracion, y mal hablar del vulgo, aquel entender que está en mano de los Médicos que no se mueran los que curan, dependiendo, como depen-

de la verdadera salud y vida, del Autor de ella. *Vicario.* Así dice el Profeta, quando preguntando, propone al pueblo: ¿Por ventura los Médicos podrán resucitar? Y en otra parte: Yo mataré, y haré que vivan, heriré, y los daré sanos. *Alonso.* Pues es lo bueno, que no saben hacer distincion del que sabe y es docto, del ignorante y de poco juicio, dando mas crédito á un ensalmador, y al dicho de una muger, que en su vida supo mas que andar en los cuidados de su casa y familia, que á los mas expertos y cursados en la facultad de medicina. Acuérdome que un dia, para ir á ver á un enfermo dos leguas de Valencia, llamaron á un Catedrático de la Universidad, de los mas graves y de mayor opinion: el que iba con él que habia venido á llamarle, al salir de la puerta de la Ciudad, le dixo: Señor Doctor, yo querria con su buena licencia de vuesa merced, ántes que nos alejémos de la Ciudad, que quedase concertado con vuesa merced, lo que me ha de llevar por este camino y visita, que en efecto, quien destaja no baraja. Sea como quisieredes, respondió el Mé-

dico, dos leguas son adonde me llevais bien merezco cincuenta reales, y mas haciendo el tiempo riguroso que hace de calor. Rióse el hombre, y haciendo mofa y burla de él, le dixo: Bueno por Dios, ¿cincuenta reales? pues para eso mas vale llevar uno bueno; y era el que llevaba el Catedrático de aforismos, la lectura mas grave de las escuelas. *Vicario.* ¿Y en qué paró el negocio? *Alonso.* Gustó tanto de la simple respuesta el bueno del Doctor, que con mucha risa, le respondió: No se trate mas de precio, vamos en hora buena, que lo que me dieredes quiero tomar, y quedaré muy contento, sin daros pesadumbre por la paga. Llegados al lugar, entró á ver el enfermo, y hallóle tan cercano á la muerte, que á lo que mas se atrevió, fué á ordenarle una untura para el corazon, y un cordial para que pudiese alentar un poco y recibir el Santísimo Sacramento de la Eucharistia, y confesarse, porque habian hecho poco caso de la enfermedad, siendo como era de suyo tan grave. Entróse á descansar un rato el médico, mas no fué por mucho tiempo, porque llamándole

muy apriesa hubo de salir luego del aposento donde estaba, y por muy preste que salió, halló muerto al enfermo. La muger que estaba presente á tan desgraciado suceso, salió al encuentro al Doctor, y tomándole por la mano, le llevó á la cama donde estaba su difunto marido, y mostrándole grande cólera, le dixo: Venga acá, mire lo que ha hecho, á esto le truxéron á mi casa á matarme mi marido, y á llevarme mi hacienda. Bien haya Roma, que no quiso que en setecientos años hubiese Médicos en la Ciudad, porque entendian, y con justa razon, los Romanos, que ellos eran la verdadera peste de la República. Con estas razones tan desbaratadas de la inconsiderada muger, quedóse mi Catedrático como fuera de sí, y baxándose al portal de casa, pidió la mula, y sin despedirse, ni aguardar á que le pagasen, tomó el camino de Valencia, maldiciendo su jornada, á quien le habia traido, y á los Maestros que tan trabajosa ciencia le habian enseñado. *Vicario.* Y en efecto, hermano, ¿tanto tiempo cómo esa muger dixo, estuvo Roma sin tener

quien curase los enfermos y heridos? ¿y á los Médicos, que entónces estaban en la Ciudad, los desterró el Senado? *Alonso.* La gente docta, virtuosa, y de buen trato, siempre fué estimada de su República, que los que Roma, como personas inútiles, y de ningun fruto, echó de su imperio: fuéron charlatanes, hombres sin fundamento, ni razon, salta en bancos, que curaban como dicen: Dios te la depare buena, no mirando edad, tiempo, ocasion, ni sugeto, cosas tan necesarias para poder curar, que sin ellas sería como poner una espada en las manos de un hombre loco. Y aun Galeno reprehendiendo á Tesalo, dice las mismas palabras, por haber dicho que en seis meses sacaria él, un Médico consumado, con tal que el fuese su maestro, y decia: Bien dice Galeno, porque no digo yo en seis meses, sino en seis dias podrás hacer, que sepa lo que tú sabes: porque quien no guarda indicacion ninguna, ni repara en cosas que contradicen á la curacion, desde luego cure, sin estudiar ni ver libro, estos tales eran los que salieron de Roma, no obstante, que

siempre tuvieron los Romanos discretos y sabios Cirujanos que los curasen, pues era forzoso el haber de curar los heridos en las continuas guerras, que de ordinario tenian: y por consiguiente, nunca faltó entre ellos Médico. Pues para ser uno buen Cirujano, forzosamente ha de saber medicina, ó no poder exercitar bien su arte.

Vicario. Así me parece á mí, que sin un buen discurso, y modo de proceder, mal se podrá gobernar un hombre, en un caso de tanta importancia, como es la salud humana.

Alonso. Dexo á parte, padre, lo que enseña el Eclesiástico en el cap. 38. en el vers. 1. donde dice: Honra al Médico, pues tienes necesidad de él, crióle el Altísimo, y toda medicina viene de la mano de Dios, la paga y premio recibirá del Rey, su saber, y prudencia le levantará, y delante de los Grandes y gente ilustre, será alabado. La mano poderosa de Dios crió de la tierra la medicina, y remedios, y el varon cuerdo y prudente no los ha de despreciar. Y en otra parte dixo: Hijo, quando estuvieres malo, mira por tí, y no des-

mayes, sinó ruega al Señor que él te curará, y si á él con oracion, y sacrificios le pides la salud, y juntamente con las limosnas que hicieredes, llama al Médico que te visite, y repara que le crió el Señor, y que es razon estimarle, y que te visite y cure, porque sus obras son necesarias, y sin él, no se puede pasar. Forzoso es haber de estar los hombres enfermos, y forzoso es tambien haberlos de curar los Médicos, y los que los curan, procuran su sosiego, su alivio en los dolores y trabajos, que los ven pasar, y rogarán á Dios por su salud, y por sabiduría para alcanzarla. Hasta aquí el sabio Rey, veamos pues lo que podrán decir los que se alargan mas de lo que debieran contra una sentencia tan necesaria, provechosa y de tanta virtud: pero este daño y trabajo, padre, no está de parte de la medicina, sinó de muchos indignos de preciarse de ella, y por los tales vienen á perder, ó á lo ménos tienen mal nombre. acerca de ignorantes, y que poco saben, los que son doctos y prudentes Médicos. O quantos se han desvelado, así en dicho, como por escrito,

en decir mal de esta divina ciencia, y de sus sequaces, y han culpado la incertidumbre de las enfermedades interiores, diciendo: ¿Qué como en una arca cerrada se puede acertar y saber lo que está dentro? como las pasiones del alma se podrán remediar por congeturas, siendo el conocimiento de ellas reservado á Dios, infinita y verdadera sabiduría, á quien nada se le esconde, hasta los mas secretos y ocultos pensamientos? y asi es verdad, que no todas las enfermedades se dexan conocer: y por discreto y docto que sea un Médico, no todo lo puede alcanzar, que tambien hay cosas que de suyo son incurables, y mas quando interviene la voluntad del Cielo de que padezca el enfermo, y que no le aprovechen de ningun modo los remedios que le aplican, que esto es lo que suelen decir con muy justa causa los Filosofos: Aquí está encubierta alguna cosa divina, y verdaderamente tienen razon, pues quando se aplica á un hombre que está afligido, doloroso, y fatigado con una calentura ardiente, con una sed insaciable, que con tener la cama de ma-

nera, que para otro qualquiera habia de ser de mucho regalo, es para él de gran fatiga, pues aun caber en ella no puede, á quien para remediarle, y darle algun género de alivio, no hay en la botica medicina, ni bastan las fuentes mas frias, ni la abundancia de los mas caudalosos rios, para mitigar y aplacar su rabiosa sed. Quien podrá negar, sino que este tal que así padece, por celestial y oculto juicio reservado al Cielo, conviene estar en aquel terrible, é inevitable potro, á que le condenó la naturaleza humana, por la culpa de nuestro mal entendido padre. Pero con todo eso, por la mayor parte bien manifiesto está, y la experiencia ordinaria cada dia lo muestra, de quanto provecho sea en el mundo la medicina, y que el Señor la instituyó y ordenó para remedio de tantos males, á quien estamos sujetos, y que el negarlo es error manifiesto contra toda verdad. Pues la misma Sabiduria, dice: *Que el hombre sabio no la menospreciará.* Estas, y otras cosas peores afligian al pobre de mi amo. considerábale algunos dias sin paciencia, y mas quando

sus enfermos se partian contra su voluntad de esta vida miserable y corta, á la otra eterna y perdurable: aquí era ello, el afligirse, el melancolizarse, y verdaderamente tenia razon, porque siempre le echaban la culpa que le habia sangrado, ó no le purgó, ó le visitó, tarde, y no cada dia dos veces.

Vicario. Hermano, esa es plaga vieja de los Médicos, porque en efecto ningun hombre murió, porque habia de morir de aquel mal, sino por la poca diligencia de quien lo curaba.

Alonso. Aun si quando muere uno se atribuyese á la divina voluntad, como quando se sirve el Señor de enviar la salud, aun no era tan malo; pero es compasion que ordinariamente tiene Dios parte en la vida, como principal instrumento, y Autor de ella, y no quieren que la tenga quando acierta á venir la muerte del enfermo. Si siempre los Médicos curasen, y diesen remedio á los enfermos, qué les faltára, eso era asimilárse al divino poder, en cuya mano está el alargar, ó acortar la vida; que el Médico no puede hacer mas que

aplicar á su tiempo la medicina, y remedio conveniente, y que obre Dios, conforme su divina voluntad. Acuérdome haber oido contar de los que iban á Francia á que su Rey les curase de lamparones, (enfermedad trabajosa, y rebelde) que en llegando á la presencia del Rey, puestos de rodillas, les dice: El Rey te bendice y te toca, Dios te sane. Así, que el tener bueno, ó mal suceso, de arriba ha de venir, y por eficaces remedios que aplique un hombre, no son bastantes á dar salud quando el Cielo determina otra cosa, que entónces Hipócrates, Galenos, ni Avicenas no son de provecho: y asi lo dixo un cierto poeta en una redondilla, aunque con término grosero, de esta manera:

Quando Dios se determina
á no remediar los males
no aprovechan cordiales,
ni el caldo de la gallina.

Y no es este el menor trabajo que se padece, pues aquí entran como princi-

pales pesadumbres, las enemistades de los demas Médicos, el procurar derribar los unos á los otros: la poca cortesía que algunos se guardan, el procurar aniquilar al compañero, para levantar de punto su opinion, y letras: quien es de tu oficio, es tu enemigo, se suele decir, y tiene razon el que lo dixo: pues es lástima la poca paz y amor, que se suele tener entre los que exercitan tan divina ciencia debiendo amarse y quererse, siquiera, porque el desamor y poco crédito de los que atropellan, redunda en agravio, y daño de sus mismas personas, pues todos siguen una facultad, tienen un objeto, tirán á un blanco, y al cabo, al cabo, el que mas sabe es hombre, y puede engañarse. Pedianle á mi amo algunos deudos, y amigos de los enfermos que visitaba, quando estaban ya cercanos para morirse, que los dixese á que hora de la noche acabarian, pareciéndoles, que el Médico experimentado, y docto, tiene obligacion de saber dia y hora en que ha de morir el enfermo, siendo como es engaño manifiesto, pues

esto es negocio reservado á la eterna sabiduría del Señor, y por mas que un hombre pretenda alcanzar, es cierto el quedarse corto, y engañado muchas veces, y la experiencia enseña, que con ser algunas enfermedades peligrosas, y de suyo mortales, quando los asistentes estan á la mira esperando el ultimo fin del afligido paciente, entónces con una súbita, é inopinada evaquacion contra toda humana esperanza, se reparan las fuerzas, cobran aliento los pulsos, y el ya muerto en la opinion de todos, vuelve á nueva vida. Que esto es lo que dixo un autor grave de esta facultad, muchas veces en la medicina suceden monstruos, porque se han visto las enfermedades, que de suyo parecian faciles, y de poca consideracion, haber tenido desastrado suceso: y las que se tenian por incurables y sin remedio, con facilidad alcanzarle, que no todo lo pueden saber los hombres, por letrados que sean, y muchas cosas reserva el Señor, para sí, que no es su voluntad que le entiendan, y así lo declaró, diciendo: Si se supiese

la hora en que habia de venir el ladron, yo aseguro, que estuviese alerta, y con mucho cuidado el padre de familias, y que no dexaria, ni daria lugar á que derribase algun portillo, para robar el tesoro y riquezas que tenia.

Vicario. Eso, hermano, dicelo Christo Señor nuestro, para amonestarnos á que siempre estemos prevenidos, pues no sabemos el tiempo, ni la hora en que nos ha de llamar, ni que muerte habemos de tener.

Alonso. Así es, padre, pero enfadábame yo de que mi amo señalaba no solo el dia, sino la hora, y la desmenuzaba y partia en quartos, y si pudiera determinar minutos, en que el enfermo habia de morir, hiciéralo sin duda, segun era de presumido, y aunque sabia, y muy bien, lo mas ordinario era engañarse, y cobrar mala opinion con los que le oían, colgados de su lengua: como de un oráculo: harto se lo reñia yo, pero era cansarme sin provecho, porque en lugar de agradecer mis saludables consejos, me decia: Anda en hora buena, ó en la otra, limpiad

vos la mula, y tenedla á punto, y no os metais en lo que ni habeis estudiado, ni sabeis. *Vic.* No decia mal vuestro amo. *Alonso.* Andaba yo al uso de este tiempo, pues conocia, que algunos presumidos que hablaban mas de lo que debian, eran los que ménos sabian y entendian. Que de personas, padre, he visto entremetidos en negocios y oficios agenos, habladores de ventaja, jueces temerarios, sentenciando las causas á su alvedrio, sin advertir ni reparar, si hay culpa, ó está inocente el acusado, que de cuidadosos de las vidas agenas, y que de descuidados de las suyas propias, que de gobernadores de la República, que tienen destruida su hacienda y su casa, por no saberla regir ni gobernar. El verdadero saber es el conocimiento de sí mismo, y entender la cortedád del entendimiento de los hombres, pues el que mas presume, ese yerra con mas facilidad. Que á esto hace aquel comun adagio:

Et aliquando bonus dormitat Homerus.

De quando en quando, sabe dar su cabezada el buen Homero, y yo sé,

que insignes Médicos muchas veces se han engañado, testigo de esta verdad será Maria de Gradi, que á su muger la aguardó dos años á que pariese, siendo enfermedad oculta para él, y mal entendida la grandeza del vientre; sinó fué, que el grande deseo que tenia de verse con hijos le cegase, aunque sabia, que el buen viejo Hipócrates, quando mas se alarga á un término de un preñado, es once meses, y no debiera él añadir otros trece, haciéndolo veinte y quatro, y el mismo Galeno cuenta de sí, que estaba engañado en el conocimiento de la enfermedad que padecia, y al cabo conoció su error, aunque en el modo de curar poco era la diferencia. Pasaderas eran todas estas cosas, y bien se pudieran llevar á mi amo; sino hallába en él unas cóleras tan impertinentes, que aunque de mi natural yo soy pacífico, ni se las podia llevar, ni me bastaba la paciencia para poderlas sufrir, porque querer un hombre corregir, á un vulgo, es pretender meter en un puño la grandeza del mar, y cifrar la maquina de la tier-

ra en un pequeño y estrecho mapa. Harto le iba yo á la mano, poniéndole delante de los ojos mil verdaderas historias, así de la Escritura Sagrada, como de humanas letras, mas todo era predicar en desierto, quando consideraba el crédito y opinion que tenian algunos del pueblo, á quien él conocia sin experiencia, ni saber, y que estos eran los astimados y queridos de la República, á quien se escuchaba, y se les hacia aplauso, dando mas crédito á sus locuras, que á los saludables y sabios consejos de los Letrados, y bien entendidos Médicos, pues quando se venia á tratar de los ensalmadores, y curadores, aquí era ello el perder el juicio, y como loco furioso dar voces al Cielo, pidiendo remedio á tanta desemboltura: y en parte, no andaba muy descaminado.

Vicario. Pues, hermano, ¿qué siente acerca de eso?

Alonso. Lo que siento padre, es que está un pobre Médico harto de estudiar toda su vida, sin tener otro modo de vivir, sino andar de casa en casa to-

dos los dias, visitando á unos y curando á otros, y por muchos años, habiendo primero cursado las escuelas, practicado con insignes y experimentados maestros, y al cabo, como la ciencia es grande, la vida corta y peligrosa, el saber juzgar cada cosa como es, yerra, conoce mal, y no alcanza lo que pretende, que es el remedio, y salud del enfermo. Pues si esto es así, como lo es, ¿cómo lo podrá hacer un charlatan, sin letras, sin haber visto libro, sin maestros que le hayan enseñado? Y la otra pobre vieja, rueca ó almohadilla, con mas remedios que Joanes de Vigo, mas retórica que Marco Julio, y mas habladora que un mal poeta, ¿cómo ha de poder curar lo que ni sabe, ni entiende, y todo lo aplica al ojo, embargo, ó lombrices? A esto va la proa, y fuerzas de su cura, de adonde diere, con una horma calzan á todos, si quiera sea el sugeto de seis, de veinte, de treinta, ó mas edad: la opinion nos sobra, ella nos dará de comer, aunque se yerre en quanto se pusiere mano. ¡Oh ceguedad del vulgo novelero! Llamas al zapatero

para que te calce, al sastre que te vista, y al maestro del oficio que tienes necesidad, y en lo que tanto te importa como tu salud y bien, dexas de llamar al Médico, que por lo ménos ha de conocer el mal que te aflige, y te ha de dar saludable remedio, por traer á tu casa á quien no lo entiende, ni sabe; y si presume, es por lo que vió, ó lo oyó decir: pero estas cosas son irremediables, y no es de ahora, que de atras es, y tiene su origen y principio tan enfadoso, que á Galeno le hacia perder el juicio, y á mi amo el poco, ó mucho que tenia: y yo no andaba ménos, pues considerando el trabajo que tenia tan de ordinario: la sequedad de mi Médico, el no haber dia que pudiese dexar de salir á ser correo de á pie, y á las veinte, y aun era poco, segun se andaba, pero por enfadado que yo anduviese, mucho mas lo estaba mi amo, y como un dia le viese hacer grandes exclamaciones, le dixe: vuesa merced no tiene que cansarse, que mientras no tubiere las propiedades, y condiciones de un maravilloso hieroglífico, donde

se pinta por excelencia el buen Médico, ni tiene porque quexarse, ni hay para que se quexe. Oyólo mi Doctor, y aunque algo sentido, me dixo: Ahora veamos tus bachillerías, y escucharé, dí lo que quisieres. Yo entónces viendo la puerta abierta para mi deseo, comence á decirle de este modo: La antiguedad, para mostrarnos la propiedad y partes requisitas, que es forzosa tenga el sabio y prudente Médico, la dibujó de esta suerte: Pintó al Dios Esculapio, padre de la medicina, muy barbado, en la cabeza un sombrero, y por toquilla una guirnalda de laurél, tenia á su lado una hermosísima doncella, con unas alas muy ligeras, en la mano derecha tenia un cetro, en quien se enroscaba una culebra, junto de él una gallina, y una lechuza, haciendo sombra al Médico un dragon, y un cuervo. Esta es la admirable pintura del perfectísimo Médico, y él entónces riéndosé, me rogó le fuese declarando.

Vicario. Y aun yo tambien gustaré de oirla.

Alonso. Pues escuche vuesa Paterni-

dad, que de buena gana procuraré servirle. Lo primero, en figura del Dios Esculapio, se pintaba el buen Médico, porque los Médicos tienen un no sé que de gracia, y dón del Cielo, mas que los otros hombres, pues rehacen lo que Dios hace. Por el dicho de Aristoteles: *Ejusdem est artis facere, & reficere.* De un mismo arte es hacer, y rehacer. Rompese un zapato: llámase para que le aderece un zapatero, y no á un sastre: quando se cae una casa, á un carpintero pertenece el adobarla, y no á un platero; y quando uno está malo, al Medico se llama que le cure. ¿Quién hace al hombre? Dios: quándo cae enfermo, ¿quien cura? el Medico: luego alguna cosa tienen de divinidad. Pintábase muy barbado, porque el Medico ha de ser viejo en el oficio, y no puede ser bueno el que es nuevo en el arte, por fallarle la experiencia tan necesaria en la medicina. Nuevo Medico, nueva peste en la patria, destruicion de sus padres, de todos sus deudos, y de sus amigos. Demóstenes dixo: Que el entendimiento, la razon

y el consejo estaba en los viejos: y en el hombre mozo, la temeridad, poco juicio y ménos saber. Receiábase aquella gloriosa mártir Santa Agueda, de que llegase á curarla el divino Príncipe de la Iglesia, San Pedro, y entre otras cosas que la dixo para sosegarla, fué decirla: Mira que soy viejo, y que el Señor me envia á que te cure y sane. La doncella hermosa, significa la salud, que todos la aman y apetecen, y principalmente la honestidad y recato, que siempre debe guardar el Médico, asi en el hablar, como en todas sus acciones, pues de él se hace tan gran confianza, dexándole entrar en los lugares, y casas prohibidas á las demas personas, y en los Conventos de mayor recogimiento y clausura. Las alas significaban la presteza que ha de tener, no siendo perezoso para sus visitas, madrugando y trasnochando de dia y de noche, pues tiene oficio de tan gran cuidado, y que en perdiendo la ocasion, todo se pierde: el sombrero mostraba el conocimiento que debe tener de los Cielos, para saber en que

tiempo purga, ó sangra, si es menguante ó creciente, si es conjuncion, ó está llena, en que signo hace su curso: el laurel por toquilla, da á entender dos cosas. La primera, que ha de saber conocer las yervas, sus propiedades y virtudes, entender de botica, para la eleccion de las drogas, y compuestos, así cordiales, como ungüentos. La segunda, la victoria que se le debe al Médico, si venció la enfermedad: el cetro, muestra el imperio que ha de tener, aun con los mismos Príncipes, y Reyes á quien curáre: la culebra enseña, la sagacidad y prudencia por quien Christo Señor nuestro dice: *Estote prudentes sicut serpentes.* Sed prudentes como las serpientes; que con la cola tapan el un oido, y el otro le juntan con la tierra, para no oir la voz del encantador; la lechuza da á entender la vigilancia, y cuidado para con los enfermos, que si tubieren necesidad de tres visitas ó quatro, que se las haga, y no los olvide, ni se descuide de ellos. La gallina era muestra de dos cosas. La primera, que debe proveer de man-

tenimiento saludable al enfermo, quitándole lo que le ha de hacer mal. La segunda, que sienta el Médico que cura la enfermedad y fatiga del enfermo, como lo hace la gallina, que con no ver sus hijuelos con ella, se conoce que los tiene, y que está criando. De quien el glorioso Doctor San Agustin dice: *Etiamsi pullos non videas, matrem esse agnosces.* En ella se echa de ver su enfermedad, y que está criando, mirándola desalada, flaca, toda la pluma erizada, y tan inquieta, que no tiene un momento de quietud y sosiego: pues que si son enfermos pobres necesitados, así de salud, como de sustento, aquí entra el favorecerlos y acariciarlos con mucho amor y blandura, (a) no como el Barbero, que por amor de Dios quitaba la barba. *Vicar.* No dexe de contármelo, que yo le escucharé con mucho gusto. *Alon.* Venia de Salamanca un gentil-hombre, estudiante gorron, de buen hábito, tan alcanzado de dineros, como presumido, y queriendo entrar en

(a) Esta bellísima pintura ó descripcion, es mas propia para tenerla presente que olvidada.

su pueblo, en una villa por donde acertó á pasar, un dia se entró en la casa de un barbero, y viendo que el maestro se estaba mano sobre mano, le dixo: Que le hiciese merced de quitarle la barba El barbero que no vivia de otra cosa sino de su oficio, llamó á su muger, pidió un peynador limpio, guarnecido, sacó un estuche dorado, afiló de presto una navaja, y aparejó la mejor tixera que tenia, y poniendole una silla de caderas, le hizo sentar en ella: quitóse el estudiante el cuello, baxó el jubon, y el maestro le puso un paño tan limpio y tan oloroso, como si fuera para servicio del altar, comenzó á quitarle el cabello curiosamente, tratándole con el respeto, y crianza que su buena traza y talle merecia. El estudiante que no estaba acostumbrado á que le tratasen con tanta cortesía, y para tan chico santo como él era, le parecia ser mucha aquella fiesta, porque su bienhechor no pecase de ignorancia, con voz humilde y baxa, le dixo: Mire vuesa merced señor que estoy sin blanca, que pido limosna para poder ir á mi tierra, y que el trabajo que vuesa mer-

ced toma en quitarme el cabelló, ha de ser por amor de Dios. Oyólo el barbero, y perdida la paciencia, vuelto para el pobre mancebo, con mucho enojo le dixo: Cuerpo de Dios con el gorron, y á eso venia ahora: ya yo me espantaba que tan de madrugada venia algo de provecho á mi casa, siéntese aquí. Alzóse pacíficamente el mozo de la silla en que estaba, sentáronle en un banquillo, y puestos otros lienzos de xerga, segun eran gruesos, y con el color de ollin: dexó la obra el maestro, y en su lugar entró el aprendiz á acabar lo que su amo habia comenzado, y por él debió de decirse: En la barba del ruin se enseña. La tixera era tal, y de modo la navaja, que á cada vuelta le iba desollando medio carrillo. Pero como el negocio era de valde, sufria, y callaba. En esta ocasion estaba en un corredor alto de la casa, ahullando un galgo del barbero, y de suerte que era enfado para todos quantos le oian, y el dueño que habia menester poco para enojarse comenzó á dar voces, diciendo: Subid arriba, y mirad que tiene

aquel perro, y porque está ahullando. Oyólo el estudiante, y mirando al barbero le respondió: No se espante vuesa merced de que gruña y ahulle, porque le deben de estar quitando el pelo de por amor de Dios, como á mí.

Vicario. No es malo el cuentecillo.

Alonso. Y ya sea caritativo y limosnero el Médico, no ha de dar la limosna como el maldito Caín, lo peor de su casa, lo que no puede comer, ni aprovechar á sus criados, como solia hacerlo un Gobernador de una villa, que yo conocí, el qual salia los viernes á las tablas del pescado, para ver del modo que se traía, si era á sus horas, en abundancia, y de buen olor, y lo mismo los dias de carne: acudia á las visitas de las carnicerías, procurando que siempre estubiese suficientemente proveido lo necesario para los de su pueblo: pero si algun carnero estaba muy flaco, ó algun pescado podrido, y de mal olor, éste tal, con grandes voces, y cólera mandaba que luego lo llevasen á los pobres de la cárcel. Mirábalo yo, y sin hablar palabra, decia entre

mí: ¿Estos pobres, son personas? si este pescado es malo y dañoso, échese al rio, ó entiérrenlo, y no se coma, no se dé de limosna: pues en lugar de hacer bien, es dar ocasion de alguna grande enfermedad, y es cargo de conciencia, que se permita semejante caso.

Vicario. Demasiada de razon tiene, hermano Alonso.

Alonso. Pero volviendo á nuestro Médico, dicen algunos: Que el glorioso Apóstol S. Pablo fué Médico, fundándose en aquel aforismo que escribió á Timotéo su discípulo, diciéndole: Que usase de un poco de vino por la flaqueza que tenia de estómago, y como tal decia: ¡*Infirmatur quis in vobis, & ego non infirmor*! A quien le duele la cabeza, que no sienta yo su dolor, y á quien la uña, que no me compadezca de él. El dragon, y el cuerbo significan dos cosas. La primera, que sepa de pronósticos, porque el dragon, y el cuerbo ántes que llegue la mudanza del tiempo, la conocen, y es bien que pronostique el suceso de la enfermedad, para que con el tiempo el enfermo pue-

da hacer quanto le fuere necesario para su alma, y para su cuerpo, recibiendo los santos Sacramentos, y disponiendo de su hacienda y casa lo que mejor le estubiere. La segunda, que el cuervo, y dragon se ceban siempre en carne podrida, condicion forzosa para el Médico, que no ha de ser asqueroso, sino llegarse al enfermo, mirarle con amor quantas llagas tubiere, sin hacer extremos de mal olor, compadeciéndose de su miseria, aquí tambien hace el ser caritativo y bueno, para que acierte en su curacion, y Dios le haga las mercedes, y favores, que suele hacer á los suyos, pues es cierto que la divina sabiduría no entra en ánimo malévolo. Oyóme atentamente, holgóse con el cuento, alabó mi ingénio, y díxome, que era habilidad la mia mal empleada, y que era costumbre, y muy de ordinario estar en gente perdida. Enojéme del dicho, y fué milagro tener yo tanta paciencia, al cabo de haber sido escudo de trabajos, y terrero de impertinencias, y echándome con la carga, le respondí: Vuesa merced busque quien

le sirva, y me pague seis meses que le he servido, y he estado en su casa. Sintiólo en el alma, procuró aplacarme, y viendo que no era de provecho, y mas que por razon de estado lo tenia por caso de ménos valer, el rogarme, aunque le estaba bien que yo le sirviese, me dió quatro ducados, y despidiéndome con algunas lágrimas de mi amo, y de su familia, salí de su casa, deparándome Dios en breve tiempo quanto pudiera desearse para no andar perdido, como otros muchos de mi condicion y trato. Mas segun veo, el Sol se da tanta priesa á dexarnos, que será forzoso se quede en este punto nuestra conversacion, hasta el dia siguiente, en que daré cuenta á vuesa Paternidad de lo restante de mi vida, hasta el estado en que estoy, que pues vuesa Paternidad me hace merced, y gusta de oirme, es muy justa razon que no le enfade, quando ya es hora de irnos á nuestro Convento.

Vicario. Muy bien dice, hermano, para mañana se quede lo que resta de su discurso, que yo le oiré de muy

buena voluntad, que lícito parece en tiempo de recreacion, no guardar el silencio, que acostumbramos tener de ordinario.

CAPÍTULO VII.

Cuenta Alonso su jornada para Valencia y como entró á servir á una señora viuda Valenciana.

ALONSO.

Trabajos, padre Vicario, son juros de por vida para los hombres, y para mí no podian faltar, pues eran la primera condicion de mi vínculo y mayorazgo: y aunque ya pudiera tener hechos callos en sufrir, segun se me ofrecia cada dia, con todo esto no sé que se tiene el ser uno compuesto de carne y huesos, que á cada repiquete de campana luego crejea.

Vicario. No me maravillo, hermano, que se sientan las penas, dolores, y congojas, que en efecto no somos piedra.

Alonso. Salí de mi Médico, no poco

cansado, pero tal es el oficio para no cansar al mas flemático y sufrido de los hombres, con su pan se lo coman lo que ganáron, que con harto sobrehueso lo llevan. Quando mas mozo habia oido decir mil bienes de la Ciudad de Valencia, y con deseo de ver puesto en práctica, lo que por teórica me habian contado, con lo poco que habia adquirido de caudal, determiné de visitar aquel Reyno, no reparando en el inmenso trabajo que me habia de costar, así por el calor del verano, como por el poco dinero que llevaba para tan largo camino; rompí dificultades, puse mi atillo acuestas, que como piedra movediza, no criaba moho, y como el conejo andaba lo mas del año, sin temer que lo que estaba en el arca se apolillase, sin necesidad de sacar al ayre la mañana de San Juan los vestidos de sobra; me puse en camino, y todo lo hallaba malo, y no era mucho, pues todo extremo tiene su vicio: no hay contento en esta vida, quando por carta de mas, quando por ménos. Mis antiguas jornadas solian ser húme-

das, y esta valenciana me salió reseca: centelleaba el Sol, y sus rayos hacian aberturas en la tierra con su demasiada sequedad. ¡Oh quántas veces desee, lo que otras estimé en poco, afligiéndome de carecer de un poco de agua, alivio suficiente á mi demasiado cansancio! Yo no puedo entender, padre, sino que iba dormido el que contó las leguas de la Mancha, pues verdaderamente no hay legua que no tenga legua y media de otras partes, y la razon pienso que es, que como los Manchegos usan tanto de carros, para sus tratos y grangerías, métense en ellos quando caminan, adonde como en cama, vienen á dormirse, no despertando hasta llegar á la venta, ó parador del pueblo, y de este modo no saben el tiempo que gastan en el camino, ni el término de pasos que contienen las leguas: ordinariamente llegaba á la posada con un cansancio mortal, y con tan poco refrigerio, que aun agua dulce no se hallaba en la venta, y el verme pobre, y caminar á pie, desacreditaba mi persona para con los huéspe-

des: de modo, que si les pedia pan, tocino, huebos ó queso, era como si Dios no lo hubiera criado, aunque la posada estuviese suficientemente abastecida. Al fin, padre, para todo quanto se ofreciere es bueno el tener, y estar en posesion de hombres ricos, pues á los tales, el mundo los venera, celebra sus dichos, escucha sus razones, lisongea su trato, y si algo han menester aunque nunca lo pidan, es cierto el hallarlo, pues los han de convidar con ello. ¿Mas la pobreza y necesidad, y mas en el tiempo que ahora corre, á quién no es enfadosa? ¿Quién la muestra buena cara? Solos los Santos, menospreciadores de las riquezas de la tierra, por alcanzar los bienes eternos las diéron de mano, echando de ver el peligro, y daño que tenian encubierto poseyéndolas; pero yo como no era pobre de espíritu, no me pesára de tener mas y mas, para ser de algun provecho al individuo de mi pobre y necesitada persona, no vengan trabajos, y penas como se pasan, que pues á mí no me acabáron congojas en tan largo via-

ge, sin duda que los hombres son á prueba de arcabuz, juzgue quien lo sabe lo que es caminar á pie con el rigor del Sol, y por arena; el que ha sufrido sed, y no halló agua que beber quando mas fatigado estaba de calor, digan su parecer los que no han hallado un pedazo de pan entre sus deudos y conocidos, podrán como buenos testigos dar á entender lo que yo pasé, y sufrí en esta mi jornada, de venta en venta, y de lugar en lugar, hasta que fué Dios servido de que llegase á las murallas de Valencia, segunda Roma, así por su grandeza de gobierno, noble en gente ilustre, como famosa en Religion Christiana, rica en insignes reliquias, adornada de maravillosas virtudes, fuerte en sus altos y levantados muros, y mucho mas en tantos y tan ilustres Caballeros, celebrada por el mundo por maravillosa, no solo madre de sus hijos, sino tambien acariciadora de extrangeros. Celebra, y con razon, la República de Génova, el tener el sagrado plato en que celebró Christo nuestro Señor aquel sagrado

misterio de la Cena, donde instituyó aquel celestial convite, asombro de los Cielos, espanto de los hombres, cifra de su poder, y un *non plus ultra* de su amor: y mucho mas puede celebrar su grandeza aquella insigne Ciudad, pues tiene entre sus tesoros, el sagrado y precioso Càliz en que el Salvador del humano linage consagró, volviendo en aquella misteriosa Cena, la substancia que era de vino, en su preciosa sangre, como la substancia del pan, en su sacrosanto y precioso cuerpo: y el jueves santo, en que se celebran los misterios de nuestra redencion, con mas propiedad se hace en Valencia, pues dentro de esta sagrada joya se pone el divino cuerpo de nuestro Salvador, y se cubre con un pedazo de la piedra del santo Sepulcro, y de este modo le encierra en el arca el Arzobispo, que es quien aquel dia celebra los divinos Oficios.

Vicario. ¿Y de qué suerte es ese sagrado Vaso, y qué grandeza tiene? ¿es de plata, ó hecho de mas precioso metal?

Alonso. Aunque está guarnecido de fino oro, como son el pie, y las asas,

la calidad de él, no es sino de una piedra como jaspe, cuyo color tira á una ágata, como tostada, no con las manchas que suelen tener semejantes piedras, que como la casa en que cenó Christo nuestro Señor, era de hombre principal y rico, tenia para su servicio semejantes joyas de mucha estima, que hubiéron de salir entónces á vista, para muestra y ostentacion del dueño que tenian: dexado á parte, que el huésped de casa echaba de ver el bien que tenia en ella, y que era obligacion servirle, y acariciarle lo mejor que pudiese, pues era el Príncipe de los Cielos, y heredero de las eternidades, absoluto Señor de las riquezas y bienes de la tierra. Pero volviendo á nuestro propósito, entré en la Ciudad, sin que me detuviese en el hospital de San Vicente: lo uno, porque las guardas no me conocieran por forastero; y lo otro, porque como pobre no veian en mí en que poder reparar, ni pecar, que en efecto el pobre seguro vá de que le ofendan, ni maltraten salteadores. Andube por una y otra calle, maravillándome de

ver tantos oficios que ocupan sus barrios, todos distintos, con tan maravillosa órden. Llegué al estudio general, de donde han salido y salen cada dia tan excelentes Médicos, pues sin adulacion, ni encarecimiento, en lo que es medicina, ni en los de Alcalá, ni Salamanca los hacen ventaja. Visité el Colegio del santo Patriarca Don Juan de Ribera, obra insigne, y digna de tan ilustre y excelente Prelado: Pero como mi deseo fuese de acomodarme luego, y no andarme holagazan, atalaya perdida de casas agenas, preguntando por el padre de mozos, me fuí en su busca á pedirle me hiciese merced de darme alguna buena comodidad. A buen tiempo llegais, me dixo, porque una señora vecina mia, que habrá dos meses que está viuda, anda buscando un mozo como vos, que esté razonablemente tratado, que sepa leer, y escribir, para que la sirva en los negocios que se la ofrecieren, y sin que le respondiese cosa alguna, me llevó consigo dos, ó tres casas mas abaxo de la suya, adonde subimos por una escalera an-

churosa, y grande, pasado una y otra sala, hasta llegar á una quadra donde estaba sentada en un estrado una venerable viuda de mediana edad, y razonable parecer, á quien acompañaban dos mugeres, la una anciana, y de tocas largas, y la otra de pocos años, y todas cargadas de luto. El ciudadano que conmigo iba, habló con mucha cortesía á la señora de casa, proponiéndola los grandes deseos que tenia de servirla, y que su encomienda le habia tenido cuidadoso, hasta que su buena suerte me habia traido á su posada. Agradecia la dueña sus palabras cortesmente, preguntando si tenia yo quien me conociese, para poder fiar de mí lo que se me entregase, y el señor que me habia traido, asegurando sus dudas, allanando dificultades, me abonó de modo con mi ama, que dexándola muy satisfecha, y despidiéndose él, me quedé á servirla desde aquella noche, que lo fué para mi, segun los trabajos que me siguieron, la hambre que sufrí, y el mal galardon que saqué de mis buenos servicios.

Vicario. Verdaderamente, hermano, que parece que la fortuna en todas sus jornadas se le querria mostrar totalmente enemiga, y contraria suya.

Alonso. Ya, padre, mi sufrimiento tenia callos, ó á lo ménos los debiera tener para no sentir lo que en casa de esta viuda pasó por mí, pues pos mucho que me alargue, en contar mir desdicha, ántes quedaré corto, que sobrado en referirlas. Acuérdome que oía decir algunas veces de la suerte que solian regalarse las viudas, su buen trato, el buen órden, y gobierno que tenian en su comer, su olla pequeña, pero bien abastecida y llena, la comida á su hora, su comodidad en todas las cosas, el no desvelarse, ni madrugar, sin que haya salido el Sol por toda la tierra, habiendo ya caminado la tercera parte su curso, mas todo esto halléle bien al contrario. Verdad es, que los primeros dias que tomé la posesion de quatro oficios que me aplicaron, mayordomo; ayo de un niño, y maestro, (por ser solo y heredero de lo poco que habia,) escudero de mi señora, dispensero, ó

pomprador, paselo moderadamente, corque por miserable que sea la casa, el primer año del mortuorio nunca falta de que hacer dineros, ó ya se venda la joyuela, ó se empeñe la prenda, hasta que andando el tiempo se da con todo al traste, y mas sino hay quien lo gane como solia, pues sacando siempre con un ordinario gasto, presto se asuela todo. Era la casa de mi señora de muy poca renta, y tan poca que á los seis meses habiamos de comer de fiado, y con los gastos del entierro ayudó á que cayesemos mas apriesa, de lo que habia de ser, llegando á lo sumo de necesidad y miseria, y lo peor era, que como eramos honrados y puntuosos, no se habia de pedir nada sino sufrir y callar, como dicen, pegando la boca á la pared: acordábame en mi perpetuo ayuno, de las sobras y abundancia que otras veces habia tenido, sirviéndome aquellas memorias de mayor afligimiento y pena: pues si trabajaba, y comia y todos los duelos con pan son llevaderos, y entonces no habia mas que mirarnos unos á otros,

dándonos á entender nuestros pensamientos con la vista, como si fuéramos espíritus Angélicos. Es Valencia tierra de grande caridad, y de grandes limosnas, virtud que destierra la ira y enojo de Dios, para no castigar los pecados y delitos que en aquel Reyno se cometen: y bien de manifiesto la experiencia me lo mostraba cada dia, en los milagrosos sucesos que via en mí, y en los de mi posada. Teniamos por vecinos algunos Caballeros, y á otros Ciudadanos ricos, gente tan sobrada, que de lo que se echaba á mal en sus casas, se pudiera sustentar muy descansadamente la de mi ama: y viendo el recogimiento y soledad que de ordinario guardaba, tenian cuidado de enviarla algun regalo de su mesa, que aunque pocas veces, juntándose con la miseria que teniamos que comer, se venia á hacer algo para el socorro de aquel dia. Estas, y otras cosas eran ocasion de nuevo llanto para mi afligida dueña, sacando á plaza cada momento al mal logrado que pudria la tierra. El Sabio dice, que es mejor ir

á la casa del muerto, que á los convites y bodas. Pero, padre mio, esto de haber de ser siempre lágrimas, á comer, y á cenar, sino para anacoretas, ó para demasiado espirituales penitentes, ¿cómo será agradable? ¿ó quién podrá sufrirlo? Yo, pues, para que mi señora se divirtiese algun rato, si es que la podian dar lugar sus continuas imaginaciones de sus pasados gustos, sacando yo tambien fuerzas de flaqueza de mi delicado estómago, que para hablar estaba como ética de segunda especie, la contaba algunos cuentos á las noches, quando mas afligida estaba, entre los quales la dixe: pero vuesa Paternidad se enfadará de oirme, mejor será dexarlo.

Vicario. No hay para que, prosiga, que de muy buena gana le escucho, temprano es, para todo hay lugar, no le de pena.

Alonso. En un lugar de Castilla la vieja un dia de Corpus, por la festividad y regocijo, hiciéron una representacion unos mozuelos labradores, y fué el auto de la cena de Christo nuestro Señor:

púsose en el tablado una mesa muy bien aderezada, sentáronse á comer los doce apóstoles con su Maestro, sacaron un cordero en una gran fuente de plata, hizóse pedazos, y fuéron comiendo de él, y de tan buena gana, como la que tendrian de almorzar unos mozos en lo mejor de su vida; el que representaba la persona del glorioso Evangelista San Juan, aunque estaba como dormido en el pecho del Señor, como via que los demas Apóstoles comian, de la manera que podia, de quando en quando sacaba la mano, y cogia del mejor bocado del cordero, y ayudaba á sus compañeros: el que hacia el personage de Judas, enojado con el Apóstol, viendo que no guardaba la propiedad que debia, con mucha cólera le dixo: O sois San Juan, ó no sois San Juan, si sois San Juan, dormid, y no comais, y si no lo sois comed, y vaya otro á servir por vos; esto mismo podria yo decir: Señora, la decia, el ser viuda trae estas penas, la soledad del encerramiento, la mortaja á los ojos, el luto, el llanto, lágrimas en casa, el

negro y afligido estrado, señal de la muerte que se está deseando, ó esperando por la falta del adorado compañero y marido: Honra á la viuda, que verdaderamente son viudas, dice el Apóstol, de suerte, que da á entender que hay viudas fingidas, y si lo son, no lo parecen; que en efecto, padre, en este teatro anchuroso del mundo, cada uno hace su personage, y representan muchos lo que no son, que de ignorantes se tienen por discretos y doctos, que podrian volver á las escuelas, y á primeros principios, y piensan ellos que son la cifra y suma del saber, en quien está encerrada como en deposito la verdadera ciencia y sabiduría. Que de fanfarrones pasean las plazas, habladores de ventaja, y pesquisidores de vidas agenas; que de pródigos, y generosos en repartir los bienes que no son suyos, sino tan escasos y miserables, que aun viendo perecer á sus puertas, á los pobres, no los saben dar un bocado de pan, ni aun una buena palabra, teniendo ánimo para gastar sus haciendas en juegos, y devaneos

impertinentes, que de recogimiento fingido y mentiroso, siendo la clausura, y encerramiento puertas del campo, soltura, libertad, y apetito desenfrenado. ¡Oh quántos se precian de graciosos, y decidores, hablando mas libremente de lo que debian, atribuyéndolo á discrecion y gracia, siendo como es, poco respeto á los que lo oyen, murmuracion de los ausentes, por la mayor parte ofensa de Dios, quitando el honor y honra de su hermano, y descubriendo faltas, que ni se sabian, ni se supieran, á no estar de por medio una infernal y descomulgada lengua! Con estas cosas procuraba divertir á mi señora, animando su desconfianza, y consolando su tristeza, aunque mis razones la eran de poco provecho, pues pareciéndola, que para su condicion, y poco caudal que de ella se hacia despues de la falta de su marido, determinó de irse á una granja, ó alqueria, que era como casa de campo, una legua de la Ciudad, recreo, que en algun tiempo debia de ser de mucho gusto, por la mucha fruta que

de su huerta se sacaba, y los muchos naranjos que tenia: pero como se fuesen descuydando sus dueños, y así los árboles, como los edificios, de ordinario piden un continuo desvelo, labranza, y reparo, y esto les hubiese faltado, ya no habia cosa con cosa, tan perdida, y asolada la heredad, que era como un desierto páramo. En este sitio pues, hubimos de hacer nuestra morada, mi señora, una moza de servicio, un niño, y yo, que servia de maestro, mayordomo, y dispensero, quando habia que gastar, que era milagro haberlo, por ser la casa de la misma miseria y desdicha.

Vicario. ¿Pues cómo pasaban? ¿ó qué comian, hermano, tantas personas, si no habia con que traerlo?

Alonso. Los mas dias se cócian acelgas, otras veces granadas, y membrillos eran nuestro sustento: y tal vez nos aprovechábamos de las garrofas, fruta que en demasiada necesidad puede suplir la falta de mas generosos mantenimientos: y lo que mas me maravillaba era, el ver la entereza de mi bue-

na viuda, el sufrir sin quexarse, el esperar sin desconfianza, y el no tener con una apariencia, y representacion, y gravedad, como si sobráran en casa dos mil escudos en un talego, no habiendo los mas dias que llegar á la boca, y todo esto, por no dar su brazo á torcer. Viendo, pues, una tan impertinente paciencia, tomando algunas alas de verme hecho como el gallo de casa, pues casi casi en no traer, eramos todos unos, cobrando brio con la antigüedad de algunos meses que tenia de servicio, mostrándome un poco libre, la dixe estas razones: ¿De qué sirve señora, al enfermo debilitado, y flaco hacer brabatas, presumir de valiente, y sacar á otros á desafio, si no es posible tenerse en pie? ¿y al menesteroso, y mendigo, que le aprovechará formar torres de viento, fingir quimeras, y desvelarse con uno, y otro imposible, sin remedio de poderle alcanzar, por mayor trabajo, y diligencia que se ponga? Todos vivimos de milagro, y el de los cinco panes, y dos peces, no hay casa donde no se execute, y principal-

mente en la nuestra; pero no hemos de estar esperando al cuervo que nos traiga el pan, ni que la cervatilla traiga llenos los pechos de leche, para alivio del pobre caminante, seco de sed del demasiado cansancio, y rigor del Sol: ya que no hay que empeñar, véndase lo que ha quedado, y comamos, pues nosotros no somos espíritus, sino formados de carne, y de hueso, cuyo alimento ha de ser quotidiano, palpable, y no por obra de entendimiento. Vida es intolerable la que en esta casa sufrimos, y quatro bocas que tenemos, estan como si no fueran de provecho, pues por la demasiada abstinencia estamos ya tan adelgazados de cascos, que para poetas poco nos falta, y de desvanecidos, hemos venido á estar con perpetuos vahidos de cabeza. Ponga vuesa merced órden en nuestra vida, pues no tiene mas de ese niño, y es de diez á once años, acomódele con algun Caballero de los muchos que hay en este Reyno, ó vuesa merced, y él estén juntos en alguna casa principal, que será cierto el hallarla, que de este mo-

do se pasará con mas alivio, y descanso del que tenemos, y cada uno de nosotros busque su remedio, y sino disponga de las posesiones que hay, y véndanse, que para eso son, quando no hay otra suerte para poder pasar. Esto la dixe, y qual pisada serpiente, vuelta para mi, soltó la maldita, y no acabó de encarecer mi atrevimiento, de modo, que estuve despedido de su casa, y pluguiera á Dios entónces la dexára, y no me sucediera lo que despues ví, por mis pecados.

Vicario. Cuéntelo, hermano, que de buena gana le estoy atento, y no es tarde para írnos á casa.

Alonso. Era mi señora muger de muy buena traza, de mediana edad, moza, entrada en años, y virtuosa, y aunque pobre, apartada de ocasiones, y de dar que decir á sus vecinas, y con todo eso no faltó quien diese un tiento á su mucha honestidad, por mas que estaba retirada en la soledad, y páramo donde viviamos, ó moriamos, por mejor decir, y fué el caso en esta manera: No muy léjos de nuestra alqueria es-

taba una casa de un Caballero, que aunque lo mas del tiempo vivia dentro de Valencia, para los negocios que tocaban á la labranza del campo, tenia con su heredad algunos esclavos, y entre ellos un mulato, mozo robusto de hasta veinte y seis años, gentil-hombre, y de buen rostro, el qual aficionado de mi viuda, buscaba ocasion de dárselo á entender, pareciéndole, que por ser pobre y sola, podria tener mejor efecto su deshonesto amor. Mi casa no se abria sino salido el Sol, y el cerrarse era cierto ántes que anocheciese, y como jamás de ella faltásemos, ó yo, ó la criada, ó el niño, que ya era de razonable edad, no se podia lograr su deseo, y su pretension se iba alargando mas de lo que él quisiera; pero nuestra desdicha hubo de querer, que un dia, la criada, y yo fuesemos juntos á la Ciudad á traer algunas cosas necesarias para nuestra semana, que por ser dia de mercado, entendiamos hallarlas mas baratas. Salimos del alqueria algo tarde, y el Cielo comenzó á negar su luz con tan pardas, y espesas nubes, que

manifiestamente dió á entender el gran turbion de agua que habia de enviar á la tierra, y granizo juntamente, comenzando á caer en tanta abundancia que las calles en breve rato parecian arroyos! los arroyos (que allá llaman acequias) rios, y el Turia, rio humilde, cobró tanta soberbia, que se atrevió á llegar á los muros con notable peligro de toda la Ciudad. Confusos quedamos con el repentino asalto, el salir de Valencia era imposible, el dar aviso á mi ama no habia con quien, si quedarnos no teniamos adonde: al fin, la moza, y yo, tuvimos por bien de irnos aquella noche á recogernos á un meson, pues no habia otro remedio, hasta la mañana, y como lo determinamos, los pusimos por obra.

El pretendiente mulato, que no se descuidaba de pasear la puerta de su dama, como buen galgo, olió lo que pasaba, y no queriendo perder tan buena ocasion, aguardó á que entrase la noche, y por las paredes que eran baxas, de la huerta, entró á una ventana de la sala, que por olvido se habia que-

dado abierta, y de allí llegó á un aposento donde estaba mi ama, bien descuidada de tan gran desdicha, quedando fuera de sí la pobre señora, viéndose sola, tan sin socorro, ni favor humano, y teniendo delante de su ojos á un mozo atrevido, en una mano desnuda la espada, y en la otra una daga, y como pudo, turbada y sin aliento le preguntó, diciendo: ¿Qué es esto, hermano, que busca á tales horas en mi casa? Procuró el mulato animarla con amorosas razones, significándola el amor que la tenia, y el mucho tiempo que habia andado buscando semejante ocasion: propuso la soledad en que estaban, quan sin testigos, pues su hijuelo que podia serlo, estaba tan dormido: aseguróla el silencio, y que si no concedia con su gusto, estaba determinado de quitarla la vida, pues con ese proposito, desesperado ya, habia entrado en su casa. Mi ama, que verdaderamente tenia un buen discurso, y mas que razonable entendimiento, considerando la determinacion precipitada de su Macias, procuró amansarelé, y

con las mejores palabras que pudo, le respondió: En verdad, hermano, que no es de maravillar aficionarse un mancebo tan gentil-hombre como vos sois de una muger de mi traza y suerte, ántes os debo agradecer la aficion, que sin yo merecerlo, me habeis tenido, y perdonadme, porque no sabia yo el convidado tan bueno que habia de tener, que á saberlo, de otro modo os tratára y regalára: pero la noche es tan trabajosa, y estamos tan á solas en este despoblado, que habreis de recibir la voluntad con que os recibiré, y contentaros con la pobre cena que tuvieredes, tomad esa luz, y vamos al portal, adonde estan unas aves, que podrán suplir la falta de la poca prevencion, que miéntras vos las asais, yo podré apercibir lo demas que fuere necesario. Dióle el mulato á su dama muchas gracias por el comedido ofrecimiento, fuese con ella, matáron dos gallinas, y aderezadas, hiciéron lumbre, encargándose de asarlas el esclavo. Mi ama puso la mesa, sacó pan, buscó cuchillos y salero, aderezó platos, y

dando á entender que iba á sacar manteles, y servilletas limpias de una arca, que cerca de allí estaba en otro aposento, entróse en él, y cerró con una aldaba lo mejor que pudo: al ruido del golpe, volvió el mulato la cabeza, y conoció quedar burlado, dexó el asador, y llegándose á la puerta la comenzó de rogar le abriese, porque si no, la prometia de matarle á su hijo, que junto á él estaba dormido, y luego quitarla á ella la vida, pues ya desesperado, no repararia en los tormentos que le pudiesen dar, que al fin para un delito como el suyo, era poco castigo la horca. Mas á sus amenazas, con varonil ánimo le respondió mi ama: *Haz lo que quisieres desventurado, y sé verdugo de ese angel, y envíale al Cielo para donde se crió, que si pretendes por perdonarle á él, que yo pierda mi honestidad, vives muy engañado, que primero (á tenerlas) perdiera mil vidas, que consentir con tu torpe, y deshonesto apetito.* Con estas razones, quedó el mastinazo mas embravecido, y desesperado con una infernal rabia, asien-

do al niño por un pie, empezó á darle grandes golpes en la pared, y puerta del aposento, adonde su madre estaba encerrada, de modo que le quitó la vida.

Procuró luego quebrantar con su fuerza la puerta, mas por ser tan fuerte, trabajaba muy en vano: y así, llegándose á un tabique arrancó algunos ladrillos de la pared, haciendo en ella un gran agujero, por donde poder entrar, sirviéndole de azadon y pico, el asador con que estaba asando, de modo, que desmoronando con él pedazos de cal y ladrillos, hizo lugar suficiente para meter por él la cabeza y brazo, forcejando con lo demas del cuerpo para entrar en el aposento; mi señora que se vió perdida, y tan cierta su muerte, cobrando algun ánimo en breve tiempo, entró en consejo consigo á solas de lo que habia de hacer, y buscando en la quadra con que defenderse de su contrario, halló junto á sí una hacha ó destral, y tomándole con la mayor fuerza que pudo, dió con él en la cabeza de su amante, que la tenia

metida, y casi el medio cuerpo por el agujero, ó concavidad que habia hecho. El golpe fué de suerte, que no tubo necesidad de segundo. aunque por sí, ó por no, acudió con otro, con que luego murió, habiéndo acabado de matar al hijuelo, y con tan buena y santa estacion, ¿quién habrá que ponga duda en su buena suerte y feliz tránsito? Llegada la mañana, mi moza y yo, tomamos la madrugada, y salimos de Valencia para nuestra alquería, adonde hallamos el buen recado referido, dímos noticia á la justicia, y enterada del caso, dió por libre á mi ama, alabando su mucha virtud, y varonil pecho, y á mí, y á mi compañera, por si teniamos alguna culpa, nos lleváron á la cárcel: aquí fué troya, padre Vicario, porque no sabré decir los trabajos, las penas, y desventuras que pasé en aquella impertinente prision, la hambre de dia, los malos tratamientos, y culebras de noche, que los ya muy antiguos en la cárcel me echaban, el desasosiego de los ratones que hasta las orejas querian roerme, y era menester

estar en centinela, para que me dexasen pestañas, el salir á la visita á oir un Juez, sin para que ayrado, que me dixese: No es posible, sino que este vellaco lo sabia, concierto fué de entrambos, désele tormento, y si confiesa ahorcarle hemos: pues la buena gracia del Escribano, (ó padre), y como son verdaderos los refranes, pleito bueno, pleito malo, de tu mano al Escribano. ¡Oh como saben encarecer, y disminuir los delitos! Suele decirse que entrar en la cárcel, si es, no es, un mes, y si algo un año, y si nada, una semana: mas yo como desdichado, veinte y seis dias me llevé preso, y en un calabozo; mas tal procurador tenia yo asalariado, y letrado de limosna. No sé que se tiene esto del pagar, que todo lo facilita, y con este negro interés todos se mueven. Bien lo echaba yo de ver por experiencia, pues aun hasta ahora estuviera entre los galeotes, si mi señora en persona no fuera á hablar á los Jueces, y los dixera de mí mas bienes, que males habia padecido, y con este dicho, y abono de algunos que me

conocian, me diéron por libre, saliendo de Santarsis como Juan de las calzas blancas, en piernas, á lo soldado, sin capa, sin sombrero, ni cuello, y trocada la ropilla, porque con la demasiada necesidad, me habia ido atreviendo á vender algunas prendezuelas, y como las costas del Escribano, Juez, Fiscal, y prision sean inevitables, hube de hacer pago en lo que tenia, y le hiciera con el péllejo á no tener otra cosa, á trueco de salir de tan mala posada, fuime derecho en casa de mi ama, y ella en viéndome, lloró su hijo muerto, y yo mis pobres alhajas. Consolámonos los unos á los otros, ella mi desnudez, y yo á ella su soledad. En esto estabamos, quando acertó á llegar á nuestra alquería un mayordomo del señor Conde de Elda, deudo de mi señora, y dándole cuenta de sus trabajos, y de los mios, me llevó consigo á Valencia, y en las casas del Conde, que era su posada, me vistió, y no como quiera, pues si hubiera de comprar el vestido que me dió de limosna, no le sacára con quarenta escudos. Viéndome, pues,

de modo que podia parecer delante de qualquier señor, por grave que fuese, despidiéndome del mayordomo, y dándole innumerables gracias, determiné de salir de Valencia, y dar la vuelta otra vez á Sevilla, adonde á mi parecer me habia hallado mejor, por ser tierra mas rica y abundosa, y adonde por maravilla á ninguno le falta que comer.

Vicario. Hermano, baste por hoy, porque me parece que se vá haciendo tarde, y es hora de recogernos al Monasterio.

Alonso. Es muy justo, déxese nuestro discurso para otro dia, que en él le daré cuenta á vuesa Paternidad de lo que me sucedió en Sevilla segunda vez quando volví á ella.

CAPÍTULO VIII.

Cuenta Alonso la jornada que hizo á las Indias, y los grandes trabajos que padeció.

VICARIO.

Bien puede, hermano, empezar su cuento, que la tarde nos convida á entretenernos un rato.

Alonso. Una de las ceguedades que padecen los hombres en esta miserable vida, padre Vicario, y lo que mas ha destruido, y acabado el mundo, es la ambicion, y codicia de las riquezas, aquel adquirir, y allegar con una sed insaciable, como si para siempre hubieramos de ser moradores de este miserable suelo, siendo el término tan limitado, y tan poco, que comparado con una eternidad, no hay viento que así se pase, ni ave tan ligera, que con mayor presteza haga su curso: púdose con facilidad verificarse en mí esta proposicion, pues con tener ya pasado lo

mejor de mis años, sabiendo manifiestamente lo poco que ya se vive, ciego y deseoso de valer, y subir con alas al levantado estado de las riquezas, no reparando en tantos inconvenientes, y trabajos como se me ofrecian, atropellando con todo, me arrojé al agua, fiado en una incierta esperanza, y confiado en una casa de madera, por cimiento las aguas de un mar inconstante, sujeto á los vientos, y yo á la voluntad de un mal entendido, é ignorante piloto. Bien descuidado estaba en Sevilla una tarde, despues que volví de Valencia, en no pequeñas penalidades y trabajos, que nunca me faltáron, quando á puestas de Sol, ví pasar cerca de mí un tropel de gente de buena capa, con mas regocijo y contento que yo tenia: porque aunque ya estaba hecho á padecer, con todo eso á qualquier piquete de campana, se me ponian delante montones de dificultades, con una infernal melancolía. Por saber el regocijo de los pasageros, los fuí siguiendo, y acercándome á ellos de suerte, que los pude escuchar la varie-

dad de cosas de que iban tratando, y el uno de ellos respondiendo á un amigo suyo de los que allí iban, le dixo: En verdad, señor, que si yo hallara algun mozuelo de buena edad, que de muy buena gana le llevara en mi compañía, y que en México hiciera por él quanto me fuera posible, que en efecto un hombre con una vara de Alguacil mayor, y mas en las Indias, visto está que ha de ser de mucho provecho para los que le sirvieren. Bien echo de ver que no ha de faltar quien me sirva, pero esto de haber de tuyo, no sé que tiene, y el ser conocido, y de una tierra, que en siendo español, bien se puede contar por natural en tierras tan remotas. Oí la plática, y como jamas tuve polilla en la lengua, no quise perder tan buena ocasion, y acercándome al que presidia, le dixe: Paréceme, señor, que vuesa merced anda á buscar un criado, y si acaso soy de provecho, y vm. gustase de que yo le sirva, aquí estoy para quanto me quisiera mandar. No le pareciéron mal mis razones, al nuevo dueño que esperaba haberlo de

ser mio: y contento de oirme, me respondió: De muy buena gana os llevaré conmigo á las Indias, y os prometo de favoreceros en lo que pudiere; dile las gracias del ofrecimiento, y venida la noche, me fuí con él á su posada.

Vicario. Verdaderamente, hermano, que me maravillo, considerando quan fácilmente hallaba á quien servir, y con quanta facilidad se acomodaba.

Alonso. Padre, la buena diligencia, es madre de la buena ventura. Yo era entremetido, y amigo de no andar hecho perdulario, como algunos que conocí en mi tiempo holgazanes, vagabundos, que con excusa de no hallo en que trabajar, mano sobre mano, andan de casa en casa, no habiendo seguridad en ninguna, y corriendo peligro todas aquellas que son participantes de su presencia, pudiéndolo todo remediar, y quitar sospechas con solo sufrir un poco de trabajo, y acomodándose de modo, que sea agradable á todos. Llegada la mañana, mi amo Don Fadrique me hizo un largo razonamiento, contándome la jornada que habiamos de hacer para las

Indias, y que su Magestad le habia dado la vara de Alguacil mayor de México, con que esperaba si Dios era servido, volver muy rico á España, y que tenia licencia para llevar consigo dos criados: pero que primero era importante hacer informacion, así de sus padres, como de las buenas costumbres, y de ser libres. Fácil negocio es ese, le respondí, porque si hay en Sevilla testigos para decir mal, quitando la fama, honra, y crédito de quien ni conociéron, ni oyéron decir, mejor los hallará para decir bien, y acreditar á quien se lo pague: pues para semajantes ocasiones, el amistad, los regalos, ofertas y dineros, son de mucho provecho. Bien me parece, respondió mi señor, pon luego en execucion tu probanza, y mira que el lunes ha de partir la Armada. Y yo que tanto deseaba ver el nuevo mundo, dándome el parabien de las riquezas que en él habia, teniéndolas ya aplicadas para mi regalo y vejez, como si las poseyera, y hubiera ganado; salí de la posada en busca de algunos amigos para mi abono, y nueva informa-

cion, deparándome mi buena suerte quatro, que á pretender hábito de Alcántara, por sus dichos no le perdiera. Llegóse el lunes, y metida nuestra ropa en el galeon S. Francisco, con mucha alegría dando velas al viento, empezamos nuestro viage, con la prosperidad que se puede encarecer. Pero en la mar, padre, ha de haber de todo, y para saber de bien y de mal, en la mar se aprende. Ibamos en nuestro galeon con el mayor contento del mundo, metidos ya en el golfo; pero duró poco la alegría, con una inopinada tormenta que nos vino, aunque primero de nuestro venidero daño, no nos faltáron innumerables presagios, como fué el ver descubiertos los delfines por el agua, siguiendo los unos á los otros, obscurecerse el Cielo, negando la claridad del Sol, con ser medio dia, y estar el ayre como si fuera de noche, cubierto de negras, y espesas nubes, alborotarse los vientos, encontrándose con tanta furia, que impedido el paso, como de zelosos toros eran los bramidos; con esto la mar descubria su cen-

tro, levantando sus olas hasta las estrellas, y nuestro pobre galeon subiendo á visitarlas, y en breve rato baxando á los abismos: pues para remedio y alivio de nuestro trabajo, no se olvidaban las nubes de quando en quando enviarnos su fresco rocío, y tan frio, que se aventajaba al mismo yelo, mezclandose con él un grueso y áspero granizo, de modo, que si de alguna ola saliamos libres, no podiamos dexar de quedar remojados, y aun se podia todo esto llevar con sobrada paciencia, á no ver ya tan cercana á nuestros ojos la guadaña de la amarilla muerte. Aquí era el dar alaridos, confesando cada qual sus defectos á voces, llamando á San Telmo que nos socorriese. Quien no sabe rezar, métase en la mar, dice el comun adagio; y con justa razon en nosotros se pudiera ver la experiencia, pues no habia hombre que tratase de otra cosa, sino de hacer actos de verdadera contricion, pedir favor á los Santos, prometer romerías, qual á Jerusalén, Santiago, ó Guadalupe, qual de ser Religioso en el mas recoleto *Mo-*

nasterio: mirábamelos yo, y consideraba quan discreto andubo aquel Hércules Egipcio, que llegando á Cádiz, y echando de ver tanta agua como se descubria, dexó escritas aquellas celebradas palabras: *Non plus ultra*; de aquí no hay que pasar, como si dixera: Vengan trabajos, y persecuciones por la tierra, pero en el agua, ni por imaginacion son llevaderos. De la tierra se crió el hombre, ella le sustenta y cria, en ella vive, y á ella ha de volver, y que se halle mal sin ella, es justa razon.

Vicario. Segun veo, hermano Alonso, muy mal está con los navegantes, y á mucho riesgo ponen su vida.

Alonso. Así es verdad, padre, pues hasta hoy ninguno ha navegado, que no haya sido con extremo peligro: fuera de aquel segundo padre de las gentes Noé, con el navío que andubo sobre las aguas, como llevaba salvo conducto de Dios, no pudo padecer naufragio: y los hombres fiados en una incierta esperanza, imitando al primer inventor, que con traza del Cielo li-

bró á sus hijos, y tanto número de animales, arrojándose como dicen, al agua; toman con sus manos la muerte, y codiciosos de humanas riquezas, vienen á dexar en la demanda lo que poseian, y á perder quanto estaba ganado, justa paga de su ambicion, y desenfrenada codicia.

Vicario. ¿En efecto, hermano, el primer navegante fué Noé? ¿y el primero que andubo sobre las aguas, con estas casas hechas de madera?

Alonso. Así es la verdad, padre, porque ántes del universal diluvio, no habia necesidad de esta trabajosa traza, para la comun comunicacion y contrato de una parte á otra, porque la tierra estaba toda junta, sin haber division de mares, que la apartasen y dividiesen. Los montes y alturas que ahora vemos, todo era llano, no habia estos cerros de bastas y duras peñas, con tantos altos y baxos; pero como los pecados de los habitadores del mundo irritasen á la divina Justicia, abriéndose las cataratas del Cielo, anegó todos los vivientes, quedando solos libres

los que con Noé estaban en el arca, y acabado el diluvio, recogiéndose despues el agua, hizo division de tantas tierras, islas, y montes, causados de las arenas, que del raudal de la corriente eran traidas de una y otra parte, como amontonadas á un lugar, y á otro. Movido, pues, el gran Patriarca de la pobreza de sus hijos, deseando la muchedumbre y aumento de ellos, ó que por ser tantos en número, que la tierra en que habitaban no era suficiente, fuéron discurriendo por diversas partes llevados por la divina providencia con nuevos navios, fabricados á la traza y modelo de su viejo padre, Noé. Y aun de aquí vino, que llegando á Italia le llamaron Jano, pintándole con dos caras, como persona que habia visto el tiempo pasado ántes del diluvio, y veia tambien el presente en que estaba, despues de tan infelice ruina.

Mas dexado esto á parte, que toca mas á los historiadores, despues de innumerables tormentas, hambres, necesidades, forzosos lances de los que navegan. Llegamos á Mexico, adonde sal-

tando en tierra, dímos mil abrazos á nuestra antigua madre, materia primera de nuestro comun enemigo y mayor contrario. Tomó en la Ciudad el señor mi amo posesion de la vara de Alguacil mayor, y exercitó el oficio de tal modo, que dando gusto á todos, ganaba de comer, y aun de cenar, que no se contradice el tener el mando, y el palo para dar gusto y favor á sus amigos en las cosas que no son contra justicia, y buen gobierno de la Ciudad: yo tambien de mi parte me iba acomodando con mi señor, imitándole en lo bueno su condicion y aplicando lo mejor que podia para gastos quotidianos, algunas niñerias, que por sí eran de poca monta, y juntas subian á gran suma y cantidad, de modo, que en breve tiempo, aunque entré en México sin un quarto, me vine á hallar con quinientos ducados, ganados en buena guerra, de pura industria, y diligencia mia, prometiéndome, si así iba creciendo mi caudal, en breve tiempo dos mil ducados. No sé, padre, qué se tiene esto de desear un hombre subir á mayor

fortuna, el verse metido en ocasiones de ganancias, el manosear cada dia el dinero, pues con ser yo persona de moderada conciencia, algo estitico, no tan perdido como algunos que yo conocia, que no dexaban roso ni belloso, y en viendo la suya, como buenos tiradores, mataban la caza al vuelo, se me iban abriendo los ojos, no para seguir la virtud, sino para el aumento de mi caudal, y hacienda, con ánimo de hacer algun grandioso empleo en que doblase mi ganancia, y como lo imaginé, lo puse por obra, pues comprando unos fardos de lienzo, los entregué á un Capitan conocido de mi amo, que pasaba al Perú, y con su buena correspondencia y trato, dentro de diez meses me envió diez mil reales, con que empezé á levantar cabeza, teniendo de mi parte á mi madrastra fortuna, tan amiga entónces, que cosa no intenté, ni en mercaduría puse mano, que los dos tercios no hallase de provecho, y ganancia. Con tanta priesa fuí subiendo, que en breve tiempo llegué á lo que otro, en muchos años, por mas cuidado que

tubiera, no pudiera llegar. Yo, yo era el exemplo de la buena suerte y ventura, el señalado con el dedo de los nobles de México, por la grán mudanza en tan pocos dias, el estimado por la riqueza, el que podia prestar y dar favor á mi amo, por verle, no con aquella sobra y abundancia que yo quisiera, pues algunas veces le prestaba para el gasto de casa', porque aunque él llegó con buenos deseos de recogerse en la Ciudad, y en el oficio que tenia ganar de comer, no los puso en execucion, ántes con dos desaguaderos de jugar, y Damas, fué polilla de lo que habia traido de España, y destrucion de quanto entraba en su posada, viniendo á ser el negocio de suerte que andaba ya comido por servido: pero como yo hombre poderoso vivia ya en casa de por sí, tenia quien me sirviese, y mi señor acudia á mi posada, tratándome con respeto, como persona que me habia menester: que estos son los milagros que se ven muchas veces, y las vueltas que sabe dar la rueda de la fortuna, suben unos con alas de viento, de adonde precipi-

tados vienen á caer otros hasta lo inferior de la tierra, y si vuelven á nuevas pretensiones, son con pies de plomo. ¡Oh vidrio fragil y quebradizo! No son las Indias para todos: tantos perdularios andan por allá, como por España, quizá fiados en que la comida no cuesta dineros, y á ninguno le falta, y como no beba vino, en qualquiera casa se la daban. A muchos, padre, he visto ir á Indias, y volver tan rotos como quando salieron de su patria, grangeando solo del viage algunos dolores perpetuos de brazos, y piernas, tan rebeldes á la zarzaparrilla, y palo santo, que ni bastan sudores, ni azogue para echarlos fuera.

Vicario. Ese, hermano, es el fruto que se coge de la sensualidad, y paga que se da luego de contado, por el breve deleyte que tuviéron.

Alonso. En efecto, padre, á mí podian contarme por el mas afortunado, mas rico, y de mas crédito de la Ciudad, respetado de todos por mi riqueza, como si por tenerla yo les hiciera á mis vecinos alguna merced, los fa-

voreciera en algo, los tratára con mas amor y caricia, ó para remediar sus necesidades los fuera á visitar á sus casas, ántes en lugar de ser agradecido á las mercedes que Dios me habia hecho, sacándome de un humilde, y baxo estado, para ponerme en el que otros tenian mejor merecido, habia cobrado un Espíritu altivo, una arrogancia insufrible, un mirar á los pobres tan á lo señor y grave, que con justa causa los que me habian conocido se pudieran maravillar de mi poco saber, y demasiada locura. O quantas veces por no llamar á uno de vm., allá por rodeos decia: El señor fulano queria esto, y no ha lugar. Quan poco me costaba una buena palabra, y ya que no tenia miel en la orza, la pudiera tener en la boca, y grangear voluntades, y aficion de un vulgo, que no hay cosa de mayor estima, que ser amado y querido un hombre en el pueblo, donde ha de vivir el tiempo que Dios le diere de vida, ni cosa peor, ni que mas se haya de evitar, como cobrar nombre de mal criado, descortés, y mal trato; como si el ri-

co, y noble, por ser afable y amoroso con todos, perdiese algo de ser quien es. Pero al fin, el tener es como el saber: la ciencia dicen, que causa hinchazon, y que es hermana de la riqueza, pues engendra soberbia, bien al contrario de los dones y gracias del Cielo, pues el mas rico de bienes espirituales, mas humilde, afable, amoroso, y bien hablado, el mas docto del conocimiento, de mayor importancia, mas sabio, y entendido en echar de ver sus principios, fundamento, y origen de adonde salió á la vida que tiene, cuya estabilidad, y firmeza es un poco de ayre, que en faltando se acaba todo. Ninguna de estas cosas se me ponia delante, y como el que sabe de mucho mal, poco bien le basta, con mis gananzuelas no habia como yo molino de viento. ¡Oh qué de vanidad criáron mis cascos, que prolongadas esperanzas que tuve, y quantas promesas me hice con mi buena suerte, como si estuviera en mi mano ir prosiguiendo de un mismo modo, y las cosas del mundo no tuvieran vaybenes! El que mas subido

está en la cumbre, suele resvalar, y deshacerse las cejas, y el mas levantado árbol, con el tiempo se pierde, faltando quien le corte, retrato de mi dicha: tenia abundancia de bienes, amigos que me favorecian, y acreditaban mis negocios, navegaba en la prosperidad que podia desearse, á vela, y remo: y quando mas descuidado estuve, dí con todo al traste, perdiendo en una hora, lo que en muchos meses habia adquirido. Tuve noticia, que iban unos amigos mios, con quien yo tenia particular amistad, á la China, y que llevaban lienzos, paños, y otras mercaderías, que en aquel Reyno se gastan, con grande ganancia de los mercaderes. Yo, pues, deseoso de salir de una vez de cuidado, y quedar rico, y poderoso para siempre, no contentándome con las mercaderías que tenia, busqué otra gran cantidad de ellas, que por mi buena opinion, todos gustaban de fiarme, y encomendando á mis compañeros aquella hacienda, con la demas cargazon que ellos traian: dando velas al viento, hicieron su viage tan desdichado,

y con tan poca ventura, como mis pecados, y mi sed insaciable de riquezas lo merecian. En la mar no hay cosa segura, y por buen viento que se lleve, no falta otro contrario que se oponga, como lo tuvieron cierto mis navegantes, que saliendo con gran prosperidad, á pocas leguas corrieron fortuna, de modo, que contentándose con las vidas, tuvieron por buen partido arrojar al agua cofres, fardeles, caxas, y la demas mercaderia que llevaba la nave, que ya desembarazada de aquella máquina de riquezas de que iba preñada, ligera y libre, con mas seguridad de perderse, dió vuelta á México, quedando con su venida cierto de mi desgracia, y seguro de no tener que perder, pues quanto tenia en un dia se acabó, mejor diré en un punto.

Cantabit vacuus coram latrone viator.

Dice el poeta: Que el caminante que no lleva dineros, ni joyas que le quiten, que no tendrá que temer, y que viendo á los ladrones, cantará sin pena, y yo tambien entónces pude de-

cir: Ya no tengo que temer, ni que perder, pobre era, y pobre soy, la suerte se volvió al contrario, si representé Rey siendo pícaro, pícaro me soy, venga lo que viniere.

Vicario. Gracias á Dios, hermano, que le dió tan buen corazon, para que así llevase tan grandes trabajos y penas.

Alonso. Pues no pararon en esto, porque sabida mi pérdida, empezáron á venir unas, y otras demandas de mis acreedores, pretendiendo cada uno ser anterior su deuda, y yo con un pecho varonil, y fuerte, les respondia á todos: Vuesas mercedes acudan al golfo; que él hara pago, que hartos bienes tiene en depósito, y si no se contentáren con tan buen fiador, aquí está mi persona. Con esta respuesta, algunos movidos de compasion volvian las espaldas, otros procuraban cobrar de adonde era imposible, por ser sin número lo que debia, y nada lo que me habia quedado, mas con todo eso, quise ponerme en cobro, acudiendo á la Iglesia, por no verme en otra cárcel como la pasada. Dí cuenta á mi amo, y por

su órden me presenté al Juez, haciendo dexacion de bienes, y tan pocos, que me hubiéron de dar por libre, pues á quien no tiene, el Rey le hace franco. Véme aquí vuesa paternidad, solo, desnudo, desamparado de hacienda, y de amigos, que en viéndome pobre ninguno me miraba á la cara, y si lo hacian era para deshonrarme, y con razon, pues fuí causa para que á muchos de ellos les alcanzase su ramalazo con mi pérdida, habiéndome algunos acreditado, otros prestado, y otros salido por mis fiadores, y todos ellos pagando por mí, y aunque recibida carta de lasto, para haber de cobrar, sin ninguna esperanza de jamas haberlo de recibir: pero ya que no los pagué, no fuí yo como algunos que se alzan con agenos bienes, que esconden lo mejor que tienen, y usurpando la hacienda que les diéron en confianza, retrayéndose á la Iglesia, para que sus acreedores, componiéndose con ellos, á trueco de que los paguen, los perdonan por lo ménos la mitad de la deuda, ó aguardan por doblado tiempo: pero yo, padre, ni lo

tenia, ni lo jugué, ni procuré perderla, que si fuera el negocio como yo esperaba, ninguno se pudiera quexar de mí.

Vicario. A lo ménos, hermano, ya que no pecó de malicia, su culpa fué el ser codicioso demasiado. Contentárase con una mas que razonable pasada, sin andar con tanta sed de bienes temporales, que era forzoso haber de perecer, quien tan inconsideradamente se arrojaba en un piélago tan grande, como era la codicia que traia.

Alonso. Si lo pequé, ya lo pagué con el quatro tanto, pues no hay mayor tormento como el haber tenido algun bien, y despues verse en extrema necesidad, como ciego que perdió la vista, estando con buenos ojos, sin memoria de nube, ó catarata: pero solo el consuelo que me podia quedar era lo que cada uno podia decirme: por la mar lo ganaste, por la mar lo perdiste, y como mucho de ello mal ganado, llegó el fiscal del Cielo, y quitótelo todo, que no fué poca misericordia, el querer executarte en esta vida, para despues hacer remision de tus deudas en

la otra. Con estas consideraciones determiné de volverme á servir á mi antiguo amo el Alguacil, á quien rogué me recibiese en su casa, que no hizo poco en aceptarlo, porque aunque sus ganancias eran muchas, estaba peor que yo, tan lleno de trampas, y con tantas deudas, que no le alcanzaba la sal al agua, y en el gasto de casa andábamos siempre á sal acá traidor, mas no tenia otro remedio, ni adonde me pudiese recoger. Alabé á Dios con lo que tenia, que adonde fuerza hay, derecho se pierde, y aun lo tuviera á mucha ventura, si aquella comodidad que me habia quedado, me durára hasta volver á España, que al fin, ya sabia su condicion, y mal, ó bien allá pasaba: pero para un desdichado no pueden faltar trágicos sucesos, y mas para mí, que era terrero de desdichas, pues quando mas descuidado estaba del rayo que venia sobre mí, hubo de cogerme, dándole á mi señor un dolor de costado de tanta malicia, que al quinto dia pasó de esta miserable vida á la otra eterna, y con su muerte resucitaron todos

los que de temor de la vara estaban muertos, y entrándose por casa, no dexaron estaca en pared, (aunque para decir verdad, harto poco habia). Quedé yo de este saco en la calle, y en cuerpo, con mi espada debaxo del brazo, como quien pide para el soldado, y á tiempo que los galeones de España acababan de llegar al quarto, siendo para mí esta nueva de tal consuelo; y acudiendo á la mar, hablé á un Capitan, suplicándole me recibiese por soldado en su compañía, prometió de hacerlo, y á pocos dias, habiendo hecho la embarcacion, partimos de México y con próspero viento venimos á Cadiz, trayendo nuestro galeon innumerables Indianos riquísimos; á quien Dios habia dado buena suerte, para traer á España tantos bienes, quando yo venia tan pobre, que con solo haber comido, y con cien reales que alcancé de paga, llegué á Sevilla. Pero, padre, ya se va haciendo de noche, déxese aquí nuestra plática, que ya es hora de acogernos á nuestro Convento.

Vicario. Bien dice, hermano, que ya es tarde, vuelva la hoja, y acuérdese adonde dexamos el cuento.

CAPÍTULO IX.

Cuenta Alonso como llegó á Sevilla, entró á servir un Autor de comedias, y lo que pasó con él.

VICARIO.

Quedamos, hermano, en Sevilla, despues de haber venido de México, y bien echará de ver que le escucho de buena gana, pues no le pierdo punto de sus jornadas, prosiga con su discurso, que la tarde tenemos por nuestra.

Alonso. Con no poca pesadumbre, imaginativo y suspenso me ví á la orilla del rio de Sevilla, considerando mi contraventura, la mala traza que tenia de vivir, el modo que habia de guardar para adelante, adonde me podria acomodar para no dar al traste con el poco dinero que me habia quedado, quando volviendo la cabeza, hallé cer-

ca de mi un hombre de gentil presencia, bien aderezado, cuyo hábito obligaba á tenerle algun género de respeto. Miróme con alguna aficion, y viéndome melancólico me preguntó: ¿Hidalgo, es de esta tierra? Si soy, le respondí, y poco ha que llegué á esta Ciudad, pues como desgraciado, aunque vine en la flota, lo que ella viene de rica, estoy yo de necesitado y pobre, y tanto, que habré de buscar á quien servir, pues no tengo otro remedio, y no será de nuevo para mí el saberlo hacer, pues en este exercicio he gastado mucha parte de los años que tengo, y no con disgusto de los amos que he tenido. Pues no llega á mal tiempo, dixo el gentil-hombre, porque yo soy Autor de una compañía de amigos que traigo conmigo en la representacion, y si gusta, podrá servirme para tener cuenta en el vestuario con la ropa, y vestidos de la comedia: que dexando á parte, que le trataré, y pagaré muy bien, podria ser que fuese de tan buena gracia, que se quedase con nosotros por uno de los representantes. Yo, pa-

dre, que tenia alguna noticia del modo de vivir, y trato con que se pasa en la comedia, no me pareció mal su ofrecimiento, y por no perder tan buena ocasion, le respondí: Antes, señor, recibiré mucha merced en quedar por su criado, y creo, tengo de ser de mas provecho que otro, porque soy buen escribano, leo bien, y hago (aunque malos) algunos versos, peste que se me pegó de quando fuí un tiempo estudiante de Salamanca.

Vicario. Tan bien avenidos los veo, que poco será menester para concertarlos.

Alonso. Así es, padre, porque diciendole yo gustaba mucho de servirle, y habiéndome concertado con él, de que me daria doce reales cada mes, nos fuimos los dos á la posada, y en el camino me leyó la cartilla de lo que habia de hacer, y fué el escribir cada dia los carteles, ir á la una á guardar la puerta, hasta que mi amo llegase á cobrar, y despues acudir al vestuario á tener cuenta con los cofres, y ropa que habia de servir en la comedia. Pare-

cióme trabajo moderado, y que para mi condicion, y natural, habia de ser muy llevadero. Prometí de hacerlo como se me proponia, y despues luego empecé á exercitar mi nuevo oficio. ¡Oh quánto puedes necesidad, y á quanto obligas, qué de torres has hechado por el suelo, y quantas dificultades has allanado, qué de voluntades has torcido, y á qué de ignorantes has enseñado! Haces hablar los mudos, humillar los soberbios, das animo á los flacos; y á mí que poco tiempo ha me ví en el cuerno de la luna, y que para que hablase una palabra, era menester primero ser lisonjeado, me truxiste á la miseria y desdicha á que pudo venir un hombre, para quien era poco la riqueza que en sus entrañas encierra la tierra, usurpa el mar, y el Sol engendra en los mas ocultos, é inhabitables montes; á todo me hube de poner, unas veces servia de dragon en algunas comedias de Santos, otras veces de muerto, si habia representacion de alguna tragedia; tal vez de baylarin, quando el bayle era de á seis, que metido entre otros razonable-

mente podia pasar con mis malas piernas: en los entremeses tambien hacia mi figura, procurando siempre dar gusto á mi amo, porque si va á decir verdad, él lo merecia, y yo me preciaba de hombre de bien y agradecido. No se podia decir por mí lo que de otro mozo, á quien alababa su señor, por no conocerle su condicion, ni saber el intento con que hablaba con él. Pero paréceme que salgo de la materia, quédese para otro dia.

Vicario. No, hermano, digalo, que de espacio estamos, y es muy temprano, que aun no serán las tres de la tarde.

Alonso. Pues vuesa Paternidad gusta, va de cuento; Servia á un Caballero de Andalucia, un mozuelo de buena edad, y de mejor traza, con tanto cuidado y diligencia, que con justa causa pudiera ser envidiado de los mas serviciales criados de su tiempo, y no contento con su continua puntualidad, en todo quanto se le mandaba, tenia unas razones tan comedidas, y tan bien dichas, que obligaba á tenerle particular amor, y aficion. Su ordinario decir era: Dios

quite de mis dias, y ponga en los de vm. El Caballero con estas cosas, tan agradecido y obligado, no se llegaban á corrillo, conversacion ó visita, que no hablase de la merced, que Dios le habia hecho en depararle un tan buen mozo como el que tenia. Contaba sus gracias, su cuidado, su fidelidad, y sobre todo su grande amor, pues continuamente rogaba á Dios, quitase de sus dias para poner en él, cosa bien contraria de lo que se usa en los criados de estos tiempos, pues son como enemigos domesticos inevitables, que se han de querer, y buscar, aunque no querais, y no hay pasar sin ellos. Tuvo el Caballero necesidad de hacer una breve jornada, y en su compañía hubo de llevar por lacayo ó mozo de espuelas á su criado, á quien tanto queria: el tiempo era por invierno, trabajoso, y el camino peor, por haber de pasar un puerto de grande aspereza: de modo, que en la cumbre de él se levantó una borrasca, con tanto rigor, de un ayre frigidísimo, que fué ventura con tanta ventisca, no quedarse amo, y

mozo sepultados en aquella blanca, y quaxada nieve. Animábanse los dos caminantes, ya con una bota que llevaban, ya con gritos que servian para que las mulas cobrasen esfuerzo, y no atollasen perdiendo la vereda, que ya estaba casi cubierta. Considerando, pues, el gran peligro en que estaban, y el trabajo que padecian, dixo el mozo á su amo: Señor, señor, estos son los dias que yo suplíco á Dios quite de mí, y ponga en vm. para que mejor se conserve el individuo. Quedó con esto el Caballero desengañado del criado que tenia, y de allí adelante dexó de alabar las lisonjas con que le trataba. Pero mi Autor hallaba en mi trato, y modo con que le servia una llaneza, y una admirable inclinacion á favorecerle en quanto era posible: de suerte, que quando no fuera de tan buen entendimiento como era, manifiestamente echára de ver quan sin dobléz procedia en todas las cosas que estaban á mi cargo, que no eran de poca pesadumbre: ya en los caminos, porque habiamos de andar de quince en quince dias de un pueblo en

otro, hecho gitanos, con nieves y aguas: de venta en venta, pasando las incomodidades que en semejantes caminos se padecen. Y no era el peor haber de contentar á tantos, adonde hay tan diferentes pareceres y gustos: qual decia mal de la música, qual del verso, y mala traza de la comedia, de la pobreza de conceptos, del estilo, y modo de decir tan llano, y ordinario; si las mugeres eran ya de dias, poco ayrosas, los representantes mal aderezados, de poco cuerpo, arrogantes, de malas acciones, qual recitaba llorando, qual se turbaba por no acordarse del pie que le daban, sin haber falta que no se dixese, ni delito por pequeño que fuese, que no se sacase al tablado: y lo que era peor, que los que mas mal hablaban y con mas libertad, eran, ó los que no lo entendian, ó habian entrado á oirnos de valde. No pocas dificultades pasan los pobres Autores, ya en los ensayos, ya en si salen mal las comedias, que no todas veces los poetas aciertan, y por una mala representacion, aunque otras muchas hayan hecho buenas, en-

fadados los oyentes, no vuelven otro dia, y con poca gente, y ménos ganancia, siendo mucho el gasto, que dan los pobres asolados y perdidos, y asi no hay Autor que no esté empeñado, lleno de deudas, y por maravilla alguno llegó á ser rico. Si hay mucho calor no se viene á la comedia. Si el invierno es riguroso, ó llueve, no se puede salir de casa. Si algun Príncipe muere, quítase todo género de entretenimiento, y los comediantes han de dexar su trato, y buscar que comer, ó modo de vivir.

Vicario. Yo me acuerdo, hermano, que estando en el siglo, entre personas doctas, oia decir mal de las comedias, por ser acto donde se ofende á Dios, aprendiéndose en él, libertad, deshonestidad, y cosas, que la malicia humana cada dia enseña.

Alonso. En eso, padre, lo que puedo decir es: Que reynándo el sabio y prudente Rey Don Felipe segundo, por evitar algunos inconvenientes, y por mayor honestidad en las comedias se quitó el representar las mugeres por pa-

recer, que el verlas vestidas curiosamente, ya de su trage, ya del de varon quando se ofrecia, incitaba á torpes, y deshonestos deseos, y así se mandó que en su lugar fuesen los representantes muchachos de mediana edad, y de este modo se representó algun tiempo. Despues, pareciendo ser cosa tan impropia, que á un varon se le digesen palabras amorosas, se le tomase la mano, ó llegase al rostro, se volvió la representacion á lo que de ántes; pero con algun límite, mandando á las mugeres, quando se hubiesen de vestir de hombre, fuese el vestido de modo que cubriese la rodilla, guardando en todas sus acciones, honestidad y compostura, poniendo á las que tan justo mandamiento no obedeciesen, rigurosas, y muy graves penas. Y me acuerdo haber quitado á una muger que no saliese al tablado, porque se decia de ella, que no representaba con aquella compostura y gravedad, que era lícito en semejantes actos, procurando siempre que no desdixese á la política honestidad que debe guardarse,

así en público, como en secreto. Verdad es, que los Gentiles como gente sin razon, ni Dios, como bárbaros, sujetos á sus torpes y bestiales deleytes, en sus representaciones procuraban de hacerlas tan al natural y propio, que si en la tragedia (como es forzoso) habian de morir dos, ó tres personas, en el mismo tablado les quitaban la vida los mismos representantes y para esto sacaban de las cárceles los que estaban condenados á muerte, como se hizo muchas veces delante de los Emperadores Daciano, y Diocleciano: de suerte, que como fuese posible, se procuró siempre que la industria, y arte se asimilase con naturaleza. Asi le sucedió á San Ginés representante, que por hacer burla del Sacramento del Bautismo, en una comedia que representaba delante del Emperador Romano se vino á bautizar, si en el agua no, por faltarle al ministrò idolatra la intencion de hacerle Christiano, despues en el martirio consiguió el efecto del Sacramento, bautizándose en su misma sangre, por la confesion de Christo Señor nuestro. En

efecto, padre, en quanto yo podia procuraba volver por mi Autor, y á los que decian que era cargo de conciencia dexarle estar tiempo en algun pueblo, inquietando los oficiales de su trabajo, y llevándoles su hacienda, les daba por respuesta: Si la paga de la comedia fuese excesiva, y no se gastase en otras cosas mas impertinentes, y de mayor perdicion, y desasosiego, bien fuera estorbarlo. Pero si bien se mira un Autor con tanta costa, tantos salarios, portes de viages, no salir jamas de un meson, ó venta, ¿quién podrá imaginar lo que ha menester para cumplir su gasto tan excesivo? Pues ninguna cosa de estas se hace, sino á poder de dinero. Y á los que decian ser tiempo mal gastado dar oidos, y vista á semejantes actos, llegándome á ellos, los conté el siguiente cuento.

Vicario. Yo tambien holgaré de oirle.

Alonso. En Salamanca por estar vaca una Cátedra de Visperas, se opusiéron á ella, algunos Doctores graves de la Universidad, y habiendo leido por sus antiguedades los mas de ellos, como

tienen de costumbre, uno de los Opositores dicha la licion, acabó, alegando de su justicia con decir á los oyentes de grandes méritos que tenian para la pretension que procuraba sus muchas letras, su antiguedad en los estudios, su mucha virtud, nobleza, y recogimiento, y que el señor Doctor fulano su contrario, y opositor suyo, aunque era verdad que sabia, y tenia partes para poderle hacer merced de la Catedra, pero que dexado á parte el no ser igual á sus méritos, era un hombre que jugaba, y habia echado á mal el tiempo que habia de gastar en sus estudios. El dia siguiente leyó el último Opositor, y acabada su licion, hizo á los estudiantes un breve razonamiento, en esta forma: El señor Doctor fulano, antecesor mio, en la lectura de ayer, con mucha razon alabó su ingenio, su nobleza, y virtud, que son sin número, y dignas de alabanza, á dexarme á mí que soy su hermano, pues tubimos un mismo padre, de adonde salimos todos los hombres del mundo: en lo demas, si he jugado, ó juego, tiene razon

su merced que se jugar: y asi suplico á vms. que los que no saben jugar, no voten por mí, y los que han jugado, ó juegan, me hagan merced de favorecerme. Cayóles tan en gracia el dicho á los que le oyéron, que sin faltarle un voto, le dieron la Cátedra. Así, que, señores, los que no gustan de oir comedias, los que tienen algun escrúpulo de escuchar algunas licenciosas razones, y sienten distraerse de su recogimiento y virtud, quando van á oirlas, no las vean, que justo es apartarse de lo que les es dañoso, y buscar lo bueno, pues es máxîma del Filósofo, que ninguna cosa en razon de mala, se ha de apetecer y buscar: quanto mas, que comedias se representan que se pueden oir de rodillas, como una de San Francisco, de la Concepcion, y otras de muchos Santos, adonde verdaderamente se reprehenden los vicios, y se exôrta á seguir las virtudes, y se toma exemplo para la vida: y estas tales representaciones son las que alaba el glorioso Doctor de la Iglesia San Agustin, y el Angélico Doctor Santo Tomas, y permite

el Derecho. *Vicario.* Para bien ser, hermano, así habian de ser, exemplares, honestas, sin que se oyese en ellas, ni se dixese cosa alguna mal sonante, ni descompuesta: los cantares y bayles que se dicen, y hacen, que sirviesen solo para un honesto entretenimiento, y que divirtiesen los continuos trabajos que se padecen de ordinario, no que inciten, y muevan á torpes y deshonestos pensamientos. (a)

Alonso. Está ya, padre, tan depravada la naturaleza, y condicion de los hombres, que son como la asquerosa y aborrecida araña, que de las mas vistosas y saludables flores, y olorosas

(a) Nada le quedaria que desear á el padre Vicario en esta materia, si hoy viviese: pues con ponerle á la vista las edificantes comedias de Marta la Romarantina, Pedro Vayalarde, el Mágico Finéo, y otras de este jaez, se convenceria, si no lo estaba, de que la ilustracion de nuestro teatro está en su punto; por mas que digan lo contrario los que inspirados del zelo patriótico, pretenden se destierren de él unas funciones tan útiles (á los actores), y tan portentosas.

yerbas, viene á tomar el mortífero veneno; y por nuestra desdicha, en no siendo la representacion de fabulosas, mentirosas, amorosas, enredos, invenciones, y casos, que admiren los ingenios y entendimientos de los oyentes, no dan gusto, ni hay quien las vea, sacando, como se saca de su verdadero quicio y camino para lo que se inventáron, y permitiéron las comedias, que en otros tiempos eran la sal de la República, el espejo de la vida, la entrada y licion de los ignorantes, y el desengaño, y luz de los que poco sabian. Viase en ellas un mozo libre, vicioso, y perdido, sin respetar á padres, ciego tras sus locos devaneos, en breves años sin hacienda y salud, puesto en un hospital. La dama festejada del vulgo, servida de todos, enamorada de su hermosura y mocedad, como otro Narciso en la flor y verdor de sus años desengañada del tiempo á costa suya, olvidada ya de los que mas celebráron sus dichos, estimáron sus desvios, y desdenes, y como sin seso adoráron sus favores. Hallábase en ellas un criado

mentiroso, un dispenséro ladron, con mas bolsas que Judas, un amigo fingido: un gracioso desvergonzado, adulador, y descubridor de faltas agenas, y que no se sabian: un hablador maldiciente, mentiroso: un fingido hipócrita llorona: una casada descuidada de sus hijas: y un padre sin cuidado de criar bien, y refrenar la libertad de sus hijos: un Gobernador, que se descuidaba del aprovechamiento, y buen gobierno de su República: y una criáda destruidora del honor, y hacienda de sus amos. Estas eran las comedias antiguas, representaciones, exemplares, libros que enseñaban á bien vivir, y en cada palabra decian una sentencia, con que satisfecho el entendimiento, viendo á la vista ya el premio, ya el castigo, seguia el uno por evitar el otro, y si en nuestros miserables tiempos, no se hacen, ni representan con la rectitud y llaneza que solian. Cuidado tiene el Real Consejo, y las justicias de no permitir cosa que desdiga de la honestidad, buen nombre, y virtud. Y en el Reyno de Aragon jamas

se permite representar comedia ninguna, sin que primero no se haya censurado, y corregido por el Vicario, ó Provisor de aquel Obispado, y en hallando alguna falta, se les manda á los Autores que no la representen.

Vicario. ¿Ahora dígame, hermano, acerca de los comediantes, qué le parece, seria mejor que no los hubiese, ó son de provecho á las Repúblicas? Porque en verdad, que holgaria de oir lo que siente acerca de la representacion.

Alonso. Pregúntame vuesa Paternidad una dificultad, y no pequeña, pues me ha de ser forzoso el responderle con la fábula del divorcio de la leona, cuyo testigo dicen, que fué la raposa, y así me ha de dar licencia para que le diga.

Vicario. Yo le escucharé de muy buena gana. Bien puede decirla, que atento estoy.

Alonso. Enojada la leona con su marido el leon, viendo sus crueldades, y desabrimientos que con ella tenia, y el poco amor que la mostraba, procuró de apartarse de él, y dexarle: y como

el casamiento, y vínculo del matrimonio no se pueda dirimir, ni deshacer sin legítima causa, pareciendo ante un juez, que los dos eligiéron, de mancomun para este efecto y pleyto. Alegó la leona que su marido el leon era insufrible, mal acondicionado, intolerable; y sobre todo, que el mal olor de boca que tenia, bastaba á inficionar un exército. Corrióse mucho el leon con este capítulo, y para su descargo pidió tiempo en el qual queria presentar testigos, probando ser falso lo que la leona alegaba contra él; concediósele, y para su probanza, llamó al lobo á quien le dixo: Ya, hermano, sabréis el pleito que la leona me ha puesto, las sin razones que conmigo usa, y la mala reputacion en que forzosamente he de quedar, si sale con lo que pretende, por vida vuestra que mireis por mi justicia, pues no perderéis nada en favorecerme, diciendo si es verdad que yo tengo mal olor de boca. Agradeció el lobo la buena voluntad que el leon le mostraba, y pidióle, que abriendo la boca le echase el vaho, y haciéndolo así, le dixo: Señor, si va á decir ver-

dad la leona tiene justicia, y á vos os huele mal el aliento. ¡Oh mala bestia! respondió el leon, y eso habeis de decir contra mí, pero no os iréis sin castigo, y alzando la mano, con las uñas le hizo pedazos: y procurando de nuevo mas testigos, llamó al oso, á quien le costó caro el decir lo que sentia. Pero necesitado de buena probanza, y que los testigos hasta ahora no le habian sido nada favorables, se fué en busca de la raposa, á quien rogó, pues sabia bien la razon que tenia, no dexase de ser en su favor, y para que entendiese estar de su parte la justicia, él queria dar bastante muestra, y llegándose á ella la boca abierta, la echó el vaho, diciéndola: Que le oliese, para poder decir con verdad, si tenia mal olor ó no. Atenta estuvo la raposa á quanto el rey de los animales habia dicho, y por no ser parcial en pleito de adonde no podia salir muy bien, le respondió: Prométoos, señor, que como soy tan desgraciada, que de dia no me dexan un punto, sino que de noche tengo de andar para hacer mi vida: y estas noches pasadas han sido tan

frias, y ha llovido tanto, que con las muchas frialdades me ha venido un romadizo tan grande, que no me ha dexado narices, ni ojos, los unos para ver á que parte vaya, y las narices para juzgar de olor, y así no os puedo servir en lo que me mandais, que á no estar tan arromadizada, hiciera quanto quisierades. La fábula responde á vuesa Paternidad, pues lo que veo, padre, es, que van á verlas personas discretas, doctas, y de buen gusto, gente virtuosa, recogida y buena, y que dicen que el oir una buena comedia, es el mejor rato que se puede tener, y de mayor entretenimiento, y lo que es peor, que de mí sé decir, que si me fuera lícito con este hábito ver las representaciones, ninguna perdiera: (a) mas en juzgar yo en pro, ó en contra, ni me determino, ni sabré dar mi parecer, adonde hay tantos y tan buenos juicios de una, y otra parte, cada uno siga lo que mas gustare. *Vicario.* ¿En efecto, hermano, lo dexa indeciso?

(a) No debia en aquel tiempo de haber lo que hoy llaman *la tertulia.*

Alonso. Esto es lo mas seguro: y volviendo á nuestro cuento (que ha rato que me divertí de la materia que trataba) estuve con mi Autor año y medio, que fué milagro para mí perseverar tanto tiempo, y causólo el ser mi señor tan hombre de bien como era: haciame buen tratamiento, dábame bien de comer quanto queria, y pagábame mi soldada, sin quedárseme con cosa alguna, negocio que obliga á un criado (si es que tiene buen juicio) á servir con mas voluntad y veras. Dexado aparte de que mi amo era virtuoso, gran limosnero, muy recogido, y en sus compañeros no consentia que hubiese mal trato, ni término que desdixese de una buena correspondencia. Las mugeres que venian con él, aunque de muy buen parecer, eran honestas, virtuosas, y si algunas ha habido en otras compañías de buena opinion y fama, eran las que venian con nosotros por excelencia de las mas recoletas: (a) con estas cosas, y con tener yo ami-

(a) Algunos creen que los Comediantes, es gente en quien no puede hacer asiento

gos de mi humor, y condicion, me hallaba muy bien, y me estuviera algunos años de este modo, porque ya me iba alentando á salir al tablado, y hacia algun papel de embaxador, page ó guarda; otras veces en acompañamiento, tocaba el tambor si habia guerra, y tal vez hubo que dixe una columna entera sin errarme, y de ver ensayar las comedias cada dia, casi las sabia de memoria. Habiame prometido mi Autor de que para el Corpus siguiente habia de representar, y darme racion como á los demas compañeros, diciéndome, que tenia demasiada de buena gracia, y buen talle para quanto quisieran hacer de mí: y verdaderamente yo saliera con ser comediante, á no sucederle á mi amo una notable desgracia, y fué, que habiendo de representar un dia la comedia del Mercader amante, de Aguilar el Valenciano, y acudiendo mucha gente á la

ninguna virtud: y he aquí unos que puedes servir de pauta ó regla, para vivir en otros estados ménos expuestos.

puerta, púsose mi amo á cobrar de los que entraban, y metióse entre los que iban pagando un mozuelo, con tanta priesa y fuerza, que sin poderse valer mi Autor dió con él en el suelo, lastimándose un poco en la frente, y mojado del mal término, y de verse herido, dixo al mancebo: Cuerpo de tal con él, no mirara lo que hace, y entrára con seso: Para quien él es, demasiado traigo, respondió el mancebo: Pero mi amo que no habia menester mucho, y que no sabia de burlas, ni sufrir semejantes desverguenzas, diciendo y haciendo, con el talego del dinero que tenia en las manos le dió tal golpe en la cabeza, que le derribó muerto á sus pies. Alborótose la gente, acudió la justicia, huyó mi dueño, y púsose en cobro; y quedóse la comedia, y todos los de la compañía con la falta del pastor como las obejas sin manso. Era muy emparentado en la Ciudad el muerto, y procurando la venganza que ya no tenia remedio, asiéron de los cofres del vestuario, y toda la ropa que allí estaba, dexándonos sin ningun refugio, aunque yo no estaba

el peor librado, pues siempre en mi pecho traia para no menester 200 reales en escudos de oro, sin otras joyuelas de poco valor. Y considerando lo que habia de hacer ántes que mi dinero se acabase, determiné de volverme tercera vez á Sevilla, porque siempre en ella habia hallado adonde acomodarme con mas facilidad, pues como en Ciudad rica á nadie falta en que poder ganar de comer. No tuve corazon para despedirme de mi Autor, compadecido de su desdicha, y así, habiendo oido pregonar una mula de retorno para Sevilla, que estaba treinta y seis leguas del pueblo de adonde salia, fuí en su busca, concertéme con su dueño, y luego partimos: pero porque parece que el Cielo quiere hacer alguna mudanza, ántes que llueva nos podrémos ir, dexando en este punto nuestro comenzado suceso.

Vicario. Vamos, hermano, y démonos priesa, que si no me engaño, un gran golpe de agua nos ha de coger ántes que lleguemos á nuestro Convento, y advierta donde queda con su discurso.

CAPÍTULO X.

Da cuenta el hermano Alonso á su Vicario como entró á servir á unas Monjas, y despues vino á ser donado.

ALONSO.

Una mala costumbre adquirida de muchos años, verdaderamente, padre Vicario, que es muy mala de perder, y el que la dexa no hace poco. Estaba yo acostumbrado á tener mi comida cierta, sin que andubiese puesta en opiniones, si habia de faltar á su hora; negocio, que bien considerado, no es el menor de los bienes, poder descuidar de semejante carga, pues los trabajos que se padecen, todos van encaminados á este pan de cada dia, pues como árboles puestos, y plantados al revés, tenemos necesidad de ordinario riego, para que este húmedo radical de nuestra vida, no se consuma y seque. Llegado á Sevilla, (que en su camino quedamos, si bien tenemos memoria) dí un doblon al dueño de la mula que me habia traido, y apeéme en la lonja,

donde me puse á considerar un rato del primer amo que allí habia tenido, y lo mucho que con él habia pasado, hecho mozo de espuelas tras una mula trotona, que como mi amo era hombre de opinion, y Sevilla es grande, no habia calle que no andubiese dos veces al dia; y echando de vèr que tenia pocos dineros, y que era forzoso el gastarlos, ó buscar algun arrimo en que entretenerme, puse los ojos en un Religioso que acertó á pasar á caballo, y viéndole que iba solo, no queriendo perder la buena ocasion que se me ofrecia, le llamé, diciendo: Padre, suplico á vuesa Paternidad me espere, y escuche: Volvió el Frayle la cabeza, detuvo la mula, y en llegando yo, me dixo: ¿qué le queria? Saber si soy menester acaso para servir á vuesa Paternidad, le respondí, porque en qualquiera cosa que me quiera ocùpar, lo sabré hacer con mucha diligencia: ahora pues, venid conmigo, me dió por respuesta, que yo soy Vicario de unas señoras Monjas, y habeis llegado en ocasion que hemos despedido á un mancebo de vuestro cuerpo y talle, y

podrá ser que os recibamos en su lugar, y lleveis su salario con la bendicion de Dios; yo iré donde vuesa Paternidad me mandáre, le respondí; y así con tan breve concierto, poniéndome bien la capa y sombrero, me fuí tras él, y entrando en la portería de un Monasterio de Religiosas Bernardas, dándome la cavalgadura que la recogiese, me dixo: ¿Cómo os llamais, hermano? Mi nombre padre, le respondí, es Alonso: así seais vos como el nombre teneis, replicó el Vicario; pero suélese decir, que no corresponden con las obras, daos priesa que es medio dia, y los demas Religiosos me estarán aguardando para comer; así lo haré, dixe, y desensillando la mula, y poniéndola en el pesebre, entré en una quadra donde hallé sentados seis Frayles, como que estaban para bendecir el refitorio, estúveles mirando, y consideré el modo de las Religiones, su manera de proceder y término, y como aun de lo que es sustento ordinario, saben sacar mérito, y aumento de nuevos bienes, bendiciendo á Dios que tiene cuidado de acordarse de ellos, dándoles con li-

beral y generosa mano lo que es suficiente para su vida: no de la suerte que otros van á la mesa, que imitando á las bestias, se sientan á ella, sin hacer memoria del bien que reciben, pagando con ingratitud la largueza y misericordia que se usó con ellos, debiendo considerar quantos en aquel tiempo, y en aquella misma hora que á ellos se les ofrece con franca mano los regalados platos, que aun aderezados con tantas diferencias de sainetes y salsas, hartos ya en ver tanta abundancia, postrado el gusto no los apetece, ni recibe, y estan otros sin número virtuosos y buenos, que por no tenerlo, ni con que comprarlo, se holgáran de satisfacer su necesidad y hambre, con la tercia parte que á ellos les sobra. Entráron, pues, los Religiosos en el refitorio, bendecidas las mesas, y dadas gracias, me diéron de comer á mí, y á otro mozuelo menor que yo, á cuyo cargo me dixéron habia de estar el acudir al servicio de los Padres, así de la cocina, como de lo que se ofreciese de algunos recados fuera del Convento, y al mio, como ya mayor,

y de mas cuidado, asistir á la sacristía, y á lo que hubiesen menester las señoras Religiosas, propiamente como ayuda de mayordomo, medio sacristan, y mandadero entero. Y de estos oficios en comiendo que comí, el Vicario me hizo un largo razonamiento, encargándome la diligencia, puntualidad, y silencio que habia de guardar, poniéndome delante el premio, y paga tan cierta de mi trabajo, con que por mayor que sea, á todos se les haçe fácil, y llevadero.

Vicario. Deseo saber, hermano, como sin dar fianzas le recibian, habiéndole de entregar la plata y oro de la sacristía, que verdaderamente para mí muy dificultoso se me hiciera.

Alonso. En otras partes, padre, siempre me pedian fiador; pero respondiales no ser posible el darle, por no tener quien me conociese, pero aquí no fué menester, porque mi Vicario lo primero que me dixo, mirándome al rostro, fué sobornarme, diciéndome: En verdad, Alonso, que teneis cara de hombre de bien, y que en ella mostrais no haber de hacer ninguna vileza, y

por eso por ahora no trato de pediros quien os fie. Y así, él satisfecho de mí, y yo contento con él, sabiendo ya lo que habia de hacer, no esperé á que me lo dixesen segunda vez. Acudia á la Iglesia al adorno de los Altares, negocio en que pudiera graduarme, por estar cursado del otro amo que tuve en el aldea, de aquel oficio, reprehendia rigurosamente á los que hablaban miéntras oian Misa. Y porque no se enojasen conmigo, poniendo la reprehension en el Sacerdote, diciendo: Señores, dice el padre que callen, que le perturban.

Vicario. Poca advertencia por cierto de personas de buen juicio, pues procuran tener conversacion y plática, miéntras se celebran tan misteriosos y divinos Sacramentos.

Alonso. Pues ha sido de suerte, que se cuenta de un hombre amigo de parlar en los Oficios Divinos, que habiéndo de oir Misa un dia de fiesta, y diciéndose el Evangelio postrero, preguntó al que tenia á su lado: ¿Vistes si alzó la Hostia el Sacerdote?

Vicario. En verdad que estaba con

buena devocion, y bien atento para cumplir con las obligaciones de Christiano.

Alonso. Acabábanse las Misas, y entraban luego otros géneros de ocupaciones, siendo correo de á pie, para lo que me mandaban las aprisionadas por el Señor, y verdaderamente, padre, que lo hacia de muy buena gana, considerando, que es obra meritoria el servirlas, y acudir á sus contínuas necesidades, que es forzoso haberlas de tener. Está preso en la cárcel uno por salteador, sacrílego, homicida, infiel, y de este tal es obra de caridad apiadarse, favorecerle y remediarle, con ser un desuella caras: ¿y no será servicio agradable á Dios el favorecer á quien por su virtud y bondad, no por delitos, sino por agradar á Dios, y servirle con mas perfeccion, se emparedáron, y metiéron detras de dos rexas? Crióse el mundo para el hombre, y con ser tan grande, aun es estrecho para él, que así lo lloraba aquel ambicioso Alexandro, y contentándose con una estrecha casa, jaula para toda la vida, sin esperanza de haber de tener liber-

tad, ni salir de la prision que escogiéron. El considerar esto, me ponia espuelas para acudir á quanto me mandaban, y á sufrir algunas prolixidades, que como mugéres, no pueden dexar de tenerlas, y de justicia el que las sirve, las ha de llevar con paciencia, pues si tienen pies, no pueden andar, y si manos, aprisionadas, ¿de qué pueden servir? Habianme dado adonde me recogiese un aposentillo, ó celda pequeña, en la qual echando mi cartabon, con particular cuidado y traza, hallé que la pared de la cama adonde dormia, era correspondiente á una sala adonde se juntaban cada semana á capítulo las Religiosas, así para el gobierno de su Convento, como para correccion de las faltas en que hubiesen çaído. Yo padre, que de mi natural condicion era inclinado á experimentar, y saber quanto me fuese posible, de parte de noche en la hora que con mas silencio y quietud estaban mis Frayles, poco á poco fuí cavando la pared con un clavo semejante á una clavija grande, que para este efecto me ofreció la fortuna, de modo que con fa-

cilidad vine á hacer un agujero bien acomodado, por parte donde no podia ser visto, para poder oir y entender quanto en la sala tratasen, y comunicasen las Religiosas, como si entre ellas estuviera presente, llegábase el dia de la junta, que siempre era en el viernes, dia dedicado á sus penitencias. Y sentada la Abadesa con sus Monjas á capítulo, despues de haber dicho cada una sus faltas y culpas, de que ellas hacian mucho caudal, siendo verdaderamente tan ligeras, que con agua bendita podian perdonarse: comenzaba la madre Abadesa su exôrtacion, y plática tan bien dicha, y con tan buena gracia, que la pudieran oir los mas curiosos, y presumidos en la retórica: poníales delante la grande obligacion de su estado, la perfeccion que debian tener personas tan de la casa y familia de Dios, á quien tan para sí las habia escogido, sacándolas del mundo, y traido á su palacio para sus verdaderas Esposas, el exemplo que debian dar á todos, así de su vida, como de trato, conversacion y plática, los peligros y ocasiones que á cada paso era forzoso se

les ofreciesen, pues quanto mas apartadas, y retiradas del siglo, son mas combatidas, y perseguidas del demonio, siendo condicion suya procurar derribar, y echar por el suelo los mas altos y fuertes torreones, para quien con mayores veras apunta, y asesta su artillería, teniendo por mayor gloria la conquista de lo mas dificultoso y dificil de alcanzar. Traíales á la memoria las promesas que hiciéron, el premio cierto que esperaban, debido con justo título el animoso pecho con que dexáron los regalos del mundo. Esto les decia, y yo me la escuchaba, y sus palabras hacian en mí notables efectos, considerando el modo, y traza de vibir, tan diferente en los hombres; el cuidado, y recato con que estan los virtuosos, y el mucho descuido, y demasiado olvido de tanta gente. Estas mis Monjas no perdonaban la menor falta que cometian, sirviendo ellas mismas de fiscal, de reo, y de juez en pequeños delitos, y acá por grandes y atroces que sean los disimulamos, paliando la culpa, como si se pudiera excusar la pena, ó se tratára con quien

no tiene ojos para mirar lo mas escondido, y oculto de las entrañas de la tierra. Veníaseme á la memoria, quan injustamente, y con quan poca conciencia ha habido quien se atreva á decir mal de las Religiosas, debiendo con justo título honrarlas, respetarlas, y estimarlas en mucho, siquiera por la casa en que estan, por el Esposo que tienen, y por la buena eleccion que hiciéron. ¿No se respeta la casa de un Rey? ¿la de un Embaxador? ¿la de un Noble? ¿Pues por qué la de Dios no ha de tener sus preeminencias, y señorios? ¿No se mira el criado, se respeta el hijo, y á un deudo de un Grande se le hace cortesia? Esposas son de quien gobierna los Cielos, y el mayor parentesco que tiene el mundo es el del divino Sacramento, y quando esto no fuera bastante, en buena cortesía, y correspondencia se debe honrar al sabio, al valeroso en armas, al cuerdo, y prudente, al exemplar, y virtuoso, pues la verdadera prudencia fué el escoger el mejor estado, dexar la vanidad del siglo, por lo verdadero y cierto. La libertad y regalos del mundo,

por la aspereza y rigor de un Convento, y lo que mas es, y la mayor victoria que uno puede alcanzar, y donde muestra mayor ánimo, y osadía, es en vencerse á sí mismo, y en negar su propia voluntad, sujetándola por Christo Señor nuestro á quien le mande, rija, y gobierne.

Vicario. Tiene razon, hermano, porque verdaderamente mas hizo Alexandro en entregar á Apeles aquella muger que tanto queria, que en ganar los Reynos que poseyó, y sujetar los enemigos que tubo debaxo de su mano. Gran sacrificio es perder un hombre su gusto, y dexar el libre alvedrío en manos de un superior que lo gobierne.

Alonso. Eso que no es nada para mí padre, sino es por Dios no se puede perder la libertad. Y aun viéndoles sin ella, hay hombres tan libres, y de lenguas tan excomulgadas que si hallan en estas Religiosas algun género de entretenimiento, es para ellos un caso gravísimo, y un delito digno de un gran castigo; pues mirad que en carne viven, y no en espíritu, de sugeto flaco son, y no de Angel. Algun genero de

alivio han de tener, que si todo es rigor y aspereza, acabárase todo, y darémos con el edificio en tierra, tiempo ha de haber para la oracion, para el coro, para el refitorio, y tiempo tambien para una honesta y virtuosa recreacion, y alivio. Llegáron un dia unos forasteros al Convento de aquel exemplo de santidad, y penitencia San Antonio, y notáron que sus Monjes tal vez se juntaban á conversacion donde en honestas pláticas se reian de algunos graciosos dichos de sus compañeros, otras veces corrian mostrando la ligereza de sus pies, y otras para dar á entender la fortaleza, que aun el continuo ayuno no les habia quitado, tiraban la barra, y saltaban: al fin, como mozos en quien el hervor de la sangre no podia dexar de hacer su costumbre. Maravillados de verlos los mal advertidos huéspedes, pusiéron capítulos de la poca modestia de los Religiosos, y á su acusacion respondió el discreto Abad de este modo: Tomó un ramo, y atando á las dos puntas un cordel, vino á formar un arco, y dándosele á uno de aquellos habladores, le dixo:

tirad bien de esa cuerda quanto pudieredes, y respondióle el que le tenia Padre, si con mucha fuerza se tira, quebraráse, y no podrá servir, que la madera es delicada, y no ha de poder sufrir lo que me mandais. Entónces el santo Viejo algo enojado, (y con mucha razon,) les dixo á los maldicientes. Débil es, y de poco sugeto, la naturaleza humana, y para caminar á la virtud es grande el trabajo que lleva, y porque no falte en la mitad del camino, se le concede algun rato de sosiego y descanso. Y si éste les faltase á unas señoras delicadas, quien duda sino que fuera insufrible un tan ordinario y continuo exercicio; para esto se ordena el juntarse en comunidad algunos dias de las Pasquas, y otras fiestas ya señaladas para alguna recreacion, y regocijo.

Vicario. Exemplo será el nuestro, pues con guardar silencio en nuestra casa, y con tanto extremo, nos es permitido en este tiempo de carnestolendas, (aunque para los de nuestro hábito y Religion siempre es quaresma) el salirnos á pasear por el campo á tomar el ayre,

y á gozar del Sol despues de la demasiada clausura de nuestras celdas.

Alonso. Yo asegaro, padre, que si el castigo que hizo Dios en algunos murmuradores, lo hubiera de executar ahora, ¿qué de sarnosos y leprosos hubiera? ¡y qué de otra suerte se fueran á la mano, y no se atrevieran á poner lengua en gente de la casa y familia del señor!

Vicario. Ya yo lo veo, hermano, pues porque unos muchachos llamaban calvo al otro Santo Profeta Eliseo, dos osos los hiciéron pedazos, y la hermana de Moyses, María, por murmuradora se hinchó de lepra.

Alonso. Ya, padre, con nosotros Dios no quiere usar de aquel rigor que ántes acostumbraba, ni es el Dios de las venganzas, sino el de las misericordias estrechando la vara de justicia, quando ya no se abre la boca que no sea para el deshonor del vecino, y no contentos los murmuradores con lo seglar, no dexan bonete, capilla, ni velo que no salga á la plaza; y de su vida muy por extenso, no haga platillo, y con-

versacion, debiendo considerar que por lo ménos cuenta tiene con su alma. Pues si tropieza no cae, y si cae es para levantarse luego, al modo de las caidas del justo y bueno: pero es sin remedio buscar remedio, y predicar en desierto, quando el atrevimiento está en su punto, y para el bien todos cierran los oidos. Yo, pues, padre, pasaba todas estas pesadumbres lo mejor que podia, á veces con paciencia, otras sin ella, no descuidándome de acudir al servicio de mis Monjas con la puntualidad que podia, hasta que á causa de unas tercianas que me dieron, me fué forzoso haberme de ir á curar á un hospital, de donde hallándome algo mejor, y considerando el poco término que guardaba en mi vida, pues estaba cierto el haberme de perder por el poco sosiego que traia, no sosegando en la casa donde entraba á servir un año cabal, y si lo estaba medraba muy poco; que en efecto piedra movediza nunca cria moho, quise hacer libro nuevo, y volverme con mis Religiosas, y servirlas como un esclavo, pues al fin

aunque trabajaba, era razonable la cõmodidad que aquellas Señoras me hacian, pero en viendo que viéron volver las espaldas, volviéron sus mercedes la voluntad, metiendo en mi lugar un mozuelo natural del pueblo, y sobrino de un Fraile de casa, que ocupó mi prebenda, y aunque yo alegué en mi abono mis pasados servicios, no me fuéron de provecho, dando por disculpa el haberlas yo dexado, y que me habian tenido por muerto, demas que no era justo despedir al que tenian recibido, por ser persona de mucho cuidado propio para su condicion, mozo liberal, y callado: entónces yo perdí la paciencia, echando de ver la poca confianza que se ha de tener en el mundo, y mas en servicios hechos en comunidad, pues hacienda de muchos, lobos la comen; y burlándose un poeta de los trabajos que habia pasado un gentilhombre por una persona que no lo merecia, dándole vaya, le dixo en unos versos:

La Ciudad te lo agradezca.

Quise servir adonde tuviese premio

mi buena voluntad, agradecimiento, mi diligencia, y cuidado, y á quien jamas me dixese de no, queriendo yo estar en su servicio, y no salirme de su casa, y mas que temí, llegada la vejez no me faltase lo que á todos ordinariamente viene á faltar: á muchos he visto que sirviéron á los padres de los señores que heredáron la hacienda, y mayorazgo, y no los buenos respetos, y obligaciones de sus pasados; y viendo con pocas fuerzas, y muchos años, y enfermedades á los criados de sus antecesores, envíanlos á buscar á quien sirviéron, y ellos reciben nueva gente á quien acomodan, hasta que les llegue el tiempo que vino por los demas, pues al fin por maravilla se pierde una vieja y mala costumbre.

Vicario. Razon fuera que los hijos mirasen siempre por los criados antiguos de su casa, y á los que sirviéron á sus padres, y abuelos los amparáran, y socorriéran principalmente en la vejez, que es la edad mas combatida de necesidades y trabajos.

Alonso. Eso es pedir peras al olmo,

caridad á los Avarientos, fidelidad en Alarbes, sufrimiento en Catalanes, flema en Andaluces, y secreto en muchachos. Acuérdome de un buen hombre, que tenia dos hijos desagradecidos á las obligaciones que debian á su padre, y como se olvidáron de él, y de lo que les habia mandado, y rogado quando se moria, que pues hace á nuestro propósito brevemente se le contaré á vuesa Paternidad.

Vicario. Diga en hora buena, que ya le escucho.

Alonso. Hubo en una aldea un hidalgo, tan rico de sangre noble, quanto pobre de bienes, gran cazador, exercicio en que se entretenia de ordinario, y con él sustentaba su casa, y familia: criaba este hidalgo tres alcones de mucha estima, con esperanza que los habia de vender en subido precio; pero atajándole la muerte sus pretensiones, viéndose cercano á ella, llamó á sus dos hijos, á quien diciéndoles las obligaciones que le tenian, y en la que estaban de ser hombres de bien, y mirar á la virtud conforme su calidad, y á los

padres que habian tenido, les pidió con muchos ruegos, atento que él no tenia otra hacienda que dexarles, sino aquellos tres páxaros de caza, que por la buena enseñanza que habia hecho en ellos, eran de mucha estima, que los llevasen á vender á la Corte, y el precio de los dos, repartiesen entre ellos como buenos hermanos igualmente, sin que hubiese mejora, ni pesadumbre alguna, y el precio del otro, fuese para hacer bien por su alma: de cumplirlo como se les mandaba lo prometiéron los mancebos, y muerto el padre, parten los dos hijos para Madrid, donde procuraban vender sus páxaros, llegáron á una posada, y por regalar los alcones, los atáron á una alcandora con sus piguelas y capirote, pero no tan bien que no les sucediese una notable desgracia, porque descuidándose en atar bien al uno de ellos, y él se diese en sacudir el capirote, con mucha facilidad se le quitó, y haciendo fuerza, levantando el vuelo, rompió las piguelas, y libre de la alcandora, voló á un árbol, de adonde sin detenerse subió

dor el ayre, de suerte, que no pudo ser visto adonde paraba, ni el cascabel sirvió de seña, como otras veces para cogerle. El uno de los hermanos, viéndose ya sin remedio perdido el páxaro, dixo al otro mancebo, esto es hecho, no hay sino paciencia, tomemos cada uno su alcon, y aquel que se fué, vaya por el ánima de nuestro padre, que si está en el Cielo no ha menester oraciones, si en el infierno, no le son de provecho, si en purgatorio, salir tiene forzosamente, que en efecto aquellas penas temporales son, y al fin se han de acabar tarde que temprano. Parecióle bien al mozuelo el dicho de su hermano, tomó cada uno lo que le cabia de particion, y el padre quedóse como suelen quedar los que dexan tales hijos, y testamentarios, que miran mas por su provecho, que por las obligaciones en que quedáron puestos, y la confianza que se hizo de ellos.

Vicario. Para eso, hermano, los señores Obispos tienen cuidado de que se les traigan todos los testamentos, y viéndolos sus visitadores, procuran que

se cumplan todas las mandas de los difuntos, no fiándose jamas de los sucesores, traza importante, y muy conforme á la caridad christiana.

Alonso. Al fin, padre, enfadado ya de conocer tantas y tan varias condiciones, y echando de ver la vanidad del siglo, sus locas pretensiones, deseando tomar estado que fuese para mí, ya que no de alivio (porque en este valle de lágrimas no le puede haber) á lo ménos que fuese donde estuviese cierto, pues era el mas seguro para mi salvacion, y sosiego, vine á este Convento, donde pedí á nuestro Padre Prior, que de qualquiera suerte que gustase fuese servido de hacerme tanto bien, que no me echase de su Monasterio, sino que en él siquiera por Donado me recibiese, pues mi deseo no era otro, sino servir y agradar á Dios, y ocuparme en el servicio de santos Religiosos, siervos suyos. Viendo mi buen zelo nuestro Padre, juntó capítulo, y sin faltarme voto me recibiéron para Donado de este santo Convento: donde ha catorce años que vi-

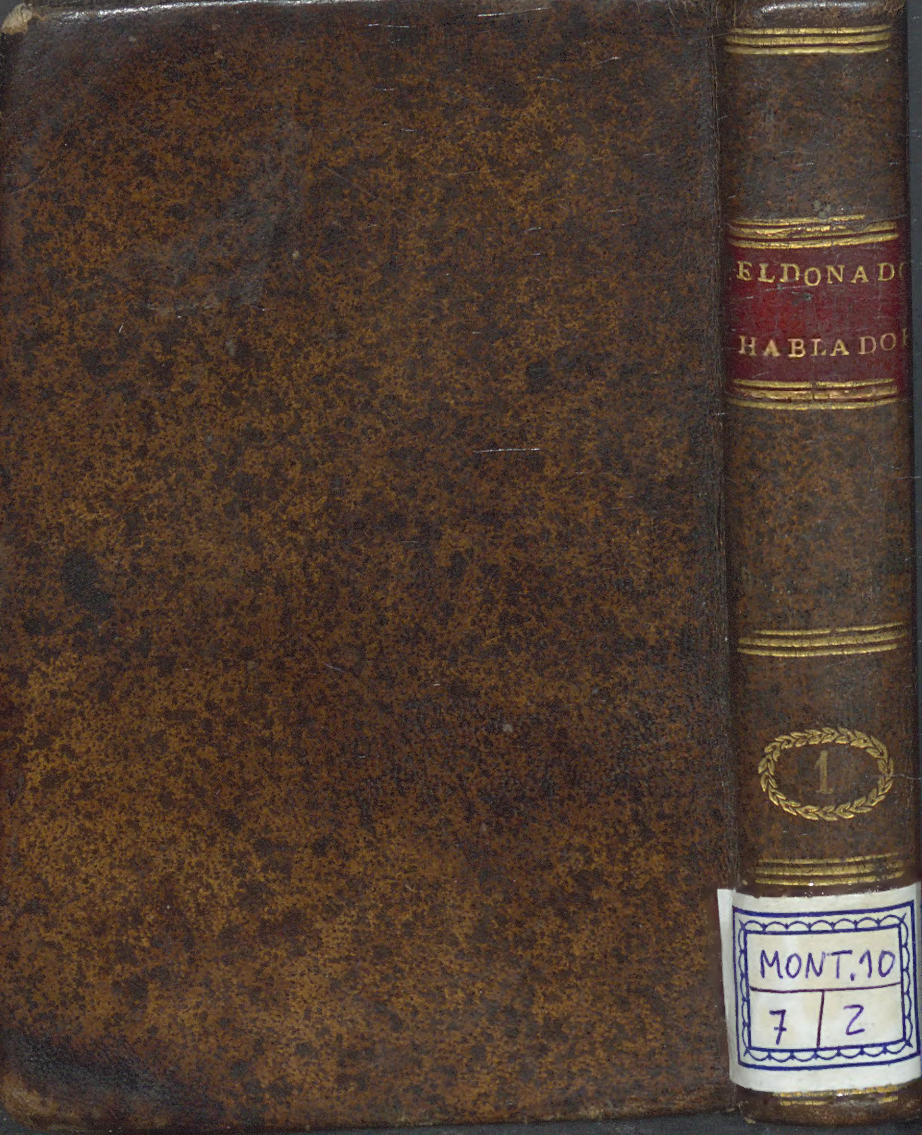
vo con mas gusto, y contento que si estuviera en los Palacios de los Monarcas de la tierra. (a). Este es en suma el largo discurso de mi vida con que he enfadado á vuesa Paternidad, sirviéndole estas tardes de entretenimiento, por habernos salido á entretener. Perdone mis faltas, que como tosco en el decir, no lo he contado con la elegancia que los muy retóricos tienen de costumbre, verificándose en mí, que ninguno puede dar mas de lo que tiene.

(a) Bien se le puede creer á el Donado Alonso, porque en toda su narracion se ha mostrado ingénuo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.






EL DONADO
HABLADOR
1
MONT.10
7 2


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm